

Tiro al vuelo



Alejandro Volnié

Tiro al vuelo

Alejandro Volnié

Publicado por 12 Editorial

Copyright: 2006, Alejandro Volnié

Este ejemplar digital es para uso exclusivo del comprador original. Si usted lo está leyendo y no lo compró, por favor entre en amazon.com y adquiera su copia personal. Gracias por respetar el derecho de autor.

Contenido

<u>1</u>
<u>2</u>
<u>3</u>
<u>4</u>
<u>5</u>
<u>6</u>
<u>7</u>
<u>8</u>
<u>9</u>
<u>10</u>
<u>11</u>
<u>12</u>
<u>13</u>
<u>14</u>
<u>15</u>
<u>16</u>
<u>17</u>
<u>18</u>
<u>19</u>
<u>20</u>
<u>21</u>
<u>22</u>
<u>23</u>
<u>24</u>
<u>25</u>
<u>26</u>
<u>27</u>
<u>28</u>
<u>29</u>
<u>30</u>
<u>31</u>
<u>32</u>
<u>33</u>

—¡Agazápate, Chacho! —me ordenó David. Yo me acuclillé para zambullirme entre el zacate seco, justo hasta que las puntas quedaron a la altura de mis ojos, con las manos crispadas en la escopeta y mirando atento hacia donde él sostenía la vista.

—¿Ya las viste? Son tres, y vienen derecho para acá — siguió.

Yo no distinguía nada como no fuera el cielo por encima de los árboles que crecían unos cien metros más adelante. Los nervios no me dejaban reconocer una cosa de otra. Ni siquiera sabía qué tan lejos buscar. Las manos me temblaban y presentía que mis pies resbalarían. Estaba a punto de intentar mi primer tiro al vuelo. Sabía que la escopeta pateaba cuando era disparada, sobre todo por ser chica. La *Stevens* de un tiro que llevaba era un modelo corto, concebido para los brazos de un adolescente. Ya había sentido el golpe de la culata contra mi hombro la tarde anterior, cuando la probé por primera vez. Todavía me dolía el moretón que me dejó.

—¿Estás listo? —me preguntó David.

No. No lo estaba. Ni siquiera había pensado en amortillar la escopeta porque seguía buscando esas tres huilotas, tres palomas silvestres que él me decía que venían de frente pero que yo no encontraba en el cielo por más que me esforzaba. Aún así, decidí que era momento de preparar el disparo. Jalé la cola del martillo con el pulgar de mi mano derecha, que llegó hasta atrás y se atoró con un clic. Me sorprendió descubrir la facilidad con la que lo había logrado. En verdad que antes lo había sentido muy duro. La tarde anterior tuve que usar las dos manos para vencerlo. Sin embargo ahora se había movido con suavidad, sin oponer resistencia. Debía ser que la emoción me daba la fuerza necesaria para dominarlo.

—¡Ahí! —señaló, extendiendo el brazo izquierdo.

Entonces las descubrí. Ya estaban cerca. A distancia de tiro. Mostrando los pechos amarillentos mientras viraban, asustadas por nuestros movimientos súbitos. Me puse de pie y apunté. Un poco adelante, como me había dicho mi padre que debía hacerse, y tiré del gatillo. La escopeta descargó con un estruendo. Perdí de vista la huilota por un instante. Le había disparado a la que venía más adelante. Cuando la volví a ubicar contra el azul del cielo se alejaba volando, tan sana y entera como cuando venía. La acompañé con la mirada hasta que se perdió a lo lejos. Había fallado; no obstante, me sentía emocionado.

David quedó callado. No acostumbraba hablar mucho. Sólo me miraba mientras yo hacía por recargar la escopeta. La abrí y el casquillo vacío saltó impulsado por el extractor de resorte. Se me escapó entre los dedos y fue a caer entre el zacate, a un par de metros de distancia. Tuve que ir a buscarlo. Mi padre me había encomendado que juntara los cartuchos vacíos para recargarlos después. Así se ahorraría unos pesos, porque salía más barato volverlos a cargar que comprarlos nuevos.

Moví los tallos altos del pasto seco tratando de encontrarlo. La mano morena de David cruzó frente a mí para recogerlo. El dichoso casquillo estaba justo entre mis pies. Por lo visto, en ese lugar yo no era capaz de distinguir una cosa de otra. Él me lo entregó sin más comentarios, entonces puse un cartucho nuevo en la escopeta y la cerré, y así retomamos la marcha.

La vereda que seguíamos cruzaba a través de los restos de dos sembrados de sorgo, ya planos y pisoteados por el ganado, ascendiendo suavemente para luego bajar de igual modo hasta la barranca a la que nos dirigíamos. Apenas había amanecido. Cuando salimos de la casa de David todavía era de noche. La luz de la mañana nos sorprendió justo en donde comenzaba ese sendero, porque antes

seguimos el borde de la terracería que llevaba de Tlayecac a Xalostoc.

Yo caminaba con trabajos, tropezando cada tres pasos porque no estaba acostumbrado a los terrenos irregulares. Por suerte calzaba botas de excursionista. David, en cambio, se había puesto los huaraches y caminaba ligero a pesar de que ya tenía sus buenos años. Cuando salía al monte o a los sembrados dejaba las botas vaqueras en casa, supongo que para que no se le rayaran, porque eran su calzado de vestir. Sólo se las ponía cuando iba de visita o recibía en su casa a alguno de sus compadres. La tarde anterior, cuando llegué en compañía de mi padre, las traía puestas, al igual que el sombrero de fieltro gris. Ahora llevaba uno de palma, ya un tanto raído.

Él también llevaba su escopeta, colgada del hombro con una correa de cuero. Otra *Stevens*, muy parecida a la mía, excepto que la de él era muy vieja y de tamaño normal, y estaba tan desvencijada que el tercio lo tenía amarrado con varias vueltas de alambre. Además, la suya era calibre 16, la mía del 20.

Yo sabía bien que él no dispararía, al menos no frente a mí. No era la primera vez que andábamos juntos en el campo. Había acompañado sus pasos y los de mi padre en varias ocasiones, aunque entonces yo tan sólo iba en calidad de morralero. Era mi padre quien cazaba y David quien lo conducía. A mí me tocaba llevar el morral con los cartuchos y cargar la pajarera con las huilotas muertas. Su escopeta no dispararía frente a testigos. Sabíamos bien que él no acostumbraba tirar al vuelo a pesar de que se jactaba de hacerlo. En vez, se metía bajo la sombra de algún huizache y esperaba inmóvil a que las huilotas se sentaran cerca, de preferencia de a muchas. Luego jalaba el gatillo en un tiro seguro, que por lo regular le costaba la vida a más de una. Entonces volvía orgulloso y exhibía el producto de su estrategia frente a nosotros, como para presumir de su habilidad superior de cazador, y jamás confesaba que las

sorprendía mientras estaban sentadas. Así rendía cuentas de los pocos cartuchos que mi padre le suministraba cada vez al tiempo que lograba conservar algunos para sí.

Ahora que mi padre no venía con nosotros David parecía caminar más ligero que nunca. Me costaba trabajo aguantarle el paso, al punto que mi vista estaba fija en sus pies, como si quisiera ver exactamente en dónde apoyaba cada vez para pisar sobre sus huellas, pero los desgastados pantalones de algodón que vestía parecían flotar sobre la vereda más que caminar. ¿Y así suponía que yo iría mirando al cielo, en espera de la siguiente oportunidad de tiro? Me urgía llegar a la orilla de la barranca. Sabía bien que entonces nos acomodaríamos a la sombra de algún árbol para acechar el paso de las huilotas. Quizás ahí lograra cobrar mi primera presa, convirtiéndome por ese solo hecho en un auténtico cazador en vez del morralero que hasta ese día había sido. Triunfar en mi empeño era un asunto de orgullo.

Cuando por fin alcanzamos la anhelada orilla de la barranca yo resoplaba de la agitación. David, en cambio, seguía tan tranquilo. Me llevó hasta un árbol de ramaje ralo y me espetó una larga lista de recomendaciones: que me quedara tan pegado al tronco como pudiera y que me quitara el sombrero, porque a esas alturas del año las huilotas ya estaban muy tiroteadas y se espantaban con facilidad. Que pusiera atención a izquierda y derecha, porque desde ahí llegarían para buscar dónde sentarse. Que cuando le pegara a una no quitara la vista del lugar en el que hubiera caído o se me perdería. Que una vez que viera que alguna venía hacia mí ya no moviera la cara, porque me descubriría y se daría la vuelta. Y así, varias más. Ya las había escuchado todas antes, pero las soporté sin hacer gestos para no ofenderlo. Luego me dijo que se iba a alejar, que para espantar a las que estuvieran comiendo en los campos y que así pasaran por donde yo estaba. Entonces se marchó.

Miré cómo se alejaba por la vereda que corría paralela a la barranca hasta que desapareció tras una cima. Me di cuenta que estaba solo. Nunca antes había pasado por algo así. Era cierto que ya había estado antes en ese lugar, pero siempre acompañado. De pronto me entró un ataque de pánico y me aferré a la escopeta. Era mi única compañía, y todavía no le había agarrado confianza. A decir verdad, seguía produciéndome miedo. Además, era de un solo tiro. Si la tuviera que usar para defenderme no tendría más que una oportunidad.

El sonido de las alas de una parvada de huilotas en vuelo rasante me hizo mirar hacia arriba. Pasaban tan cerca de mí que pensé que podría alcanzarlas con la mano. Había estado pensando con la vista clavada en el suelo y no las vi aproximarse. Eran muchas. Veinte quizás. Amartillé y apunté. Demasiado tarde. Ya estaban muy lejos y las ramas del árbol obstruían el tiro. Entonces bajé el martillo. Con mucho cuidado para que no se me soltara, o podría dispararse la escopeta. El corazón me latía desenfrenado. Los pensamientos comenzaron a arremolinarse en mi cabeza.

Me vi en la escuela. Justamente en el patio, durante el recreo, cuando más solo me sentía en el curso del día. Mi naturaleza tímida me dificultaba relacionarme con los demás, lo que con frecuencia me hacía presa de los buscapleitos. En especial porque, para colmo, obtenía buenas calificaciones. Y mi físico tampoco me ayudaba. Estaba pasado de peso y no era hábil para los deportes. Pocas veces lograba que me incluyeran en los equipos que se formaban durante los recesos para patear un balón o jugar básquetbol. Todavía no había dado el estirón que la mayoría de mis compañeros sí. Quizás fuera el más bajito de mi clase. Eso también me hacía difícil relacionarme con las mujeres, y había una de la que estaba perdidamente enamorado. Bueno, eso en la escuela, porque también lo estaba de mi vecina. Y a ninguna de las dos me atrevía a

hablarles. Bastaba con que se me acercaran para que me convirtiera en mudo. A veces no podía ni devolverles el saludo de lo paralizado que quedaba cuando las tenía cerca.

El ruido de alas me tomó por sorpresa nuevamente. Esta vez ni siquiera hice por apuntar. Las huilotas pasaron sobre mi cabeza y se alejaron. Esta vez me molesté. Estaba ahí para cazar, no para reflexionar sobre mis desgracias personales. Ahí era yo quien tenía el poder. Eran mis manos las que se aferraban a una escopeta. Todas esas huilotas huidizas estaban para servirme de víctimas y yo para fungir como su amo y señor. Tan sólo tenía que esforzarme para conquistarlas. Ya no pensé más. Mejor apunté la vista hacia el horizonte y comencé a barrerlo de ida y vuelta con atención.

Pasaron unos minutos, entonces descubrí un ave solitaria que volaba justo hacia mí. Todavía estaba lejos, sin embargo venía de frente. No me moví más que lo necesario para amartillar la escopeta, y hasta eso lo hice muy despacio. No viré la cara. Solamente la seguí con los ojos hasta que estuvo a una distancia que me pareció apropiada. Entonces levanté la escopeta y la encañoné. Seguí su vuelo por un par de segundos, cuidando de tirar un poco adelante, como me lo habían explicado. Disparé.

Nada. Fallé una vez más. Por lo visto no era tan sencillo como parecía, no obstante que los perdigones de plomo se abrían para formar un círculo de casi un metro de diámetro. Quizás hubiera disparado cuando todavía estaba muy lejos el blanco. Me habían dicho que lo más largo que debería tirar era a cincuenta metros, aunque treinta era mi alcance ideal. O quizás no había apuntado suficientemente adelante. ¿O habría sido lo contrario? Demasiadas preguntas para las que no tenía una respuesta. Mejor recargué. Seguiría intentándolo hasta conseguirlo, de eso no tenía duda.

Cerca de las nueve y media apareció David de regreso. Comenzaba a hacer calor. Había transcurrido más de un cuarto de hora desde que pasó la última huilota. En cuanto la mañana caliente busca donde sentarse, y ya no se mueven hasta bien entrada la tarde. La cacería había terminado.

Después de 23 intentos todavía no había logrado acertar mi primer tiro. Lo más que había conseguido fue sacar unas cuantas plumas de una de tantas a las que les disparé. Me sentía molesto de descubrir que me iría tal como llegué, todavía en calidad de morralero.

—¿Cuántas? —preguntó David a modo de saludo.

Yo moví la cabeza de lado a lado en resignada negación. Él no hizo más comentario, tan sólo metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la que había cazado, que me la entregó para que la pusiera en mi morral. La tomé casi con coraje. Sabía que la había agarrado sentada. Siempre lo hacía así. Me dio la impresión de que presumía, pero no me quedaba más que soportarlo.

—¡Vámonos! —ordenó—. Vete por delante. Todavía puede salir tiro en el camino.

En eso tenía razón. Deberíamos cruzar un kilómetro de campos antes de llegar a la terracería, y era ahí donde las huilotas comían. Podría suceder que se nos atravesaran una o dos que aún siguieran por ahí. Tomé la delantera, en actitud de atención y sin mirar dónde iba pisando, levantando los pies en lugar de arrastrarlos para no tropezar. Entonces descubrí por qué David podía caminar mirando hacia arriba. Él también alzaba los pies a cada paso, apenas un poco, pero lo suficiente para no trompicar.

Avancé despacio. No quería que la mañana de cacería se me terminara sin haber conseguido al menos una presa. Mi estrategia rindió frutos, cuando menos en cuanto a

producirme una nueva oportunidad, porque al cabo de unos metros una huilota solitaria enfiló hacia nosotros.

Nos acuclillamos para esperarla, tal como lo hicimos más temprano, cuando apenas íbamos. Esta vez sí la estaba viendo, y esperé hasta que estuvo muy cerca, entonces me puse de pie y disparé. La paloma refrenó el vuelo por un instante y luego siguió.

—Pasaste por delante —sentenció David—. ¡Tírale al bulto!

“Al bulto”, pensé yo. “¡Si hay que adelantar el tiro!” Eso ya me lo habían explicado. Y tenía sentido. Sin embargo era un hecho que mi disparo no acertó porque pasó por delante de la huilota. No dije nada, sólo recargué y retomé la marcha. Ya eran 24 intentos y todavía no acertaba el primero. Quizás valdría la pena probar lo que David decía: tirarle al bulto.

Ya para abandonar los campos surgió mi última oportunidad de la mañana. Una vez más una huilota que se enfilaba hacia la barranca apareció frente a nosotros. La misma rutina se repitió. Primero en cuclillas y ponerse de pie cuando ya estuviera a tiro. Esta vez apunté al mero animal. Era lo único que me faltaba por ensayar. Disparé esperanzado. Era mi intento número 25, que daba cuenta exactamente de una caja completa de cartuchos; todo lo que llevaba. Tenía que ser el bueno. Ya no traía con qué recargar la escopeta.

La paloma pasó rauda, aunque dejó la cola en el camino. Los perdigones apenas la rozaron por detrás cortándole algunas de las plumas traseras, que cayeron despacio, mecidas por el viento.

—¿No que al bulto? —reclamé a David en un acceso de frustración.

Él solamente se encogió de hombros.

Cuando llegamos a casa de David ya hacía calor y yo sudaba. Ahí nos esperaba la Magdalena, la menor de sus hijas, que se encargaba de atenderlos a él y a Mario, el otro hermano que todavía quedaba ahí. Los demás hacía tiempo que habían emigrado, unos a la Ciudad de México y otros a los Estados Unidos. De los nueve que eran solamente ellos dos seguían en Tlayecac. Su madre había fallecido siete años atrás y David permanecía viudo, aunque ya hacía por cambiar su situación enamorando a la Eugenia, mujer también viuda y abandonada por sus hijos que era propietaria de la única tienda del pueblo. Un buen partido, sin duda.

La Magdalena estaba frente al fogón de leña, disponiendo el almuerzo. Elotes cocidos en salsa de tomate verde, tortillas hechas a mano con el nixtamal que ella misma molía en el metate cada día y una olla de frijoles negros. Su figura bajita y menuda la hacía parecer todavía muy niña, sin embargo ya no lo era tanto. Esa mañana se había trenzado el pelo con listones. La tarde anterior, cuando llegué, llevaba una sola trenza, gruesa y negra, que le colgaba hasta la cintura.

David apenas entró para dejar la escopeta en un rincón y volvió a salir. Yo hice otro tanto, intrigado porque alcancé a notar cómo me veía la Magdalena. Caminamos hasta el patio trasero, donde las gallinas picoteaban. Ahí había una palangana y un cubo con agua, que usamos para lavarnos la cara y las manos. Luego regresamos al interior.

El almuerzo ya estaba en la mesa. David se sirvió primero y después yo. Ella al final.

—Mañana vamos de vuelta —anunció David rompiendo el silencio—. A ver si ahora sí.

Me tomó por sorpresa. La sonrisa pintada en la cara redonda de la Magdalena me tenía distraído y ya me estaba

poniendo nervioso. Podía darme cuenta que me coqueteaba. ¡Pero su padre estaba enfrente! Yo no conocía los modos del lugar. Si nos descubría seguro que se molestaría. Además, yo no podía verla con ojos de deseo. Éramos demasiado diferentes. Yo era producto de la gran ciudad. Ella vivía en el campo. Mi padre era un importante abogado. El suyo, un ejidatario. Yo llevaba sangre mezclada, predominantemente española. Ella era una indígena. Y sin embargo algo estaba consiguiendo con sus miradas furtivas, porque me había hecho perder la calma.

Terminé pronto con el almuerzo y salí. Busqué acomodo bajo el árbol que sombreaba el frente de la casa. Ahí estaban dispuestas varias piedras a modo de asientos, separadas del resto del área por un muro de rocas amontonadas, acomodadas de ese modo para evitar que las vacas ocuparan el espacio por la noche, cuando las encerraban. Así se mantenía limpio el lugar, destinado a recibir a los visitantes cuando llegaban para conversar por las tardes, ya terminadas las labores del día.

Habría transcurrido cosa de media hora cuando David salió. Ahora llevaba el sombrero de fieltro gris y las botas vaqueras, y se había mudado de ropas. Adiviné que se disponía a visitar a la Eugenia, aunque no me dio razón de lo que se proponía. Sólo me dijo que volvería después y que la Magdalena saldría al monte para llevarle el itacate a Mario y juntar leña. Lo mejor sería que la acompañara, de otro modo quedaría solo en la casa.

Yo no estaba seguro de querer emprender una nueva caminata por los cerros. Sabía que Mario se llevaba las tres vacas y las seis cabras a pastar durante el día. No regresaba sino hasta eso de las seis, cuando ya no faltaba mucho para el anochecer. Ir a buscarlo implicaba caminar al menos unos seis kilómetros más, que se sumarían a otros tantos que ya llevaba recorridos para esas horas. Por otra parte, quedarme solo no se me antojaba. Ahí no había mucho que hacer. Intentaba decidirme cuando la Magdalena apareció, montada en un burro. Se detuvo y me invitó:

—¿Vienes?

Me puse en pie de un salto. Ella esperaba mi respuesta con la misma sonrisa de antes, mostrando sus dientes blancos y derechos. Me acerqué para responderle, pero ella no me dejó hablar, se corrió tanto como pudo sobre el lomo del animal y me señaló las ancas. Lo pensé por un momento, la pobre bestia era en verdad pequeña. Se me figuraba un acto criminal cargarla con mi peso además del de ella.

—¡Ándale! —insistió, palmeando las ancas grises del jumento.

Entonces lo decidí. Me monté como me lo indicaba aunque intenté que mi cuerpo quedara separado del de ella. El pobre borrico era tan bajo que mis pies colgaban casi rozando el suelo. Me sentí mal por él.

La Magdalena lo azuzó y el animal emprendió la marcha con paso calmo y cadencioso, como si no notara la carga que llevaba encima. Y con cada vaivén de su espinazo yo resbalaba hacia adelante, hasta que mi cuerpo quedó pegado al de ella. Entonces me preguntó:

—¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—Nada más lo que es la Semana Santa —contesté un tanto intrigado. Me costaba trabajo creer que su padre no se

lo hubiera dicho antes, aunque viéndolo bien, era de esperarse. David no hablaba mucho, y no le hacía falta hacerlo. No tenía que dar explicaciones a sus hijos. A lo sumo, instrucciones.

—Hoy es Domingo de Ramos —siguió ella—. ¿Te regresas en Pascua?

—No, el sábado vendrá mi padre por mí. Así quedamos.

Guardamos silencio. Sólo se oían los pasos del animal pisando sobre la grava del camino. Los pensamientos se me dispararon. Primero imaginé a mis compañeros de clase mirando la escena que representábamos la Magdalena, el burro y yo. Hasta poco antes no me habría imaginado montando una bestia como ésa. Quizás un caballo sí, lo que habría resultado un tanto más digno. Pero, ¿un borrico? Y luego, ¿uno tan pequeño? Seguramente me habrían hecho blanco de sus burlas una vez más. Quizás si llevara la escopeta conmigo infundiera algo más de respeto, pero la había dejado en la casa.

Por otra parte, el cuerpo de la Magdalena rozando con el mío me ponía a pensar. Nunca antes había tenido a una mujer tan cerca, cuando menos no en posición frontal. A lo sumo porque hubiéramos estado sentados uno junto al otro, en un coche o algo así. Y lo más intrigante era que a ella no parecía molestarle.

La cercanía comenzaba a causarme efecto. Ya no sabía si dejarme llevar o poner fin a la situación, y mientras hacía por decidirlo me esforzaba por separarme de ella, pero los movimientos del lomo del animal se encargaban de pegarme a su cuerpo cada vez. Entonces me dio por preguntarme qué habría hecho alguno de mis compañeros de clase en una situación como ésa. Uno de tantos que ya iban en la tercera o cuarta novia y que presumían de haberlas llevado a todas a la cama. Quizás se habrían aprovechado. O quizás se les habría hecho que la Magdalena era poca cosa para ellos. Estaba confundido, y el viaje continuaba.

Al cabo de veinte minutos ella levantó la mano y señaló.
—Ahí está Mario.

Sentado a la sombra de un huizache vigilaba al ganado. Apenas lo vi me baje del burro por las ancas. Me daba miedo que me descubriera tan pegado a su hermana. No sabía cómo lo tomaría y no pretendía averiguarlo. Caminé los doscientos metros que nos faltaban para llegar hasta él. La Magdalena reía divertida, como si comprendiera mi predicamento y lo celebrara.

Por un momento me sentí irritado. Yo estaba en esos lugares para cazar huilotas, todo lo demás no eran sino complicaciones que ni deseaba ni necesitaba. Las circunstancias me habían colocado en una situación imprevista y ahora debía encontrar el modo de manejarla.

Llegamos hasta donde Mario para dejarle el itacate. La Magdalena le pidió el machete que llevaba colgado del hombro. Él se lo entregó con ademán de estar acostumbrado. Entonces enfilamos rumbo a una zona de lomas, pobladas de huizaches y otros árboles, que más adelante se convertían en los cerros escarpados que dominaban el paisaje.

La Magdalena pronto comenzó a juntar la leña que había ido a buscar. Algunos tramos levantados del suelo, otros arrancados de los troncos secos con la ayuda del machete. Manejaba el instrumento con maestría. Tan menuda que se veía antes, ahora se percibía temible, blandiendo con energía la hoja afilada para arrancar a los árboles el combustible de su fogón. Yo la miraba parado junto al burro. Ella llegó con una carga tan grande como sus brazos se lo permitían y la tiró frente a mí.

—¿No me vas a ayudar? —preguntó en son de reto.

Tenía razón. Debía ayudarla. No se me había ocurrido porque ni siquiera imaginaba cómo era esa leña que había salido a buscar. Sin embargo, ahora que había un muestrario amplio justo a mis pies, ya sabía cómo era eso a lo que ella llamaba leña. Pero mi orgullo de macho no me

permitiría simplemente recogerla del suelo, entonces me atreví a decirle lo que pensaba:

—Préstame el machete.

Me lo entregó sin pensarlo. Esta vez ella se quedó junto al burro y yo me enfilé hacia un tronco cercano, armado con la temible herramienta de la que tantas historias se contaban. Escogí una rama seca y asesté un golpe con decisión. En vez de desprender el trozo de madera como yo lo suponía, mi golpe se desvió ligeramente y rozó contra lo macizo del árbol, lo que hizo que la hoja pegara de costado. El sonido del metal vibrando le arrancó una nueva risa a la Magdalena mientras a mí me causó un dolor que me recorrió el antebrazo. Y la rama en el mismo lugar que antes. Me sentí humillado. ¿Cómo podía ser que una mujer pudiera más que yo? Tuve que hacer un nuevo intento de inmediato, esta vez con éxito. Entonces volteé orgulloso para mirarla. Seguía riendo.

Juntar tanta leña como la que llevó en el primer viaje me tomó casi media hora en vez de los diez minutos que ella necesitó. El brazo me dolía de tantas veces que el machete rebotó en vez de cortar. Se lo devolví. Mejor me puse a levantar lo que se podía encontrar en el suelo. Tuve que caminar más, pero sin duda quedé menos cansado al final.

Tras casi tres horas de esfuerzos el burro quedó cargado a tope con leña. No había espacio para una sola vara más. Ya atardecía para entonces. Volvimos donde esperaba Mario para hacer el camino de regreso todos juntos, esta vez a pie. Supuse que me sentiría aliviado de no tener que ir en ancas como en la ida, sin embargo lo que sucedió fue lo contrario: extrañaba la cercanía del cuerpo de la Magdalena. Apenas lo había sentido por primera vez un poco antes y ya me hacía falta. Estaba confundido, muy confundido.

La puesta del Sol nos acompañó en nuestro andar. La marcha no tuvo nada de silenciosa. Primero por el cencerro que colgaba del pescuezo una de las cabras. Luego porque

las vacas hacían rodar cuanto piedra se atravesaba en su camino. Pero lo que más ruido hacía y más sorprendido me tenía era que Mario cantaba a todo pulmón, repitiendo una vez tras otra el mismo verso de una canción. Cuando le pregunté a la Magdalena por qué cantaba así me respondió que lo hacía para alejar a los malos espíritus del camino. En esos lugares los pastores acostumbran cantar mientras caminan solos por el monte. No tenía nada de extraño lo que su hermano hacía.

Llegamos con la última luz del día. David ya nos esperaba. Había prendido los dos focos de la casa. El que alumbraba afuera, justo en la entrada, y el que iluminaba la estancia, donde estaban la mesa y el fogón. Para alumbrar en cualquier otra parte había que encender una de las latas de insecticida *OKO* rellenas con petróleo, a las que se les agregaba una tapa con mecha de las que vendían en la tienda de la Eugenia.

Sobre la mesa había una cesta con pan de dulce. A mí no me llamó la atención, pero noté que Mario y la Magdalena abrían los ojos grandes al mirarla. No era lo que acostumbraban merendar. Entonces comprendí que David había hecho el gasto porque mi padre seguramente le había dejado algún dinero. Algo más que los cincuenta pesos que le regalaba después de cada mañana de cacería.

—Pon leche —ordenó a la Magdalena. Luego se sentó.

Faltaba una hora para el amanecer cuando la tos de David me despertó. Estaba parado en la entrada de la habitación. Solamente se distinguía su silueta, recortada contra el foco encendido a sus espaldas. Noté que todo el cuerpo me dolía. Era la segunda noche que dormía sobre un petate y nunca antes lo había hecho. A pesar de haber aprovechado una de las dos mantas que llevaba para acostarme sobre ella, el suelo de tierra apisonada me resultó demasiado duro. Y a eso se sumaba el moretón en mi hombro derecho, provocado por el recular de la escopeta, y el entumecimiento en el antebrazo, que me recordaba que no sabía usar el machete.

Los tres nos incorporamos. La Magdalena, Mario y yo. Compartíamos el cuarto porque no había más. De las otras dos habitaciones, una la usaba David. Ésa era la más pequeña, que apenas alcanzaba para acomodar la desvencijada cama de resortes sobre la que él dormía. La tercera servía de bodega y estaba llena de extraños trebejos que yo no lograba explicarme. Supongo que enseres agrícolas y cosas así.

Me sentía raro. Había dormido vestido por segundo día y no me había bañado desde que llegué. En esa casa no había cómo hacerlo, a no ser que acarreará agua desde el grifo del pueblo y me la surtiera a jicarazos, parado en el patio y rezando para que nadie me descubriera casi desnudo. Eso era mucho más de lo que estaba dispuesto a intentar. Prefería seguir mugroso. Bastante era atreverme a usar la letrina, cuyas paredes de varas tejidas era muy poco lo que cubrían.

—¡Vámonos, Chacho, que ya no tarda en amanecer!

La Magdalena nos preparó un jarro de leche con café a cada uno. Mientras lo sorbíamos David instruyó a Mario.

—Vamos a ir para la barranca, igual que ayer. Nomás que amanezca te vas para allá con las vacas. Yo tengo que regresarme pronto para acá. Ahí se quedan hasta la tarde. Luego les lleva el itacate la Magdalena.

A mí ni siquiera me tomó parecer. Me trataba con la misma autoridad que a sus hijos. No me quedaba más que acatar. No me molestaba, pues a eso había ido: a pasar el día en los campos mientras trataba de cazar mi primera huilota, y estaba en sus manos. Sin ellos yo no valía nada en ese mundo.

Tomé una caja nueva de cartuchos y la acomodé en el morral. Tenía a mi disposición la dotación justa. 25 disparos por día durante siete días. Ni uno más. Mi padre me había dicho que un buen tirador podía cobrar una presa por cada tres intentos, en especial si se tomaban en cuenta las características de ese lugar. Era fácil perder una huilota muerta entre el zacate, y cuando caían heridas a veces se ocultaban en lo espeso, además de que nadie acierta la totalidad de las veces. Yo quedaría conforme si conseguía una sola con todos los tiros que llevaba. Así de ansioso estaba.

Emprendimos la marcha siguiendo el mismo camino de la mañana anterior. Esta vez David no llevaba su escopeta. No tenía caso cargarla si pensaba regresar pronto. El cielo se había tornado rojo intenso detrás de los cerros y el viento soplaba provocando que la piel se me enchinara por el frío.

Las pocas huilotas que pasaban mientras cruzábamos los campos lo hacían con viento de cola, volando a una velocidad que no permitía siquiera intentar el disparo. Y todavía había poca luz, porque apenas clareaba. Entré en un estado de excitación que no me conocía. Levantaba la escopeta en el intento de seguir el vuelo raudo de esas sombras que se recortaban contra lo rojo del cielo, pero no conseguía ni siquiera apuntarles. Y seguían apareciendo, provocándome la urgencia de jalar del gatillo.

—Asegura tu tiro —sentenció David—. Así como están pasando no les vas a dar. Mejor espérate.

Lo que me decía tenía sentido, sin embargo yo estaba ansioso, ávido de intentarlo aunque temeroso de fallar. Por eso seguía encañonando a las que pasaban sin atreverme a disparar. Lo único que conseguía era retardar la marcha, porque de pronto llegaban por todas partes y yo no me había movido del mismo sitio. Estaba ocupado en el inútil ejercicio de tratar de ponerlas tras el grano, esa bolita plateada pegada en la punta del cañón.

—Mejor le seguimos —me conminó David.

Tenía razón. No había conseguido más que marearme. Quizás si llegaba al mismo sitio que la mañana anterior, en donde solamente podía ver a las que venían por el frente, lograra recuperar el control, porque en ese sitio más parecía yo un contorsionista que un tirador.

El resto del camino traté de no mirar hacia arriba. El sonido de alas que no cesaba me mantenía alterado porque cuando volteaba para buscar su origen no lo encontraba. Esas palomas silvestres seguían pasando demasiado rápido. El viento no aflojaba.

—Cuando mires que vienen de a muchas, escoge una. Y nada más te fijes en ésa —me recomendó David.

Por fin estábamos bajo el mismo árbol de ayer. El Sol ya brillaba tras los cerros y el cielo había pasado de rojo a azul. De las cantidades de huilotas que hacía unos minutos me volvían loco ahora ya no quedaba nada. Esos animales acostumbran bajar a los campos con el alba. Para cuando hubo luz de día ya todas estaban sentadas entre los rastrojos, picoteando por su alimento. Sólo el viento continuaba, y la piel se me había vuelto a enchinar.

—Viene una —me avisó señalando hacia delante.

Esta vez sí la vi. Por lo visto aprendía rápido. Esperé a que estuviera cerca y la encañoné, pero abrió las alas y refrenó el vuelo. Describió un pequeño círculo y se sentó entre los

tallos truncos del sorgo. No nos había descubierto todavía, sólo iba a comer.

La silueta de la huilota picoteando se paseaba frente a nosotros. Estaba a distancia de tiro. Yo la observaba nervioso, esperando que levantara el vuelo de nueva cuenta. Fue cuando David me dijo que disparara, pero yo no obedecí. Tirar al vuelo es un reto. Cazarlas sentadas no. Así me lo habían explicado, y yo lo creía cabalmente.

—¡Ándale! Que ya se aleja caminando.

—¡Sentadas no! —respondí airado. Entonces recordé que él sí lo hacía. Quizás lo ofendiera mi respuesta, pero no pensaba transigir. Era cuestión de principios.

David me retiró la palabra mientras permaneció conmigo. No podía adivinar si porque le dije que yo no estaba dispuesto a matar una huilota sentada o simplemente porque lo había desobedecido. En todo caso, eso no me importaba. Ya se le pasaría. Además, no estaría mucho tiempo junto a mí. Mario se habría puesto en camino en cuanto clareó y no tardaría en llegar. Ya se alcanzaba a escuchar el cencerro en la distancia. El viento que nos pegaba de frente traía los sonidos desde muy lejos.

Media hora más tarde el viento por fin amainó. Ahora no era más que una brisa suave. Mientras duró, pocas aves se vieron en el aire. Ni huilotas ni de otras. Apenas había intentado tres disparos, que todos fallaron. A mi falta de experiencia se había sumado la velocidad con la que pasaron mis blancos. Pero ahora todo cambiaba. Mario estaba sentado junto a mí, mirándome con su cara redonda que se parecía mucho a la de su hermana, no así a la de su padre, que era de facciones largas y afiladas. Imagino que ambos heredaron el aspecto de su madre.

Casi no habíamos hablado. Los dos mirábamos hacia el horizonte. Solamente cuando descubría una huilota en el aire me avisaba. Por lo demás, guardaba silencio.

Entonces sucedió lo que tanto había anhelado. Volando de izquierda a derecha, a unos 25 metros de distancia, apareció una huilota. Me pareció que era muy grande, lo que no podía ser. Supongo que la impresión de tamaño se debió a que ésta sí se encontraba en rango de tiro. Quizás había intentado acertar en las que pasaban demasiado lejos, fuera del alcance de mis perdigones. Eso no tenía importancia. Lo que tocaba era acertar mi siguiente disparo. Amartillé la escopeta y la apoyé en el hombro. Apunté con cuidado. Primero al cuerpo, y luego un poco adelante. Un metro quizás. Seguí acompañando el recorrido del ave por un par de segundos. Luego oprimí el gatillo con suavidad.

El disparo me provocó un parpadeo. Como si yo mismo me hubiera sorprendido por la detonación. Frente a mí el elegante perfil de la huilota quedó convertido en una bola que giraba al caer, y en el aire una nube de plumas, que se mecería en la brisa con suavidad hasta llegar al suelo.

Mario se puso de pie y salió volado hacia donde cayó mi víctima. Yo boté la escopeta y lo perseguí. No quería que llegara antes que yo. Ése era mi momento de triunfo y de

nadie más. Pero él era ligero y sabía pisar en lo disparejo. Yo iba tropezándome. Cuando llegué él ya la tenía en las manos. La levantó y me la mostró orgulloso. Entonces me lo confesó. Nunca había visto que alguien cazara una volando. La gente de por ahí las acechaba en los sombreaderos y las mataba cuando estaban sentadas, tal como lo hacía David. Esperaban a que se juntaran varias para abrir fuego. Así obtenían más de una por cada disparo. Además, la mayoría ni siquiera podía tirar más lejos que a unos veinte metros porque se acostumbraba usar escopetas de chimenea o de pistón, de ésas de pólvora negra que se cargan por la boca del cañón. Era lo más económico, aunque poco potente.

Volvimos bajo el árbol. Mario no soltaba la huilota muerta. Parecía estar aún más orgulloso que yo de nuestra hazaña. La alegría le soltó la lengua. A partir de ese momento ya no dejó de hablar. Mientras contemplaba nuestra presa con ojos de emoción me contaba su vida completa. Yo no quería escuchar sus historias porque me distraía. Apenas llevábamos la primera. Todavía quedaba tiempo suficiente para lograr algunas más.

En las dos horas siguientes nuestra cuenta llegó a tres. Tres huilotas en total, con 22 disparos. Una que venía de frente y otra que se cruzó de derecha a izquierda terminaron haciéndole compañía a la primera. Yo no cabía en mí de felicidad. Por fin me había convertido en cazador, y ahora tenía a mi propio morralero, que era Mario. Ya se había cruzado la correa de cuero por el pecho y colgado las huilotas de las cintas trenzadas que pendían de él, y no lo soltaba mientras iba y venía para acercarse a las cabras, que no cejaban en sus intentos de desbalago.

Pasadas las diez ya nada se movía salvo los zopilotes que rondaban muy en lo alto. No teníamos nada que hacer como no fuera conversar, pero no se me antojaba. Mejor me senté pegado al tronco y me recargué con la escopeta cruzada sobre las piernas. Me sentía muy cansado, quizás por efecto

de las emociones de la mañana. A los pocos minutos ya cabeceaba.

Debo haber cabeceado por cerca de una hora, en intervalos de sueño interrumpidos por el sobresalto con el que despertaba cada vez. A Mario no parecía importarle que yo me hubiera desconectado. Cada vez que abrí los ojos lo encontré en la misma posición, sentado sobre una piedra con la mirada perdida en lo lejano.

Podría haber continuado en el acceso de letargo por horas, pero en uno de mis regresos a la realidad descubrí que la Magdalena ya había llegado. No la escuché cuando se aproximaba y no había dicho palabra. Cuando mi mirada se cruzó con la de ella, sonreía divertida. Al parecer encontrarme dormido le había hecho gracia, y ya llevaba algunos minutos contemplándome.

Mario ahora desplumaba las huilotas. Luego les sacó las entrañas. Con el calor que aumentaba se echarían a perder pronto de no hacerlo así.

—Les traje el almuerzo —anunció por fin la Magdalena—. Eché la huilota de ayer en salsa para que te la comas —siguió, ahora dirigiéndose a mí.

Yo seguía amodorrado, por lo que no respondí. En vez me quedé pensando. La solitaria paloma que David cazó la mañana anterior no había estado presente entre mis recuerdos. No me detuve a considerar su destino porque no era mi presa, sino la de alguien más. Pero lo que la Magdalena había hecho tenía sentido. En su casa no había modo de conservar carne fresca. O la guisaba de inmediato o la daba por perdida. Mi padre solía meter los productos de la cacería en el congelador, y cuando reunía suficientes mi madre preparaba una gran comilona con ellos. Aquí sucedía lo contrario. Había que dar cuenta de las presas tan pronto como fuera posible, sin importar cuántas fueran. Y comérselas era una suerte de obligación moral que justificaba en última instancia el acto mismo de cazar,

porque solamente se debe matar lo que se ha de consumir. Ésa es una pieza fundamental de la ética del cazador.

—Bueno —logré articular tras mi disertación mental—, pero ya tenemos otras tres.

—Traigo el guisado en una olla de barro. Podemos ponerlas también. Así quedan todas juntas.

Entonces comprendí por qué Mario se había abocado a la tarea de desplumar y vaciar las que hasta hacía poco colgaban del morral. Ya sabía que debíamos comerlas ese mismo día y en ese mismo lugar.

—Pero vamos a la barranca —intervino él—, para estar en lo fresco.

Apenas limpias las huilotas las entregó a su hermana. Entonces se levantó de las cuclillas en las que había estado trabajando y se enfiló a la rastrojera que teníamos enfrente. Rodeó a las tres vacas y las arreó hacia la barranca, a unos cincuenta metros de donde estábamos. Luego se volvió a alejar e hizo otro tanto por las cabras, que se habían separado. Cruzó la línea de árboles a la que pertenecía el que nos cubría y se perdió de vista.

—¡Vamos! —me invitó la Magdalena.

Pusimos rumbo al mismo punto por el que Mario apenas se había perdido de nuestra vista, luego seguimos sus pasos. Ahí comenzaba una vereda empinada que atravesaba una pequeña hondonada, preámbulo de la barranca. Bordeada por un zacatal tupido, la senda era angosta. Mario y los animales ya habían llegado al borde y doblaban tras un huizache frondoso para desaparecer enseguida con rumbo al fondo. Yo seguía los pasos de la Magdalena, que pisaba por ahí con naturalidad. A pesar de calzar huaraches parecía no espinarse. A mí me pasaba lo contrario. Sentía los pies resbalar entre las piedras sueltas y avanzaba con trabajos.

Llevábamos caminada la mitad de los cuarenta o cincuenta metros de ancho de la hondonada cuando algo sonó entre el pasto. Los dos volteamos para mirar, justo a

tiempo para descubrir el rabo blanco de un conejo que se perdió entre la maleza tras haber dado tres saltos. Quedé paralizado por la emoción. Llevaba una escopeta en las manos y todavía me quedaban tres cartuchos. Un cazador experimentado no habría perdido el tiempo como yo, habría intentado el tiro de inmediato. Digo que un cazador experimentado, porque eso de atinarle a un conejo era algo muy distinto que dispararle a una huilota, que las más de las veces ya la has seguido con la vista por varios segundos. Aquí se trataba de ejecutar un disparo instintivo, y ahora me daba cuenta que mis instintos aún eran muy pobres. En vez de haber encañonado seguía paralizado.

—¿Por qué no le tiraste? —preguntó la Magdalena.

Me tardé en responder. Estaba tan exaltado como si lo que se me presentó hubiera sido un león. El corazón me latía desbocado y todavía trataba de digerir la experiencia. Era la primera vez en mi vida que me topaba con un conejo en el monte, y la obligación de cazarlo estaba implícita en el hecho de llevar una escopeta entre las manos. En otras circunstancias quizás me habría parecido divertido el haberlo encontrado, pero esta vez no. Me sentía humillado por mi falta de capacidad para reaccionar, y que ella me preguntara con tanta naturalidad por qué no había intentado el tiro me hacía sentir como un tonto.

—No me dio tiempo —repuse por fin—. Apenas pegó tres brincos y desapareció.

—Ah —contestó, concediéndome la razón.

Pero yo había quedado encendido. Si en ese lugar había un conejo, tenía que cazarlo. Ahora no podía pensar en otra cosa que en cobrar venganza de ese bicho que me había hecho quedar en ridículo al poner en evidencia mi falta de habilidad como cazador. Y tanto peor, que lo hizo justo enfrente de una mujer. Mi amor propio estaba herido. Apenas unos momentos atrás me había sentido tan orgulloso. ¡Si había cazado tres huilotas un par de horas antes! ¡Mis primeras tres! Un gran logro, sin duda. Ahora

ese rabo blanco saltando entre el zacate me había recordado que todavía me faltaba mucho por aprender, y yo lo tomaba como una afrenta personal.

Retomamos la marcha que la aparición del conejo interrumpió. No quedaba ya nada por hacer en donde estábamos. Alcanzamos el borde de la barranca y seguimos la vereda, que bajaba empinada siguiendo la pared. Pronto se sintió el cambio en el ambiente. El lugar estaba sombreado. El agua, que formaba charcos entre las rocas grises y redondeadas del fondo, lo cargaba con humedad. Se alcanzaba a escuchar como si un arroyuelo corriera, aunque no se notaba el movimiento. Estábamos en la época más seca del año y la corriente era mínima, aun así, la había.

Cuando llegamos al fondo las vacas sorbían de una gran poza de agua cristalina, configurando los labios en forma de tubo para aspirar. Hacían ruido, mucho ruido. Las cabras también bebían, pero extendiendo la lengua con movimientos rápidos y cortos. Mario ya juntaba leña de entre la madera en las orillas, lejos del agua, que parecía llevar ahí mucho tiempo; quizás desde la última crecida, meses atrás, cuando era época de lluvias.

La Magdalena bajó la bolsa con la bastimenta, que hasta entonces había cargado con trabajos, y acomodó algunas piedras, muy juntas, para que alcanzaran a soportar la olla de barro. Mario rellenó el fondo del improvisado fogón con la leña, primero las varas más delgadas y encima las ramas gruesas. Entonces sacó una cajita de cerillos de su bolsillo. La abrió con cuidado y tomó uno solo. Después la cerró.

Se acuclilló muy cerca de las piedras y levantó la cara para sentir el viento. Por el fondo de la barranca corría una brisa fresca, suave pero continua. Se puso de espaldas a la corriente y talló la cabeza del fósforo contra la lija de la cajilla, en un movimiento medido que ejecutó casi con reverencia. Luego protegió la flama incipiente ahuecando las manos mientras esperaba a que cobrara algún brío. La

acercó a las varas finas y las encendió. Yo lo observaba con atención. A mí quizás me habría tomado más de un intento poner la hoguera en funcionamiento. Él, en cambio, había utilizado un solo fósforo, sacado de una cajita que ya se notaba vieja. De pronto comprendí por qué se veían tan deslavados los colores de su cartoncillo. Seguramente llevaba varias semanas en su bolsillo. Y la trataba como si fuera un tesoro, lo que tenía cierta lógica: los cerillos cuestan.

La Magdalena colocó la olla de barro sobre las piedras. La flama de la hoguera estaba alta. Adentro había más de la misma salsa de tomate verde del día anterior, pero ahora lo que flotaba adentro no eran elotes, sino bolas de masa y la huilota solitaria que les hacía compañía. Apenas colocado el cocimiento sobre el fuego tomó las tres huilotas de esa mañana y las enjuagó con agua de la poza, por dentro y por fuera. Para hacerlo tuvo que sacar los corazones, los hígados y las mollejas, que Mario había devuelto al interior de cada una tras haberse deshecho del resto de las entrañas. Todo terminó en la salsa verde, adicionado de un pellizco generoso de sal de grano de la que llevaba para ponerles a las tortillas. Solamente faltaba esperar. El cocido tardaría un buen rato para quedar listo.

Caímos en el mismo silencio que nos alcanzaba cada vez. Ellos mirándome como si fuera un fenómeno y yo tratando de adivinar qué era lo que pasaba por sus mentes cuando me contemplaban. Era demasiado. Me hacían sentir raro. Sólo había una manera de remediarlo, que era tomar la iniciativa.

—¿Vas a la escuela? —pregunté a Mario.

—Ya no —respondió secamente. Luego volvió a callar.

—¿Hasta qué año fuiste? —continué. Lo que trataba de hacer era producir una conversación fluida, como las que acostumbraba sostener con cualquiera de mis conocidos, pero ninguno de los dos hacía por ayudarme. Cada vez que

cruzábamos palabras lo que sucedía se parecía más a un interrogatorio que a una charla casual.

—Hasta sexto.

Otra respuesta corta. Decidí seguirle el juego.

—¿Y ya?

—Sí.

—¿Y luego?

—Ya no hay más en el pueblo. Tendría que ir lejos.

¡Vaya! Dos frases de corrido. A lo mejor sí lograría hacerlo hablar después de todo.

—¿Hasta dónde?

—A Cuautla.

—¿Entonces, qué piensas hacer con tu vida? ¿Cuidar esas tres vacas hasta que te hagas viejo?

Mario se rió. Por fin se animaba. Me costaba trabajo comprender cómo, tras dos noches de dormir en la misma habitación, me seguían tratando con tanto recelo. Lo mismo él que su hermana. Quizás fuera costumbre hacerlo así en Tlayecac, pero yo no estaba hecho a esos modos. Mi experiencia era que no hacía falta conocer demasiado a las personas para pasar un buen rato en su compañía. Así funcionaba el mundo del que yo venía, aun cuando era tímido y más de uno me trataba con desdén en la escuela.

—No —contestó tras un silencio—. Voy a ser soldado. Nomás cambie el año, me alisto.

Ahora el sorprendido era yo. ¿Soldado? ¿A quién se le podría ocurrir tal cosa? Tropa de tarea, que era en lo que se ocupaba el ejército la mayor parte del tiempo. Ni siquiera oficial, porque no tenía estudios. ¿Qué clase de vida sería ésa? Quedé pensativo por unos momentos, luego lo comprendí: ahí en donde estaba su vida no iba a ninguna parte. En verdad que si se quedaba en su casa se haría viejo cuidando tres vacas y un puñado de cabras. El ejército sí era una buena opción para él. ¡Qué distinto su mundo del mío!

—¿Y tú? —pregunté a la Magdalena.

Ella nada más me echó los ojos grandes y redondos que acostumbraba, adornados con la sonrisa que le regresó al rostro en cuanto me volví para hablarle.

—Se va a casar con el Eliseo —intervino Mario con ánimo de provocarla.

—¡No! —respondió ella. Su mirada había pasado de encantadora a fulminante en una fracción de segundo. Parecía querer desintegrar a su hermano con los ojos.

—Pero si ya le fueron a pedir tu mano a mi papá —siguió él. Y mientras hablaba no hacía por disimular que lo disfrutaba. Por fin se estaban comportando como hermanos. Hay cosas que no cambian. Esa relación casi perfecta que aparentaban llevar ahora había quedado de lado.

—¡Pero no! —afirmó furibunda—. ¡Mejor tú cástate con él! Si eres el que no se le despega en todo el día. Para todos lados andan juntos. ¡Parecen novios!

Yo comenzaba a divertirme. Algo conseguí en cuanto logré hacerlos hablar. Podría seguir presenciando cómo peleaban, pero la discusión se terminó de pronto, tan abruptamente como inició. Luego se hizo el silencio otra vez. La única diferencia era que la Magdalena ya no me veía con la sonrisa de siempre. Ahora se había volteado y miraba al suelo, como si de esa manera se deshiciera de nuestra presencia.

Quedé contemplándola de perfil. Otra vez traía el cabello trenzado con listones, aunque su peinado no era el mismo de ayer. Sus facciones eran hermosas, con la nariz respingona y el mentón hacia adentro. Y sus pestañas muy largas y el tono de su piel moreno sólido, casi tirado al rojo. Creo que comenzaba a gustarme. No sé si porque era bonita o porque me daba cuenta que se sentía atraída por mí. Nunca antes me había sucedido que una mujer me dejara notar que yo le gustara. Para mí era una experiencia nueva que me hacía sentir importante. Lo estaba disfrutando. Por momentos me imaginaba tomándola en mis brazos y besándola, pero de inmediato le ponía freno a mi

imaginación. ¡Si éramos tan distintos! Además, me quedaba claro que su padre pensaba casarla con ese tal Eliseo a pesar de que ella no parecía estar precisamente de acuerdo.

—¡Sí se van a casar! —arremetió Mario contra ella, terminando así con la pausa en la que habíamos caído—. Si ya hasta discutieron lo que van a dar por ti. Nomás están esperando a que la vaca dé a luz para entregarla.

Ella se levantó y se alejó, notoriamente molesta. Ni siquiera miró para donde estábamos. Mario se rió.

—Se enoja igual cada vez —me confesó con aire de complicidad—. Pero ya está decidido. Para la segunda mitad del año va a haber boda. Eso ya todos en el pueblo lo saben. Por eso mi papá anda enamorando a la Eugenia, que nadie se atreve a acercársele porque es bien bronca. Ya sabe que se va a quedar solo para el otro año. Y dice que más vale ésa, aunque sea brava, que ninguna, porque él ya está viejo y no puede solo.

Me sumí en mis pensamientos. Lo que comenzó como una charla casual se había tornado en un episodio tenso. Ahora comprendía por qué no les gustaba hablar cuando no hacía falta. Comenzaba a sentirme culpable por el malestar de la Magdalena, y el sentimiento me estaba pudiendo.

La Magdalena se sentó lejos. Era fácil adivinar que tardaría en volver con nosotros, al menos tanto como lo que se llevara el cocido en quedar listo. Mario y yo ya no hablábamos. No me atrevía a iniciar una nueva conversación, temeroso de que terminara tal como la más reciente, y él no era muy afecto a platicar.

Mi mirada se distrajo en la Magdalena no sé cuánto tiempo, por algunos minutos cuando menos, hasta que algo la atrajo de regreso. Una parvada de coquitas, especie de paloma muy pequeña, aterrizó en un arbusto a unos cuantos metros. El ruido que hicieron me hizo voltear justo a tiempo para presenciar la reacción de Mario.

De uno de sus bolsillos extrajo una honda cuidando de no moverse mucho para no asustarlas. Del otro sacó tres guijarros, menudos y redondos. Acomodó uno en la tira de cuero, trenzó el extremo de las cintas de cáñamo entre sus dedos y lo puso todo a girar con fuerza describiendo un círculo junto a él.

Apenas un par de segundos después la cinta de la honda chasqueó y el guijarro salió disparado a toda velocidad. El proyectil impactó muy cerca de una de las aves, quebrando una de las ramas frágiles del arbusto. Todas volaron asustadas, batiendo las alas ruidosamente.

Mario no se mostró desencantado. Su expresión no cambiaba mientras enredaba la honda otra vez para ponerla de vuelta en su bolsillo. Pero yo estaba impresionado. Jamás había presenciado una demostración como ésa. A lo mucho había tirado piedrecillas con alguna resortera, y por eso sabía que no era fácil atinar en nada. ¡Cuánto menos con una honda! Y él había estado muy cerca de acertar.

—¡Déjame ver! —le pedí emocionado.

Él me la tendió. La sonrisa le regresó al rostro.

Pasé un par de minutos examinando el objeto. No eran más que dos tiras de cuerda de cáñamo trenzado, unidas por un extremo a una correa corta de cuero grueso, pero suave, mediante nudos apretados. Había pensado que algo entre las partes que formaban la honda sería elástico, pero no. Todo era rígido. Su construcción no tenía nada que ver con la de una resortera a pesar de servir para lo mismo.

—Dispara otra vez —le pedí.

Él repitió los movimientos que antes le vi y acertó contra una piedra a unos diez metros de distancia, lo que produjo un impacto sólido, mucho más fuerte que si hubiera lanzado el guijarro con una resortera. Ese instrumento en verdad resultaba potente.

—¡Enséñame cómo lo haces! —pedí intrigado.

La siguiente media hora Mario la malgastó en intentar instruirme en el arte de utilizar la honda. Yo no parecía tener gran talento para controlarla. Las pocas piedras que logré lanzar volaron en todas direcciones, y ninguna con la violencia con la que salieron los disparos que él ejecutó antes. El brazo ya se me cansaba y los dedos enrojecidos de mi mano derecha amenazaban con ampollarse. Tuve que darme por vencido.

Volvimos junto a la olla, que ya estaba a punto, y nos sentamos. Él la alejó de las cenizas todavía encendidas. Esa capa de sedimentos grises y candentes era en lo que había quedado convertida la hoguera. Llamó a su hermana con un solo grito, luego sacó las tortillas y las puso a calentar directamente sobre los rescoldos, lo que hizo que comenzaran a humear.

—¿Y para qué les tiras a las coquitas con la honda? —tuve que preguntar. A mí se me hacía que no debería matar animales que no pensaba comerse después.

—Pos, para echarlas en las brasas —me respondió, como si fuera tan obvio que no ameritara ser preguntado.

—Pero, si son muy pequeñas —alegué sorprendido—. Casi no tienen ni qué comerles. Son mucho más chicas que una

huilota, que de por sí no es nada grande.

—Es lo mismo —repuso él—. Todo se come. Aquí comemos todo lo que matamos por igual.

—¿Todo? ¿Cómo qué?

—Todo. Huilotas, ardillas, conejos, godornices o iguanas. Lo que se deje matar. Todo eso sabe bueno. También esos pájaros de pecho amarillo que pasan volando despacio, que aquí les mentamos “sopa con chile”, porque así los preparan.

¡Vaya! Y yo que pensaba que sólo huilotas, o quizás ese conejo que me había robado a calma. Entonces tuve que preguntar:

—¿Hay codornices por aquí?

—Sí. Hay una parvada de coloradas que anda en la hondonada. Luego se levantan al pasar, cuando bajo el ganado por donde hoy. Más para allá andan unas copetonas —terminó, señalando hacia el sur.

La lista de trofeos por obtener había crecido de pronto. Ahora también quería cazar codornices además de ese conejo esquivo. Tuve que seguir interrogando a Mario.

—Dices que “por ahí anda una parvada”. ¿Qué? ¿Siempre están en el mismo lugar?

—Casi. Donde las ve uno un día, siguen al siguiente. No se van mientras nada las moleste. Por aquí nada más tu papá les tira cuando viene, porque como andan en lo tupido no se les puede tirar sentadas. Hay que hacerlas volar y darles en el aire.

¡Y mi padre sí les tiraba! Eso era todo lo que necesitaba escuchar. Estaba decidido. En cuanto saliéramos de la barranca iría en su busca. Quizás consiguiera cazar alguna. De lograrlo, mi día resultaría perfecto.

La Magdalena llegó. El mohín con el que se fue una hora antes seguía en su cara. No nos miró de frente, sólo se acercó a la olla y metió una tortilla, que salió convertida en un taco. Mario hizo otro tanto, aunque él sí pescó una de las huilotas, que sacó por una pata. Estaba bañada en salsa

verde. La puso sobre la tortilla como si ésta fuera un plato. Yo lo imité. Estaba a punto de comer por primera vez en mi vida lo que yo mismo había cazado. El hambre ya se me había juntado. El guisado olía bien. Todo estaba en su punto. Enfoqué la totalidad de mi atención en la experiencia. Sería algo para recordar.

Mordisqueé los huesitos de la huilota hasta haberlos dejado desnudos. Lo mismo hice con el guacal, hasta que quedó descarnado por completo. Luego seguí con las bolitas de masa que quedaban en la olla. La huilota que sobraba me la cedió Mario, supongo que porque yo las había cazado, pero no podía tomarla para mí. Mejor se la ofrecí a la Magdalena, que gracias a eso recuperó la sonrisa perdida desde hacía buen rato. Me miró otra vez con los ojos redondos que usaba para conquistarme. Yo lo agradecí. De alguna manera me había acostumbrado muy pronto a tenerla cerca y lo disfrutaba. Mientras se sentó lejos estuve volteando para mirarla tantas veces como pude, en una actitud que me surgió sin proponérmelo. Luego traté de no hacerlo más. Pensaba que Mario podría notarlo, lo que no habría estado bien. Después de todo, el tal Eliseo era amigo suyo. Eso me había quedado claro.

Media hora más tarde emprendimos el regreso. Casi eran las tres y el calor estaba en su apogeo. Dejamos que el ganado subiera la vereda por delante, luego Mario y por último la Magdalena y yo. Cuando llegamos a la hondonada en la que brincó el conejo unas horas antes yo ya sudaba. Me resultaba extraño que ellos no. Parecían no acalorarse con tanta facilidad. Entonces recordé que por ahí andaba una parvada de codornices. Tenía que buscarlas.

—¿Dónde es que dices que salen las codornices? — pregunté a Mario.

—Por aquí. Por cualquier parte. Hay que caminar entre el zacate para que se levanten. A esta hora ya han de estar en la sombra.

—Acompáñame a buscarlas —pedí.

Él dejó la vereda mientras vacas y cabras continuaban el ascenso hacia la rastrojera. Avanzó hacia la izquierda. Yo lo seguí. Se detenía frente a cada mata y cada huizache para arrojar piedras a sus bases. Yo aguardaba atento, en posición de disparar. Cada vez que cambiaba de lugar bajaba el martillo de la escopeta, que preparaba otra vez para vigilar atento la siguiente andanada de pedradas. Tenía que aprovechar cada fracción de segundo al ejecutar el tiro, por eso ahorraba el tiempo de amartillar.

Nos llevó casi diez minutos recorrer todos los sitios en los que Mario suponía que podrían estar las codornices, pero no dimos con ellas. La Magdalena nos miraba desde el borde de la hondonada, supongo que esperando que algo sucediera.

—No están —anunció Mario. Luego emprendió el camino hacia arriba.

Yo estaba desilusionado. Bajé el martillo y descansé la escopeta sobre mi hombro derecho con el cañón apuntando hacia arriba, y así lo seguí. Ahora tenía briznas de zacate

pegadas en la cara porque seguía sudando, y comenzaba a sentirme cansado. Mis pensamientos amenazaban con volar lejos de ahí. Caminaba mecánicamente. Así llegué hasta la línea de vegetación que separaba la hondonada de la rastrojera. Mario cruzó por delante, luego yo.

De pronto todo se convirtió en un caos. Justo detrás de donde Mario apenas había pasado se levantó una codorniz, batiendo las alas con ese ruido fuerte y característico. No alcancé a reaccionar. Quedé tan helado como cuando el conejo. De inmediato se levantaron otras dos, una detrás de mí y otra justo de entre mis pies. Pegué un salto y terminé mirando hacia donde habían volado. Cruzaron raudas sobre el zacatal y aterrizaron justo en la orilla de la barranca. Yo ya tenía la escopeta sujeta con las dos manos, pero no había recordado amartillar. Seguía mirando hacia donde las vi posarse tras su corto vuelo. Fue entonces cuando sucedió lo más dramático. Alrededor de mí, como si surgieran de la nada, se levantaron al menos otras quince, armando un escándalo impresionante. Tanto tardé en reaccionar que apenas logré apuntarle a la última cuando volaba igual que las demás, rauda y zigzagueante. No se mantuvo en el aire ni tres segundos. Cuando por fin jalé del gatillo ya no la tenía a la vista. Se había desvanecido entre la espesura. El corazón me latía frenético una vez más y sentía los efectos de la descarga de adrenalina.

—Ni una —comentó Mario con su sonrisota.

Me volví para mirarlo. En ese momento sentía que lo odiaba. “Ni una”. ¡Claro que ninguna! ¡Si no era tan fácil como parecía! Además, con una escopeta de un solo tiro estaba obligado a acertar en el primer intento. De pronto se me ocurría que debería de llevar una de las que tenía mi padre, que repetían hasta cinco veces. Saber que contaba con una única oportunidad cuando por fin llegaba el momento me hacía sentir aun más presionado.

Mario se quedó por ahí. Para él todavía no había llegado la hora de regresar. La Magdalena y yo pusimos rumbo a la

casa caminando bajo el Sol abrasador a lo largo de la vereda entre los rastrojos. Me sentía contento de haber quedado a solas con ella, aunque no hablábamos. Buscaba la manera de iniciar una conversación casual. Entonces recordé la cabalgata de la tarde anterior.

—¿Y el burro? ¿Por qué no lo trajiste hoy?

—Se lo llevó mi papá. Dijo que iba a ver su labor, pero yo no creo. En esta época no hay nada que hacer. La tierra ya está barbechada. No hay nada que hacer hasta las aguas.

—¿Y qué es lo que siembra?

—Cebollas. Su labor es chica. Dice que es lo único que le deja suficiente. Antes sembraba maíz, pero ya nadie lo hace por aquí. Nomás se siembra lo que se va a quedar uno. Para vender no sirve. Cada año vale menos.

—¿Y se llevó el burro?

—Sí. Es que para allá está algo retirado, y como luego le da la ciática...

—¿Quieres ver la televisión?

La pregunta de la Magdalena me tomó por sorpresa. En su casa no había una. A decir verdad no había nada que funcionara con electricidad de no ser por los dos focos que se prendían un rato por las noches.

En cuanto llegamos de la barranca repetí la rutina del día anterior: dejar la escopeta en un rincón y salir al patio trasero para lavarme manos y cara. Ella no sé qué habrá hecho entretanto. Luego me senté bajo el árbol de la entrada. David no había regresado todavía.

Ahora ella me preguntaba si quería ver televisión, algo que en verdad no se me había ocurrido que pudiera hacerse ahí y que tampoco se me antojaba mucho. El fresco de la sombra del árbol era una sensación agradable y yo me sentía cansado. Aun así tuve que averiguar cómo se proponía cumplirse el capricho.

—¿En dónde? —repuse por fin.

—¿Tienes doce pesos?

—Sí —contesté con seguridad. Traía conmigo los doscientos que mi padre me dejó “por lo que pudiera ofrecerse”, de los que no había tenido necesidad de echar mano hasta entonces.

—Ven conmigo.

Me levanté y la acompañé. Caminamos unos cien metros por la terracería y doblamos entre dos paredes de piedras amontonadas, como lo eran la mayoría en Tlayecac. Avanzamos otros cincuenta metros hasta llegar al sitio en el que se levantaba un tejabán, sostenido por cuatro troncos delgados e irregulares de los que salía el entramado que soportaba las tejas. Debajo había cuatro bancas, en realidad cuatro tablonés apoyados sobre pilas de adobes en los extremos. Enfrente un televisor encendido en el canal de las telenovelas. No había nadie más ahí. Solamente nosotros.

La Magdalena se acomodó en la banca del frente. Apoyó los codos sobre los muslos y la cara sobre las palmas de las manos y se perdió en la historia proyectada en el cinescopio. Yo me acomodé cerca de ella, no demasiado pero tampoco lejos, y comencé a pasear la mirada por el lugar. Las telenovelas no eran cosa que me hiciera gracia.

Al cabo de unos minutos una mujer apareció. Salió de la casa que comenzaba justo detrás del televisor. Nos miró por un momento, luego preguntó:

—¿Qué va a ser, Magdalena?

Ella respondió sin dudarlo:

—Un refresco de naranja. Frío.

Luego volteó a verme como si esperara a que yo pusiera mi orden también.

—Igual —respondí tras una pausa.

La mujer se marchó por donde había llegado. Luego regresó cargando dos botellas de vidrio ya destapadas de las que sobresalían sendos popotes. Se acercó a nosotros y nos las entregó. Lo pensó un poco, entonces dijo:

—También hay cerveza fría. Ésa es a ocho.

La Magdalena dio el premier sorbo a su refresco, tan corto que no se notó en el nivel de la botella, luego regresó la vista a la televisión. Yo terminé con el mío de unos cuantos tragos. Traté de meterme en el drama que se desarrollaba en la pantalla, pero ni lo entendía ni me interesaba. Comencé a divagar.

De pronto mis pensamientos regresaban a mi vida de todos los días, en especial a Ximena, el amor imposible del que no lograba desligarme. Pasaba horas enteras contemplándola en la escuela. No podía evitarlo. Se sentaba justo enfrente de mí, tan cerca que el aroma de su perfume ya formaba parte de mi descripción del salón de clases. Jamás me había atrevido a hablarle de no ser para lo que resultaba imprescindible. Supongo que yo no existía para ella. ¡Qué equivocada estaba! La soñaba cada noche y me repetía su nombre cada vez que la miraba. Solamente el

toparme con Marijosé, mi vecina de al lado, hacía que me olvidara de ella por unos instantes. A veces me preguntaba a cuál de las dos escogería si la ocasión se me presentara. No lograba decidirlo, lo que no tenía importancia. Estaban fuera de mi alcance... Lo mismo una que la otra. No parecían llevarse con gente como yo. Sabía con qué clase de amigos salían, y todos se veían grandes. A muchos ya les brotaba la barba. Yo, en cambio, seguía esperando que me llegara el momento de dar el estirón, que ya se me había retrasado. Me imagino que me veía mucho más joven que el resto de mis compañeros a pesar de no serlo.

He de haber pasado un rato largo metido en disertaciones, porque cuando regresé mi atención al lugar ya no estábamos solos. Sentados en la banca de atrás estaban ahora dos hombres y la dueña del lugar ya les llevaba cervezas. Volteé para mirarlos con detenimiento, porque la primera vez apenas los descubrí de reojo. No parecían interesados en el televisor. De hecho uno de ellos se cambió de banca y se sentó de espaldas, como para conversar, aunque estaban en silencio. El que quedó mirando de frente tenía la vista clavada en la Magdalena. Parecía estar hipnotizado. Apenas recibió la cerveza le pegó un trago grande, inclinándola mucho para no mover la cara. Luego viró los ojos un poco hasta hacer contacto con los míos. El estómago se me sumió. Traté de sonreírle pero no lo logré. Mejor clavé la mirada en el televisor. Mi ataque de nostalgia se había convertido en pánico.

Traté de calmarme. ¿Qué podría querer ese tipo conmigo? Ni siquiera éramos de la misma edad. Él ya tendría unos 25. Yo estaba acostumbrado a las miradas retadoras de algunos de los buscapleitos en la escuela, nunca los había tomado muy en serio, simplemente me apartaba y evitaba cruzar palabras con ellos. Pero esto era distinto. Estaba en un lugar ajeno, del que poco sabía, e ignorante de los modos de la gente. Quizás ese hombre fuera el picapleitos de Tlayecac. No me costaba trabajo suponerlo, en especial porque

llevaba todavía el machete colgado del hombro, cosa que pocos hacían. Lo normal era dejarlo en casa tras el día de labores. Y podía sentir su mirada clavada en nuestras espaldas. Tuve que hacérselo saber a la Magdalena. Necesitaba que lo viera para que me explicara si había algún problema.

No la quería tocar. Tuve que hablarle a cuchicheos. Ella seguía perdida en la telenovela y parecía no escucharme. Me llevó varios intentos que volteara. Entonces le pregunté quiénes eran esos que estaban atrás. Volteó sin vergüenza ni discreción para mirarlos, luego me respondió:

—Son el Eliseo y su primo.

Quedé perplejo. Sabía que estaba comprometida con él, sin embargo ni siquiera hizo por saludarlo. En vez, se volteó de regreso con un mohín de desaire y regresó a la televisión.

Entré en pánico. De pronto se me figuró que me sentaba demasiado cerca de la Magdalena. Me recorrí un poco sobre la banca para aumentar la distancia. El tal Eliseo debía notar mi gesto, que pretendía comunicarle que yo no tenía intención de conquistar a su prometida. Dejé pasar unos minutos y lancé una mirada esquiva hacia atrás. El estómago se me volvió a sumir. Los ojos negros de ese hombre seguían clavados en mi espalda. Su cara parecía ser de piedra, con las facciones duras e inmutables. No tenía expresión. Me sentí sentenciado. Comencé a sentir lástima por mí, me percibí desvalido, todavía niño en un mundo de hombres. El rival me quedaba grande. Demasiado grande.

—¡Vámonos! —le cuchicheé a la Magdalena, más en tono de súplica que de orden.

—Nomás que se acabe ésta —me contestó con tono casual.

No parecía darse cuenta de mi predicamento. Ella estaba pasando un buen rato. Yo, en cambio, sentía mi vida amenazada. En esos lugares la gente es brava, no se anda con rodeos, y ese hombre que me sentenciaba con la

mirada estaba armado con un machete y bebía cerveza. Solamente un necio habría permanecido ahí. Sin embargo no me atrevía a salir solo del lugar. Quizás si ya se hubiera hecho de noche, porque podría ocultarme entre las sombras; pero apenas atardecía. No tenía duda de que el Eliseo podía correr más rápido que yo. Era relativamente alto, flaco y de músculos correosos, como la gente del campo. Solamente mi escopeta podría igualar nuestras circunstancias, pero ésa no estaba ahí. Seguía recargada en un rincón de la casa, junto a la de David. Además, ¡yo estaba ahí para cazar huilotas! Para pasar una semana de vacaciones. No para verme envuelto en líos de faldas que podrían terminar con un duelo a muerte. ¡Y menos por una mujer que no era nada para mí!

De pronto sentí que la odiaba. ¡Yo ni siquiera había querido ir a ver la televisión cuando me lo propuso! Si consentí en acompañarla lo hice de modo inocente y casual, como si se tratara de cualquier cosa. Ahora me daba cuenta de que eso en lo que estaba metido tenía la apariencia de ser una cita romántica, por eso estaba tan molesto el Eliseo. Era el equivalente de lo que sería invitar a una muchacha al cine o a un bar para la gente de la ciudad. ¡Cuánta torpeza la mía!

La gente seguía llegando al lugar, todos hombres y todos para beber cerveza mientras se cumplía la hora del noticiero, que era lo que les interesaba de la programación. La dueña del lugar entraba y salía llevando cervezas. En uno de sus viajes la detuve para pagar. Por suerte logré juntar la cantidad justa con morralla, así no tendría que esperar cambio.

En cuanto me puse de pie el Eliseo también lo hizo. No me di cuenta hasta que yo ya iba de regreso. Pasó muy cerca de mí. Tuve que hacerme de lado para no rozar con él. Las piernas me temblaban. Volteé para no perderlo de vista, no fuera a suceder que me atacara por la espalda. Pero no.

Siguió caminando con rumbo a la letrina. Era mi oportunidad para escapar.

—¡Vámonos! —le dije a la Magdalena, esta vez con tono imperativo. Tenía que obedecerme.

—Ya mero acaba —me respondió.

Parecía no haber notado lo que sucedía, pero yo estaba demasiado asustado para aguardar. Ya no tenía nada que hacer ahí. Decidí que no encontraría mejor ocasión para alejarme que la que se me presentaba. Salí del lugar sin esperarla. De camino lancé una mirada discreta al hombre que había estado con el Eliseo, el que me dijeron que era su primo. Alcancé a notar una sonrisa malvada dibujada en sus labios, lo que me hizo acelerar el paso. Llegué al exterior y emprendí el camino, andando tan rápido como pude. Tenía ganas de correr pero no quería que me vieran hacerlo, por eso nada más avanzaba tan rápido como mis piernas lo permitían, pero caminando. No me detuve hasta haber llegado a la casa. Entré directo a la esquina donde estaba recargada mi escopeta, saqué del morral uno de los dos cartuchos que me sobraron de la mañana y la cargué. Entonces me senté en el mismo rincón, como si descansara, pero al alcance de mi arma, que ahora estaba presta. Con los muros a mis espaldas y la puerta ante mis ojos logré recuperar algo de calma. Ahora estaba listo para recibir al Eliseo, tan sólo era cosa de que se atreviera a asomarse. Lo esperaba en la tranquilidad de la casa, que estaba tan quieta que asustaba. Podía escuchar los latidos de mi corazón aumentados de intensidad por retumbar en el silencio de la habitación.

Los pensamientos comenzaron a fluir por mi mente. De pronto me veía protagonizando una de tantas historias que se contaban en los pueblos, metido en un lío de amores sin haberme siquiera dado cuenta cómo. Se me antojaba que lo mejor sería marcharme, ponerles fin a esas vacaciones que se habían convertido en una experiencia desagradable. ¡Qué diferencia entre cómo me sentía ahora y cómo lo había

hecho por la mañana! Horas antes había sido un triunfador; había cobrado mis primeras piezas y me las había comido, guisadas muy cerca del sitio en el que cayeron. Cuando estábamos en el fondo de la barranca yo era el macho dominante, admirado por Mario y deseado por la Magdalena. ¡Y me sentía tan bien! Ésas eran sensaciones nuevas para mí. Por primera vez en mi vida había dejado de ser la víctima para convertirme en el amo. ¡Pero poco me duró el gusto! La realidad se había encargado de ponerme en mi sitio nuevamente. ¡Y vaya que lo hizo rápido!, recordándome que todavía estaba chico para jugar en la liga de los grandes.

Luego caí en cuenta de que quizás yo no estaba tan pequeño como me percibía. ¿Qué pensaría el Eliseo si en verdad se presentara para encararme, armado solamente con su machete? Toparse con el cañón de mi escopeta lo haría entrar en razón. Quizás hasta lo haría probar un poco de ese miedo irracional que él había infundido en mí. Armado como lo estaba no resultaba un contendiente despreciable para nadie del pueblo, aun si el otro también llevara una escopeta como la mía. En ese caso estaríamos simplemente en igualdad de circunstancias.

Pero luego recordé la mirada fría y despiadada del Eliseo y me di cuenta de que no sería rival para él. Parecía no temerle a nada. Podría suceder que mi arma no le infundiera el menor respeto. Tenía en el rostro la misma expresión que los villanos en las películas de terror, solamente que él sí era real. ¡Mejor que no se apareciera! Además, tirar del gatillo para dispararle a una persona era asunto muy distinto que cazar. ¿Sería capaz de hacerlo si la situación lo exigiera? ¿Cuánto miedo tendría que sentir para atreverme? ¿Y luego? Mi vida no volvería a ser la misma después de haber matado a alguien, sin importar que lo hubiera hecho en defensa legítima. De eso estaba seguro.

Mientras más lo pensaba y más se enredaban las supuestas historias que podrían seguir a nuestra

confrontación, más deseaba que nada de eso sucediera. Lo mejor sería que el Eliseo y yo no nos volviéramos a encontrar jamás. Así, cada quien a lo suyo, y asunto arreglado. Pero la amenaza seguía latente. ¿Cómo adivinar qué era lo que atravesaba por la cabeza de ese campesino de mirada fría? Quizás en verdad planeaba cómo matarme y buscara la mejor ocasión para quitarme de en medio de una buena vez.

Tanto pensar ya me confundía. Una sola cosa me quedaba clara, eso era que ya no podría bajar la guardia. Y entre que resultara una cosa o la otra, lo que había conseguido el Eliseo era robarme la calma, quizás tanto como se la robaba yo también. Después de todo, estaba compartiendo el techo con su prometida, y ella no parecía sentir más aprecio por él que por mí.

Los ruidos en el exterior me volvieron a la realidad. Primero me erguí sobresaltado, atento para comprender de qué se trataba. Luego me relajé. Era Mario, que regresaba con el ganado. Por eso tanto escándalo. ¡Gracias a Dios! Por fin tenía compañía. Tanta soledad me destrozaba.

Esa noche no pude dormir. Mi cansancio se desvaneció en cuanto estuve acostado sobre el petate. El suelo parecía ser más duro que otras veces, y estaba tenso...

David llegó apenas un poco después que Mario, una vez más cargando la bolsa de papel con algunas piezas de pan de dulce. La Magdalena se tardó algo más en aparecer. Al entrar se notaba molesta. Adiviné que había discutido con el Eliseo. Cuando la dejé estaba todavía tranquila y faltaban apenas unos cuantos minutos para que terminara la telenovela. No había otra explicación para su tardanza salvo el que se hubiera entretenido por reñir con su prometido. Sus ojos oscuros destellaban iracundos. Por lo visto tenía buena dosis de carácter.

Puso leche a hervir para la merienda, tal como la noche anterior. Poco se hablaba en la casa. A mí se me antojaba salir, pero no me atrevía. La mirada agresiva del Eliseo seguía pintada en mi mente. Ahora se me ocurría que si me paraba fuera de la casa él podría verme, pero yo a él no. Ya había anochecido y el foco me deslumbraba, impidiéndome distinguir más allá de lo que se alcanzaba a iluminar.

Cuando me tendí sobre el petate para pasar la noche el estómago me hacía ruidos. Ya había sentido por la mañana los efectos de la leche bronca que se tomaba en ese lugar. Cuando me levanté tuve que visitar la letrina de inmediato. Ahora los efectos de esa leche espesa que merendamos se sumaban a los de dos días seguidos de comer picante. Me vi sumido en una lucha que sabía que perdería. Pronto tendría que salir para aliviar mis malestares con una nueva visita a la caseta de varas tejidas.

Pero me esforzaba por resistir. No quería salir solo en la oscuridad. Imaginaba al Eliseo acechándome entre las sombras, ya bajo los efectos de varias cervezas y encendido tras haber discutido con la Magdalena. Por otra parte, lo que

comenzó como gruñidos de tripas ahora se tornaba en retortijones. Estaba en un verdadero predicamento, debatiéndome por resistir, suplicando al cielo que el acceso furioso de cólicos y el concierto de gorgoteos cesaran de una buena vez. Pero no. Nada prometía mejorar. Mi condición era cada vez más severa.

Ahora trataba de decidir qué sería preferible, si sufrir un vergonzoso accidente en el mismo lugar en el que me encontraba o arriesgar mi vida por conseguir el alivio. Las dos opciones me causaban igual desasosiego. La primera podría resultar humillante; la segunda, peligrosamente mortal. Y mi situación empeoraba. Ya no me atrevía siquiera a moverme porque intuía que si cambiaba de posición perdería el precario control que mantenía. Algo tenía que hacer.

De pronto hubo un instante de alivio. Uno que sería corto, pero que podría aprovechar. Entonces lo decidí. ¡Yo era un hombre! Afrontaría mi destino. Es mejor morir que ser humillado. Saldría a lo oscuro en busca de la letrina, aunque no lo haría solo. Me haría acompañar por mi escopeta, que seguía cargada en el rincón a pesar de que la norma era descargar en cuanto entrábamos en la casa.

Me levanté con movimientos medidos, cuidando de no ejercer presión sobre mi abdomen mientras me incorporaba y de no hacer ruidos que pudieran poner sobre aviso a los que dormían, pues no quería que me descubrieran saliendo con la escopeta. Podría ser objeto de sus burlas. Después de todo, el único que estaba al tanto de las intenciones del Eliseo era yo. Ellos no sabían de las miradas amenazadoras que me lanzó por la tarde, y si se los contara quizás no me lo creerían.

Caminé casi de puntas, tratando de no hacer ruido al pisar y con movimientos cortos. Mis tripas seguían haciendo ruidos y los retortijones regresaron en cuanto cambié de posición. Tomé la escopeta del rincón y salí. Estaba seguro de que el Eliseo estaría ahí, emboscándome entre las

sombras. Mejor amartillé y así cubrí los quince metros hasta la letrina.

Cerré la puerta de varas y me acomodé. De pronto me sentía agradecido de que las paredes dejaran traslucir, porque podía permanecer vigilante mientras estaba adentro. Todo iba bien. Nada se movía. Solamente los ruidos de la noche. Grillos y chicharras. Hasta que de súbito los perros del vecino me descubrieron.

Se desató un concierto de ladridos furiosos. Supe que pronto aparecería alguien para ver qué sucedía, ya fuera David o alguno de los de la casa aledaña. Pero no. A pesar de que los perros no paraban de ladrar nadie se asomó. Tanto mejor. Así no sabrían de mi excursión nocturna, de la que ya estaba listo para regresar pero que no me atrevía. Ahora temía que alguno de esos perros se me echara encima. A ése no podría dispararle. No habría justificación. Aguardé encerrado, quizás veinte minutos, hasta que la calma volvió. Luego me escurrí de vuelta hacia la casa.

Llegué hasta mi petate todavía con la escopeta en las manos. Seguía nervioso. No se me antojaba acostarme. Me quedé sentado, recargado contra la pared, escuchando con atención. Ahora comprendía que los perros del vecino no permitirían que nadie permaneciera oculto en el exterior. Seguramente arrancarían a ladrar en caso de descubrir a algún intruso. Eso me tranquilizó. Quizás lograra conciliar el sueño; bueno, eso si conseguía que me diera, porque mis ánimos no estaban para relajarme. Todavía podía escuchar mi corazón retumbar en el pecho.

La tos de David, que le daba cada vez al ponerse de pie, me hizo abrir los ojos. Me había quedado dormido sentado, tal como me recargué contra la pared horas atrás, con la escopeta cargada descansando sobre mi regazo. Supe que pronto aparecería en la puerta para despertarme. No quería que me sorprendiera como estaba o tendría que darle explicaciones que no se me antojaban convenientes. Me recosté sobre el petate como si estuviera durmiendo y acomodé el arma a mi lado, oculta de la puerta por mi cuerpo. Así esperé a que se presentara. Luego él saldría para visitar la letrina, tal como cada mañana. Aprovecharía esa corta ausencia para devolver la escopeta a su rincón. Nadie habría de enterarse de mis peripecias durante la noche que terminaba.

Poco después, mientras caminábamos una vez más con rumbo a nuestro territorio de caza, David me interrogó. Mario ya le había contado de las tres huilotas que conseguí en su ausencia, pero él se negaba a creerlo. Supongo que ahora pensaba que las había sorprendido sentadas, tal como él lo acostumbraba, aunque no se atrevía a decírmelo abiertamente. Yo no le conferí importancia a sus cuestionamientos. Estaba muy ocupado oteando en todas direcciones, como si cazara huilotas, aunque mi atención viajaba a ras de piso. Buscaba al Eliseo. En mi imaginación suponía que me acechaba detrás de cada mata y a la vuelta de cada recodo de la vereda. No podía sacármelo de la cabeza.

Cuando llegamos a la orilla de la barranca el cielo aún estaba rojo. Esta mañana nos habíamos anticipado por unos cuantos minutos. Pronto se hizo de día, y con la luz aparecieron la huilotas. Una parvada que pasó cerca fue la primera. Hice mi primer disparo con toda naturalidad, como si tuviera la vida entera de experiencia cazando. Mi sorpresa

fue grande. Acerté. Salí con paso ligero para levantarla. David se quedó bajo el árbol, rascándose el mentón. Muy pronto le había demostrado que ya era capaz de acertar en mis intentos.

Apenas unos minutos después cruzó frente a nosotros una más, que pasaba sola; mi segundo intento de la mañana, que también acerté. Ahora David se había quedado mudo. Dos de dos. Nada mal para un novato. Quizás fuera que andaba de suerte, o quizás que mi atención no estaba en la caza, sino en el Eliseo, y que por eso apuntara de manera instintiva en vez de consciente de cada una de las instancias del movimiento. No lo sé. Lo que sí sé es que en cuanto se nos acercó una nueva parvada, los dos disparamos. Primero yo y luego él. Y tan buena era mi fortuna esa mañana que acerté una vez más. Entonces sonó su escopeta, pero no hubo paloma que acusara recibo de sus proyectiles. Yo vi claramente que todas seguían inmutadas.

—¡Va herida! ¡Va herida! —gritó, mientras señalaba a las que se alejaban.

Yo acompañé el vuelo de la parvada con la mirada, tratando de distinguir de las demás a ésa que él decía que estaba herida. Podría ser que cayera algo más lejos, pero no. Todas siguieron el vuelo hasta perderse en lo lejano.

—¡Ahí cayó! —anunció con tono triunfal. Luego se puso en marcha hacia donde había señalado y no regresó más. Yo sabía que no era cierto que hubiera caído alguna huilota por allá. Sólo sucedía que él jamás aceptaría que yo lo superara tirando, aun si no se trataba más que de un golpe de suerte de mi parte. Por eso no volvería pronto. Se tomaría el resto de la mañana para hacerse de otra, que seguramente sorprendería sentada, y luego me la entregaría como si fuera la que salió a buscar. Y yo la recibiría sin cuestionarlo. ¿Qué caso tenía discutir?

Dieron las diez y ya nada volaba. Después de mi desempeño perfecto de muy temprano solamente logré acertar dos tiros más. Llevaba cinco huilotas colgadas de las cintas del morral y todavía me quedaban siete cartuchos. David no había regresado, me imagino que tomaba una siesta tirado a la sombra. Del Eliseo no me había acordado ya en un buen rato. Mis pensamientos estaban en el conejo y las codornices de la hondonada. Decidí ir a buscarlos. Quizá esta vez corriera con mejor suerte.

Caminé hasta la vereda que cruzaba la hondonada y la recorrí, tal como la mañana anterior. Esta vez no saltó el conejo. Entonces entré al zacatal para ver si daba con las codornices, repitiendo los movimientos que aprendí de Mario. Me detuve para tirar piedras a cuantos arbustos se me ocurrió, pero nada. No aparecieron. Entonces subí por la misma ruta del día anterior hasta haber encontrado la rastrojera, luego seguí por el borde.

A los cuantos metros de haber seguido la línea de vegetación, entre la hondonada y los rastrojos, el mismo ruido de alas que ya conocía se repitió. Esta vez despegaron todas las codornices juntas, protegidas de mis disparos por un gran huizache. Apenas logré distinguirlas. Tal como Mario me lo había anticipado, estaban casi en el mismo sitio que la tarde anterior, sin embargo esta vez no pude siquiera intentar el disparo. Parecían comprender muy bien lo que hacían.

“Ya me llegará el momento”, pensé. Entonces me descubrí comportándome como un verdadero cazador y me sentí satisfecho.

Volví al árbol bajo el que había pasado las tres últimas mañanas. David ya estaba ahí. Como lo había adivinado, me tendió una huilota muerta en cuanto llegué. Me había hecho

el propósito de no preguntarle, pero algo me hizo cambiar de opinión, entonces indagué:

—¿Qué? ¿Es la que fuiste a buscar temprano?

—¡Pos claro! —respondió con una sonrisa que dejaba entrever que mentía. Pocas veces perdía la expresión adusta. El cambio en sus modos lo delataba.

—¡Qué raro! —lo provoqué—. Yo no la vi caer.

Quedó mirándome. Parecía pensar su respuesta. Luego disparó.

—Pos, porque todavía no estás acostumbrado a fijarte bien. ¡Si luego ni las ves en el aire!

Me había atrapado. En eso tenía razón. Sin embargo yo sabía bien que mentía. Mejor ya no seguí con la discusión. No tenía caso.

—¿Qué, no viste las godornices? —continuó—. Si se levantaron juntito a ti.

—Sí las vi. A eso fui. A buscarlas. Pero se levantaron detrás de un huizache y ya no les pude tirar.

—¡Mmh!, bueno. Si ya te sientes muy gallo para tirarles, mañana te llevo pal otro lado del camino. Por ahí andan más. Nomás que pasan menos huilotas.

Me quedé pensando. Mal que bien ya llevaba dos días al hilo de acertar mis disparos a las huilotas. Cazar codornices era algo un tanto más difícil que se me antojaba ensayar, aunque no estaba convencido de querer arriesgar toda la mañana para volver a casa con las manos vacías. Necesitaba pensarlo más y así se lo hice saber. Me concedí de plazo la tarde de ese día para tomar una determinación.

A eso de las dos la Magdalena me sacó de mi sopor. La mala noche que pasé, temeroso por la llegada del Eliseo, había hecho estragos en mí. Llevaba desde que terminamos con el almuerzo sentado sobre mi petate, recargado contra la pared y cabeceando. David salió en cuanto terminó con el plato de frijoles negros en el que flotaban dos huevos estrellados. No dijo a dónde iba, tan sólo se marchó. Yo no me atreví a sentarme afuera como los otros días, por eso busqué refugio en la habitación. Se me hacía mala idea estar a la vista.

Ahora la Magdalena me sacudía por el hombro. Ya regresaba de llevarle el almuerzo a Mario, que estaba fuera con el ganado. Esta vez no me avisó cuando salió. Me dejó solo en la casa, supongo que porque me vio dormido. Pero cuando volvió debe haber pensado que ya había descansado lo suficiente, por eso me sacó de la siesta.

—Voy a bajar al río para lavar —anunció—. ¿Vienes?

La miré como entre sueños. Las ideas me llegaban despacio. Sentía la cabeza pesada y me había dado jaqueca. Debía ser porque no había dormido bastante todavía. Tenía el cuerpo empapado en sudor y me sentía pegajoso. Hacía calor.

Caí en cuenta de que lo que en verdad necesitaba era un baño. La mugre y los olores de cuatro días se me habían acumulado, y la sensación de estar sudado me causaba malestar.

—Lo que quiero es bañarme —respondí con la voz gruesa. Podía sentir cómo mis cachetes se inflaban al hablar. En verdad estaba amodorrado.

Ella rió mostrándome los dientes blancos en un gesto en el que alcancé a percibir ternura. Con eso bastó. El corazón se me aceleró. Los músculos flácidos recobraron el tono y la mente se me despejó. Me puse de pie de un salto.

—En el río te puedes bañar.

Sus ojos oscuros no se habían separado de los míos. Me sostenía la mirada con coquetería. Eso era una invitación. Pero yo tenía que pensarlo. Imaginaba que alguien le fuera al Eliseo con el chisme de que yo me bañaba en el río con ella. Seguro que se presentaría, y con el machete desenvainado. Por otra parte, si permanecía ahí a solas y me entraba un nuevo ataque de sueño, podría ser sorprendido. Me rasqué la cabeza antes de contestar. Entonces se me ocurrió algo más. Necesitaba llevar la escopeta, pero sin confesar que lo hacía para sentirme protegido.

—¿Es en la barranca?

—Sí. Aquí atrás. La misma a la que vas por las mañanas, solo que nomás aquí, atrasito del pueblo.

—Bueno, pero me llevo la escopeta. Dice Mario que por ahí hay iguanas.

—Sí. Yo sé en dónde. Andan en las grietas de las paredes. Siempre se paran en el mismo lugar.

Preparé el morral con una muda de ropa y los cartuchos que me sobraron de la mañana. Ella tomó el canasto con la ropa sucia, que se apoyó sobre la cabeza sosteniéndolo con una sola mano. Salimos de la casa y la rodeamos por atrás. Ahí comenzaba la vereda que llevaba a la barranca, a unos doscientos metros de distancia. Cuando llegamos al borde noté que en esa zona era un poco menos profunda. Bastaba con descender una ladera, no tan empinada, para llegar al sitio en el que la corriente incipiente formaba algunas pozas. Otras dos mujeres lavaban, arrodilladas entre las piedras, en la orilla de la misma pila ya enturbiada por la que apenas corría el agua.

La Magdalena se les unió. Yo me quedé un poco atrás. De pronto comprendí que ése no era sitio para hombres. Imaginaba que conversarían entre ellas mientras tallaban, y de temas que poco podrían interesarme. Mejor me alejé caminando corriente arriba entre las piedras, atento a las

paredes, buscando una iguana. Me habían dicho que se comían con arroz y que la carne era muy buena. Saberlo justificaba plenamente mi intento de cazarlas.

Me alejé cosa de unos doscientos metros hasta quedar oculto de las mujeres tras una vuelta de la retorcida barranca. Las paredes eran altas otra vez y la vegetación crecía en los bordes superiores. No había veredas cercanas de ascenso o de descenso. Quizás ése fuera un buen lugar para tomar el baño que tanto me urgía, aunque no me atrevería a quitarme la ropa por completo. Alguien podría estar viendo.

Me detuve unos momentos para planear mi estrategia. Lo primero era decidir en qué sitio entrar en el agua. Eso resultó sencillo. Contra una de las paredes se formaba una poza. Así tendría las espaldas cubiertas. Luego, encontrar un punto para descansar la escopeta en el que me quedara a la mano aun si estaba parado en el agua, de modo que no me llevara tiempo echar mano de ella en caso de necesidad. Por último decidir qué tanta ropa estaba dispuesto a quitarme, porque quedar completamente desnudo estaba fuera de toda discusión.

Terminé parado con el agua hasta las pantorrillas, pisando sobre el fondo arenoso, con el torso desnudo pero los pantalones todavía puestos. Tratando de mojarme con el agua helada de la poza que levantaba con las manos ahuecadas para echármela encima.

Lo único que conseguí fue que me diera frío. Tuve que cambiar de estrategia. Me saqué los pantalones, que ya estaban empapados, y quedé en calzoncillos. Entonces me senté. El agua me daba a la cintura. Me recosté hacia atrás para mojarme hasta la cabeza. El agua helada me cortó la respiración. Me levanté de inmediato hasta quedar otra vez de pie.

Ahora el tiempo corría en mi contra. Me enjaboné tan rápido como pude y repetí la maniobra anterior. Primero sentándome para después recostarme. El agua se tornó

blanquecina por efecto del jabón. Sacudí la cabeza mientras permaneció sumergida con la intención de dejarme el pelo libre de jabonadura. Luego me paré de un salto. Tenía frío, pero estaba limpio. Los calzoncillos se me bajaban por lo pesados que los puso el agua. Di un paso hacia fuera y me los quité. A final de cuentas había quedado desnudo. Mi estrategia no dio para evitarlo.

Me sequé con la camisa y me volví a vestir apurado. Entonces miré en todas direcciones. Necesitaba estar seguro de que nadie me hubiera sorprendido mientras estaba sin ropa. Solté un suspiro de alivio. Seguía solo.

El baño me puso de buen humor a pesar de que sentía frío. Caminé hacia la pared de enfrente, donde todavía pegaba algo de sol, y me senté sobre una piedra. Sentir el contacto de la roca caliente me ayudó a recuperar mi calor corporal. Podría haberme relajado, de no ser porque el fantasma del Eliseo seguía persiguiéndome. No podía dejar de voltear a un lado y al otro. Me sentía acechado.

Pensé que debía averiguar en qué se ocupaba ese hombre durante el día, quizás ni siquiera anduviera por ahí, pero sentía vergüenza de preguntar. Hacerlo sería demostrar debilidad, a lo que no estaba dispuesto. En ese sitio yo era un personaje importante llegado de la ciudad para cazar. Para estos momentos todos en el pueblo debían saber quién era. Quizás hasta supieran mi nombre. No podía arriesgar mi reputación haciendo preguntas que dejaran expuestos mis temores. ¡No! Tenía que comportarme como un hombre y arrostrar las consecuencias. Mucho era lo que había transigido en la escuela a lo largo de mi vida, y pagaba el precio todos los días. No caería en lo mismo esta vez.

El Sol siguió cayendo. Ya no pegaba en el fondo de la barranca. El frío se me había quitado. No tenía más que hacer en ese lugar. Empecé la marcha de regreso a donde se había quedado la Magdalena. Doblé en el recodo y la busqué con la mirada. No estaba, solamente el canasto

vacío y la ropa tendida sobre las piedras para que se secara. Ahí todavía llegaban los rayos tibios del Sol de la tarde.

Me acomodé en una piedra para esperarla. No podía andar muy lejos. Entretanto vigilaba atento la vereda, siempre pendiente de la llegada del Eliseo y con la escopeta bien aferrada.

Minutos más tarde apareció la Magdalena. Se acercaba esquivando las piedras, llegando de la dirección opuesta. Se notaba fresca y alegre. La piel le brillaba de limpia y se había mudado de ropa. Entonces lo comprendí. Se alejó para bañarse lejos de las dos mujeres que habían lavado ahí.

Cuando llegó junto a mí olía a jabón y se notaba radiante. Sonreía como cada vez.

—Yo también me bañé —confesó con tono festivo—. Me asomé para mirar para dónde ibas y te vi parado en el agua. Se me antojó hacer lo mismo.

Quedé paralizado. ¡Entonces me había visto casi desnudo! Y no le daba pena confesarlo. Sentí que el color de mi cara se subía. No tuve palabras para responder. Y sin embargo ella lo tomaba con tanta naturalidad...

—Tenemos que esperar un rato para que la ropa se oree otro poco. Como ya bajé tarde me la voy a tener que llevar húmeda. ¿Quieres que vayamos a buscar una iguana entretanto?

Yo seguía mudo. Consternado de imaginar que me había sorprendido a pesar de mis precauciones y sorprendido de que se lo tomara tan a la ligera. Me tardé en articular un “sí” apagado.

—Vente por acá. De donde vengo anda una.

La seguí un par de pasos atrás. No iba pensando en iguanas. No me hacía ilusión cazar una porque se les disparaba mientras estaban quietas. Sólo las había usado de pretexto para llevar la escopeta, de la que no quería separarme por motivos muy distintos que la simple cacería.

Se detuvo y señaló hacia una de las paredes. Yo no distinguía nada. Tuvo que explicarme con calma en dónde estaba, entonces la vi. Apenas asomaba la cabeza de una grieta. Estaba inmóvil, confundida con el gris de la pared rocosa.

—No puedo tirarle ahí —anuncié—. Si acierto el tiro, se quedará atorada en la grieta.

—Pero así les tiran por aquí —replicó convencida—. A veces caen para afuera, a veces no.

—No. Si no estoy seguro de que va a caer para acá no puedo dispararle.

—Bueno. Como quieras. Pero así lo hacen todos.

Tanta discusión terminó por hacer que la iguana se metiera en la grieta. De por sí era su hora de buscar refugio porque ya no pegaba el Sol contra la pared. Eso terminó de una buena vez con nuestros argumentos.

—Más para allá luego anda otra. ¿Quieres ir a ver?

—Si está en un lugar parecido, mejor no.

—Bueno.

Quedamos en silencio. Se me ocurrió que deberíamos volver a donde estaba la ropa, no se me hacía conveniente dejarla desatendida. Pero ella no parecía querer moverse de ahí, como si esperara algo que yo no acertaba a adivinar.

—El Eliseo se enojó ayer conmigo —rompió por fin.

Yo no respondí a pesar de que comprendí que ella esperaba que le siguiera la plática. No podía seguir con el tema porque la sola mención del nombre de mi temido enemigo hizo que se me sumiera el estómago. El que hubieran discutido era prueba inequívoca de que lo había hecho enojar. La confirmación de que mis peores temores eran ciertos. El aviso de que ya no podría estar tranquilo mientras siguiera en las cercanías de Tlayecac. Entré en pánico, aunque en silencio. Me había hecho el propósito de no demostrar mi miedo y pretendía cumplirlo.

—También se enojó contigo —siguió.

¿Para qué me decía esas cosas? ¡Si yo ya lo sabía! ¡Lo supe antes que ella! Por eso salí huyendo del tejabán.

—Que dice que si me quieres para ti...

Esa frase no la comprendí. No supe si era una pregunta o una afirmación, ni si la que preguntaba era ella o había sido él. Seguí callado, mirándola a los ojos que ahora tenía bien abiertos aunque dirigidos un poco hacia abajo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —logré articular.

—Entonces, ¿me quieres para ti?

Me tomó por sorpresa, a pesar de que ya lo intuía. Cuando lanzó la última pregunta ya no miraba al suelo. Ahora tenía su mirada fija en la mía, y esperaba una respuesta. Mis pensamientos se agolparon. De pronto sentí ganas de besarla. No sé por qué. Quizás porque nunca antes me habían visto con una ternura como esa. Quizás porque a mi edad las hormonas me abundaban. Quizás porque así al menos le daría una razón válida al Eliseo para andar tras mis pasos. Besarla sería ganarle la batalla a mi temido enemigo, y no tenía que hacer otra cosa que acercarme a ella apenas un poco más. De tanto que tenía en la cabeza dejé de pensar. Di el paso que faltaba para que nuestros cuerpos quedaran pegados y la rodeé por la cintura con el brazo izquierdo. En el derecho seguía la escopeta. Entonces rocé mis labios con los suyos, en un movimiento tímido y corto. Luego me separé y quedé mirándola.

Nunca antes había besado a una mujer. En mis sueños siempre pensé que la primera sería Ximena, o al menos Marijosé. Jamás se me habría ocurrido que pudiera ser alguien como la Magdalena. Pero en ese momento se me antojaba seguir. Entonces acerqué mi rostro al suyo y la besé largo. Después nos separamos, casi con pena. Por un momento no nos vimos a la cara. Luego me sonrió.

La tarde se terminaba. Pronto no quedaría suficiente luz para caminar y faltaba levantar el tendido. Nos pusimos en marcha, sumidos en un silencio que ninguno de los dos se

atrevía a romper. Trataba de comprender qué era eso que apenas había hecho. De pronto me daba miedo que ella se lo tomara muy en serio. No había sido más que un beso. Algo demasiado común en el medio en el que yo me desenvolvía. Sin embargo, tenía la impresión de que en ese sitio podía significar mucho más, quizás hasta un compromiso serio. Por instantes me sentía arrepentido, pero de inmediato cambiaba de opinión y se me antojaba repetir la experiencia. Mientras ella levantaba la ropa para ponerla en el canasto yo no podía dejar de pensar. La luz del día ya se acababa. Ya no se distinguía lo que estaba lejos. Quizás fuera el momento de repetirlo. Me acerqué a ella y la volví a besar. Luego remontamos la vereda.

Por la mañana David me llevó a caminar las lomas, al otro lado del camino. Salimos más tarde porque no tenía caso hacerlo antes de que hubiera suficiente luz. Finalmente decidí que quería ir en pos de codornices. Durante la noche, mientras trataba de conciliar el sueño inútilmente, se me ocurrió que lo que en verdad necesitaba era desarrollar mi velocidad para disparar. Intentar acertar en esas aves que surgían de los sitios más improbables en los momentos menos esperados sería un magnífico entrenamiento.

Muchas cosas descubrí en tantas horas que el insomnio no me dejó cerrar los ojos, y todavía las traía en la mente. La principal era que me había gustado lo que sucedió en la barranca al atardecer. Después de llegar, la Magdalena no me quitaba los ojos de encima ni perdía ocasión de estar tan cerca de mí como se le antojaba. Sus modos me hicieron sentir importante. Llegué a pensar que estaba enamorado de ella, pero luego me di cuenta de que no. Éramos demasiado diferentes. Sólo sucedía que por primera vez en mi vida me estaba sintiendo a la misma altura que los más osados de mis conocidos, lo que obraba prodigios en mi autoestima. Ya no me percibía pasado de peso y desvalido. Por el contrario, ahora me sentía amo absoluto de mi destino.

Solamente el recuerdo del Eliseo turbaba mi felicidad. Seguía temeroso de encontrarme con él. No podía olvidar que era amigo de Mario, y él ya había notado que su hermana se me insinuaba de continuo. ¿Cuánto tardaría en llevarle la noticia?

El único que parecía no percibir lo que sucedía era David. Entre que había estado poco en la casa y que no hablaba casi para nada, permanecía ajeno a la relación entre la Magdalena y yo. Mario, en cambio, no perdía oportunidad para hacerle muecas a su hermana, en especial cada vez

que ella se me acercaba con cualquier pretexto, ya fuera para servirme más frijoles o levantar un plato, o para entregarme la última huilota de esa cena y que yo dijera en voz alta que mejor la tomara para sí.

Esa mañana no recorría las lomas con ánimo de cazador, sino de soldado, hecho a la idea de que peleaba una guerra que ya había sido declarada: preparado para lo imprevisible, dispuesto a todo; imaginando a cada paso que el Eliseo surgía de entre la maleza para echárame encima, blandiendo su machete para descargarlo sobre mí en un tajo mortal.

David arrojaba piedras a cada macizo de zacate que nos quedara cerca y tiraba trompetillas que pretendían imitar el sonido de las alas de las codornices al levantarse. Como si quisiera engañarlas haciéndoles creer que otras de la parvada ya habían emprendido el vuelo.

Mi mirada barría el entorno de ida y de vuelta sin cesar, apuntando lejos en vez de cerca. Por más que me esforzaba en mantener la vista en lo próximo, que era de donde podrían surgir los animales, el miedo me hacía devolverla hasta lo que se alcanzaba a distinguir, que era por donde podría aparecer el Eliseo. La consecuencia fue que no me di cuenta cuando un conejo emprendió la carrera, justo delante de nosotros. Atravesó un claro de unos diez metros a toda velocidad y se perdió entre los huizaches. Apenas me dio tiempo de verle el rabo porque bajé la vista demasiado tarde. Esta vez me enojé. Pues, ¿qué era lo que estaba haciendo ahí? ¡Si había ido a cazar! ¡En mala hora me enredé con la Magdalena! Lo único que había conseguido era sentir miedo y andar distraído. Decidí que ya no pensaría más en ella, ni tampoco en el Eliseo.

—¿Qué pasó? —me preguntó David en tono de burla—. ¿Te agarró durmiendo?

Sólo lo miré. Estaba sonriendo, como si me hubiera vencido. Tuve que replicar.

—¿Y tú? ¿Por qué no le tiraste tú?

La sonrisa le aumentó de tamaño. Tardó en responder mientras seguía mostrándome la dentadura.

—Pos, si el que anda cazando eres tú. Ni modo que te gane el tiro...

“Maldito!”, pensé. “Siempre encuentra el modo de volteármela. Como si no supiera que él no le tira a nada que se esté moviendo. Ha de seguir enojado porque ayer le falló a esa huilota enfrente de mí.”

—Para la otra mejor le tiras —contesté por fin—. Ya ves que yo no sé tirar bien...

Con eso tendría suficiente. Aceptar explícitamente que él era mucho mejor que yo lo haría sentirse obligado a intentarlo. La siguiente vez que surgiera la oportunidad tendría que jalar del gatillo, tal como la mañana anterior. Entonces veríamos qué tan bueno era.

De pronto me llegó una revelación. Me descubrí viviendo en un mundo al que no pertenecía y en el que no le resultaba indiferente a nadie. Tenía que ver con cuantos me rodeaban, y con ninguno tenía establecida una relación sencilla. Ahí estaba David, muchos años mayor que yo, compitiendo conmigo por ser el mejor tirador. Como si mi presencia cuestionara su hombría. Por eso se sentía tan urgido de hacerme ver mal. Luego estaba Mario, que debería ser mi camarada natural, pero que estaba más preocupado por vigilar a su hermana y cumplir con su amigo que por hacer confianza conmigo. Luego la Magdalena, de la que lo único que sabía era que yo le gustaba y que estaba dispuesta a acceder a mis acercamientos, pero de quien no tenía la menor idea de cómo pensaba. Quizás ya se imaginaba casada conmigo. Después de todo, estaba a punto de hacerlo con otro. Lo que me llevaba finalmente al Eliseo, que se convirtió en mi enemigo aun antes de que yo le hubiera dado motivo. Era mucho mayor que yo y le adivinaba una frialdad de carácter con la que no podría competir. Podría ser que él ya debiera alguna vida. No sería cosa rara en un lugar como Tlayecac. En cambio, yo dudaba

que me atreviera a dispararle aun si tuviera que hacerlo para defenderme. Lo que estaba viviendo era el argumento de una extraña película en la que yo era el protagonista principal, uno que al mismo tiempo podía contemplarse desde afuera.

El batir de alas me sacó de mis disertaciones. Habíamos vuelto a caminar, sólo que yo no prestaba atención. Estaba demasiado ocupado tratando de explicarme cómo había sido que mi vida se convirtió en algo tan distinto en apenas cinco días. Pero las codornices, que seguían levantándose enfrente, no esperarían. Entonces encañoné y disparé, con un solo movimiento rápido y fluido. No estaba pensando, tan sólo actué por instinto. El resultado fue que acerté. A unos metros de mí una de las aves se había convertido en una bola que giraba acelerada, despidiendo pequeñas plumas mientras caía. Entonces sonó otro disparo. David apuntó a una que se levantó ya muy tarde. Esta vez también falló. Me dio gusto.

—¿Qué pasó? —tuve que preguntarle.

—Le he de haber dado, porque se sentó luego luego.

Otra vez con el mismo cuento de ayer. Aunque ahora no podría reponer la que falló con otra que cazara después, porque no encontraría una sentada para asegurar el tiro. Lo que me decía era cierto. Ésa a la que le disparó sí se sentó pronto, porque todas lo hicieron. Así son las codornices, que vuelan unos cuantos metros y luego aterrizan para continuar la huida a pie entre la maleza, donde se sienten más seguras.

—Pues ve a buscarla —lo provoqué—. Nada más que levante la que tiré voy para allá y te ayudo, porque como cayó algo lejos no va a estar fácil dar con ella.

Él se alejó. Yo quedé riendo. Jamás aceptaría que falló. Decía que nunca lo hacía, lo que no podía ser cierto. Le di por su lado porque no valía la pena entrar en discusiones. Lo crucial era que le había ganado la partida. Lo demás no tenía importancia.

Pasaba de las once cuando salimos al camino de grava, un poco más lejos que los días anteriores. De las cintas de mi morral colgaban dos codornices acompañadas por dos huilotas. La que David decía haber matado no apareció. Luego falló otras dos veces. No hizo más intentos. Tirar al vuelo no era lo suyo. Yo lo sabía tan bien como él, aunque le seguía la corriente. Ya no lo provoqué más tras haberlo visto errar. Su silencio era premio suficiente. No había hablado por casi una hora.

Caminamos un par de minutos. Comenzaba a hacer calor. Nuestros pies hacían rodar la grava suelta. Nada se movía.

A lo lejos distinguimos una figura que venía en dirección opuesta, un hombre de sombrero y camisa blanca. Fijé mi mirada en él. Todavía estaba lejos; medio kilómetro quizás.

Pronto noté que llevaba un machete colgado del hombro como se acostumbraba por ahí. Seguí mirando. Lo usual era saludarse al cruzar, eso lo había aprendido tiempo atrás, en visitas anteriores. Cambiaríamos un “buenos días” para después seguir adelante. Me aclaré la garganta, no quería que la voz me sonara cortada porque llevara rato de no hablar.

El hombre estaba más cerca cada vez. Ahora trataba de reconocer sus facciones, pero aún se confundían, emborronadas por la distancia. Caminaba con paso ágil, era delgado y alto; seguramente todavía era joven. Unos pasos más y podría distinguir sus rasgos. Al menos mirarlo me estaba distrayendo, aligerando el esfuerzo de avanzar al rayo del sol.

De pronto mi paz se turbó. El caminante ya estaba cerca, a treinta metros o algo así. Ahora podía reconocerlo, era el Eliseo, que ya tenía una sonrisa grande dibujada en la cara. Entré en pánico. No supe qué hacer. Llevaba dos días cuidándome de él, imaginando que surgiría de cualquier

parte para echarse sobre mí, y cada vez me veía recibéndolo con la punta de mi escopeta; ahora lo tenía enfrente. Según lo ensayado en mi mente ya debería haber levantado el arma para enfrentarlo, pero algo me impedía hacerlo: simplemente no me atrevía. No estaba seguro de que en verdad me fuera a atacar. Tenía que esperar. Pero si lo dejaba acercarse de más me faltaría distancia para defenderme. Mejor refrené el paso. Quedarme un par de metros detrás de David me conseguiría el espacio.

—Buenos días, don David —saludó deteniéndose.

—Buenas, Eliseo. ¿Qué haces por aquí?

—Voy pa' Xalostoc, a visitar a mi tío, que anda malo.

—Pos, ¿qué tiene?

—¡Sabe! Que le pegó una reuma que no lo deja enderezarse. No ha barbechado. A lo mejor pa' eso me quiere.

—Pos, ta' bueno.

—¿Y usted?

—¡Ah! Mira. Le ando enseñando a cazar al Chacho. Se está quedando conmigo.

Volteó hacia mí y me hizo seña de aproximarme.

—Mira. Te lo presento. Es el Chacho, que ya aprendió a darles a las godornices.

El Eliseo alargó la mano para saludarme. El miedo me paralizaba. Aún así me esforcé por tenderle la mía. Estaba muy desconcertado, y más cuando sentí cómo me saludaba. Con un roce que nada tuvo que ver con un apretón, como si no tuviera fuerza. Luego retiró el brazo y siguió hablando. De pronto me parecía que era tonto. Quizás hubiera malinterpretado sus miradas y todo estuviera sucediendo en mi imaginación. Casi me caía bien. Comenzaba a calmarme.

—Ya p'al otro mes se alivia la vaca. Luego que destete al becerro la entregamos. Así como quedamos. Va a estar buena, porque todavía va a dar leche unos seis meses.

—Ta' bueno, Eliseo. Así como quedamos.

—Bueno. Voy a seguirle, don David. Que tenga buen camino.

—Tú también, Eliseo.

David arrancó y yo tras él. Separado por los mismos dos metros que le había concedido antes como ventaja. El Eliseo se tocó el sombrero, luego volteó para mirarme. Yo intenté hacer un gesto de despedida, inclinando la cabeza y esbozando una sonrisa que él me devolvió, sólo que la acompañó con un movimiento distinto. Mientras pasaba cerca de él llevó la mano a la empuñadura del machete y lo asió. Luego jaló un poco, como si lo fuera a desenvainar, pero se detuvo cuando apenas se veía un palmo de la hoja, y así lo sostuvo, mirándome con los mismos ojos fríos que cuando estábamos bajo el tejabán.

Pegué un brinco, no muy grande porque intenté reprimirlo. Aún así él notó mi sobresalto. Aceleré el paso para alcanzar a David. De pronto sentí ganas de amartillar la escopeta en respuesta para que viera que estaba dispuesto a defenderme, pero no me atreví. Mejor me apresuré, tenía que poner tierra de por medio. Sólo la distancia me haría sentir seguro.

Apenas llegamos de vuelta a la casa David volvió a salir. No me dijo a dónde iba ni a qué hora estaría de regreso, aunque yo ya lo sospechaba. Iba a buscar a la Eugenia, la mujer que cortejaba. Todos los días la visitaba. Pasaba tantas horas como podía cerca de ella, haciéndole compañía mientras despachaba en su tienda. Después de haber escuchado la conversación entre él y el Eliseo me quedaba claro que trataba de arreglarse el porvenir consiguiendo una mujer con quién compartir lo que le quedara de vida.

Que David se desapareciera no me pareció extraño, lo hacía todos los días. Lo que resultaba fuera de lo común era que la Magdalena no estuviera. Todavía era temprano para llevarle el itacate a Mario. A esa hora lo usual era verla de pie frente al fogón, asando tortillas mientras las ollas terminaban de hervir. Pero esta vez las había dejado abandonadas, no las vigilaba a pesar de estar en la lumbre.

Me sentía muy cansado. Llevaba varias noches al hilo de no dormir bien. La oportunidad resultaba inmejorable para tomar una buena siesta, sin nadie por ahí para interrumpirla y sabedor de que el Eliseo apenas iría llegando a Xalostoc, lejos de Tlayecac. No podría estar de vuelta antes de un par de horas, y eso si acertaba mucho su visita, lo que no tendría sentido. La caminata para llegar hasta allá se llevaba una hora a buen paso. Luego no emprendería el retorno sin antes haberse refrescado. Bastante era que hubiera caminado bajo los rayos del Sol del mediodía para ir. Lo más inteligente sería salir de regreso por ahí de las cinco, cuando ya comenzara a refrescar la tarde, lo que me concedería al menos seis horas libres de preocupaciones. Suficiente para reponer el sueño que tanta falta me hacía.

Entré en la habitación en la que me esperaba mi petate enrollado, apoyado contra los adobes de uno de los muros. Lo extendí en el mismo rincón en el que dormía cada noche.

La escopeta seguía cargada. Ya no la dejaba vacía nunca. La apoyé en la esquina del cuarto, justo detrás de mi cabeza, y me dormí. No quería saber más de nada. Me sentía tan extenuado que por momentos pensaba que no me importaría que el Eliseo se presentara durante mi sueño y me matara así como estaba, con tal de que lo hiciera rápidamente y yo no me diera cuenta. Mi agotamiento había llegado al extremo.

Pasaba de las cinco cuando los ruidos me despertaron. Me senté en el petate y quedé recargado contra la pared. Estaba adormilado, pero al menos ya no me dolía la cabeza. La luz que se colaba por la puerta no me dejaba abrir los ojos y estaba sudado, pero me sentía mejor. ¡Y seguía vivo! El Eliseo no se había presentado por ahí.

La Magdalena revolvía en el cuarto de junto. Algo buscaba entre los trebejos polvorientos que se amontonaban ahí, por eso el escándalo. Me tomé un par de minutos antes de ponerme en pie, luego me asomé para ver qué hacía.

—¿Ya te despertaste? —me saludó sonriente—. Van tres veces que vengo para darte de comer, pero no me oyes cuando te hablo. Parecías muerto.

Yo seguía amodorrado. Me estaba costando entenderle. Pero, ¡vaya que estaba hambriento! Sentía el estómago recargado contra el espinazo, como si lo tuviera pegado de lo vacío. Entonces noté que los pantalones ya me venían flojos. Estaba perdiendo peso. Unos cuantos días más viviendo ahí y terminaría tan flaco como casi todos en Tlayecac. Las mañanas de ejercicio y la dieta de campesino a la que estaba sujeto estaban obrando efecto sobre mi físico. No me molestaba descubrirme más esbelto, nunca me había sentido bien de que me sobraran algunos kilos.

—Bueno —siguió ella, porque yo no respondía—. ¿Ya quieres comer? Porque me tengo que ir de nuevo.

—Sí —logré articular por fin.

—Pues siéntate de una vez. Me has tenido poniéndole leña al fogón cada vez que vengo para que no se apague.

De pronto me pareció que me reclamaba, como si mantuviéramos una relación ya de mucha confianza. Hasta antes de la tarde de ayer no me hablaba de manera tan desparpajada.

—Es que tengo que ir a donde la Candelaria, porque lleva todo el día en labor. Ya no tarda en dar a luz.

Yo no le había pedido explicaciones. Antes de ese día ni siquiera había escuchado que hablara mucho. Ahora parecía no querer parar.

—Tuve que llevarle al Mario a las carreras. Lo bueno que estaba el burro. Me lo llevé al trote para no dilatar.

Por un momento me sentí como si estuviéramos casados. Ella yendo y viniendo del fogón para atenderme y hablando sin cesar mientras yo seguía callado, más ocupado en comer que en escucharla.

—Y es que la Candelaria está sola. El Higinio se fue para el otro lado hace meses y no ha vuelto; ni ha mandado dinero. Por eso es que estamos todas ayudándola. Este chamaco va a ser el tercero, y los otros dos todavía están bien chilpayates. Se los estamos atendiendo entre todas.

A mí su plática me sonaba a ruido, habría preferido que se callara, pero la boca no le paraba. Cuando terminó de servir se sentó a la mesa para acompañarme y siguió hablando.

—Me voy a ir otra vez con ella. A ver si no me toca velar toda la noche. Aunque no creo que se demore tanto. Se me hace que ya está a punto. Pero de todos modos me voy a tener que quedar con ella. Como soy la única que es sola...

Yo comenzaba a sentirme mal. Me imaginaba que estuviera casado con ella. No paraba de hablar. Lo único que lograría sería que ya no se me antojara besarla otra vez. ¡Qué pronto se me había acabado la pasión!

—Deja espacio para las codornices, que te las asé.

¡Se me habían olvidado! Por suerte a ella no. Mi trofeo de ese día. Entre tanta cosa que me bailaba en la cabeza lo que menos me había preocupado era pensar en eso. A mi llegada nada más las dejé junto al fogón y busqué el petate.

Terminé de comer. Ella se apuró a levantar. Yo seguía sentado, tratando de decidir qué hacer. Ella estaba a punto de marcharse y Mario aún no llegaba. Las horas habían

pasado y el Eliseo ya debería andar cerca otra vez. ¡Ojalá que David volviera pronto! No tenía ganas de quedarme solo.

—Bueno —me dijo, al tiempo que me tomaba de la mano y me hacía pararme de la mesa.

Me puse rígido. No quería seguirla, pero ella pareció no notarlo. Me condujo hasta un rincón, lejos de cualquier mirada furtiva que pudiera colarse por la puerta, y se me pegó. Me miró a los ojos fijamente, luego los cerró y así se quedó. Adiviné que esperaba que la besara otra vez, pero no me nacía hacerlo. Lo que sentía eran ganas de huir, de alejarme de ella tanto como pudiera. Además de peligrosa ahora me resultaba molesta. Sus modos tan familiares mientras me servía de comer extinguieron hasta el menor atisbo de deseo en mí. Ahora la veía como lo que era: una mujer con la que no tenía nada en común.

Pero ella seguía en la misma posición, con la cara levantada y los ojos cerrados, esperando que la besara. Y no parecía tener prisa, porque los segundos se alargaban y no cambiaba de postura. Caí en cuenta de que tendría que cumplirle el capricho. Acerqué mis labios a los suyos y le di un beso, corto y ligero. Ella abrió los ojos otra vez. Ahora sonreía. Por suerte se había conformado con eso. Entonces se despidió de mí y salió. Yo quedé mudo, tratando de comprender lo que apenas había sucedido. Acababa de tomar parte en una escena que ahora se me antojaba surrealista, comportándome como un hombre casado que se despide de su mujer. Estaba asustado. ¡Qué bueno que ya era miércoles! El sábado llegaría mi padre para llevarme de vuelta a mi mundo. Yo no encajaba ahí.

Poco después llegó Mario. Los ruidos que hizo me hicieron saltar por la escopeta, que no solté hasta haberme cerciorado de quién era el que llegaba. Tardó un poco para entrar. Primero encerró el ganado y luego se lavó, tal como lo acostumbrábamos todos antes de pisar en la casa. Una especie de rito de purificación, supongo.

En cuanto me vio me saludó con un silbido largo proferido entre lengua y paladar. Luego me miró con los ojos bien abiertos y expresión de burla, pero no me decía nada. Solamente me sostenía la vista sin cambiar de expresión.

—¿Qué? —le pregunté con modo un tanto bronco.

No me respondió. Solamente agitó la cabeza a modo de negación mientras aguantaba la misma mueca burlona.

—¡Dime qué! —ordené ya molesto.

—Pos nada —soltó. Luego se quedó callado, aunque sin perder la sonrisa.

—¿Cómo que “pos nada”? —reclamé.

—Pos nada. Que ya se anda diciendo por ahí que la Magdalena te dio prueba de amor.

Me quedé helado. No conseguía comprender. ¿Cómo que prueba de amor?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté por fin. No entendía a lo que se refería.

—Pos eso. Que ya se supo lo que hicieron ayer en la barranca.

—¡Ah! Eso —repuse aliviado.

—Pos por eso. Que te dio prueba de amor.

Yo no terminaba de comprender. Necesitaba más explicaciones, que por lo visto tendría que arrancarle, porque no las soltaba fácilmente.

—¿Cómo que prueba de amor?

—Pos, lo que hicieron. Eso es prueba de amor.

—¿Cómo que prueba de amor? ¡Si nada más fue un beso!

Comenzaba a sentirme asustado. Se me había ocurrido que en el pueblo podrían suponer que hubiera pasado algo más. Pero eso no era cierto. ¡Si nada más fueron dos besos! Y uno muy corto, apenas por encima.

—Pos por eso —insistió él.

—¿Qué? ¿A poco un beso es prueba de amor?

—Pos claro. Si no, ¿entonces qué es?

—¡No, no, no! —me defendí—. De donde yo vengo, prueba de amor es otra cosa. Es llevarla a la cama. Tener sexo. Un beso no es más que cosa de juego.

—¡Pos no! Aquí no es así. Es justo al revés.

—No entiendo —me quejé.

—¿Cómo que no entiendes? ¿Qué no entiendes?

—Lo que dices. Un beso no es prueba de amor. Es solamente un juego.

—Pos no. Aquí no. Aquí las mujeres solo besan por amor. Es que luego se las llevan a lo apartado por la fuerza. De eso no pueden defenderse. Y eso no es prueba de amor, porque tienen que aguantarse. Prueba de amor es cuando besan, porque eso no lo hacen por la fuerza, sino que por gusto.

—¡Están mal! —grité—. ¡Están todos mal! Un beso es un juego. Nada más.

—Pos, eso no es lo que andan diciendo.

—¿Cómo que “andan diciendo”? ¿Quiénes?

—Pos ya muchos. La Magdalena lo fue a contar hoy por la mañana. Primero me lo dijo a mí, antes de salir con el ganado. Luego a todas éstas que andan atendiendo a la Candelaria. Si ya hasta el Eliseo lo sabe...

Quedé pasmado. Sentí que el estómago me punzaba y que devolvería la comida. ¡Eso no podía estar sucediendo! Con razón me amenazó el Eliseo cuando nos cruzamos. Si antes no había andado tras de mí, ahora seguramente lo haría. Pero, ¿cómo iba yo a adivinar que un simple beso pudiera resultar algo tan importante? Si había visto a

muchos besarse en la escuela, y a cada rato cambiaban de pareja. Nadie decía nada sobre eso. ¡Era de lo más normal!

—¿Y qué vas a dar pa' llevártela? —siguió Mario—. Porque va a tener que ser más que una vaca que esté dando leche. Eso ya lo ofreció el Eliseo.

No podía contestar. Trataba de comprender qué era ese lío en el que estaba metido. Se me antojaba huir, largarme de ahí pronto y tan lejos que ni recuerdo me quedara de Tlayecac. Pero no atinaba qué hacer porque a todo lo que se me ocurría le encontraba inconvenientes.

—Lo bueno es que todavía no entregan la vaca, con eso de que están esperando que dé a luz al becerro... Así todavía puedes ofrecer. Es lo que se acostumbra.

Yo seguía mudo, tratando de escuchar lo que Mario decía mientras mis propios pensamientos se sobreponían a sus palabras.

—Y están todas bien contentas. Que dicen que la Magdalena se agarró a un rico de la ciudad. Por eso traen tanto argüende ahí donde lo de la Candelaria. Ya ni quién esté pensando en lo del parto. Solamente hablan de ti.

Era de noche cuando me quedé solo. Tuve que darle a Mario para que se comprara unas cervezas. Seguro que bajo el tejabán ya se habrían reunido algunos. Así me traería las dos cosas que me hacían falta: cambio del billete de doscientos pesos que le entregué y noticias frescas. No me costaría trabajo sacarle la verdad cuando volviera. Contaba con que para entonces el alcohol haría por aflojarle la lengua, además de que parecía disfrutar ser el primero en llegar con cada chisme.

Me mantuve vigilando la entrada, mirando a través de una rajadura de la tabla que servía de ventana, aferrado a la escopeta de la que ya no me separaba. Gracias a eso noté cuando David llegaba, ya cruzaba entre las piedras amontonadas que hacían las veces de muro. Pegué la carrera y me tendí en mi petate como si llevara rato dormido, aunque espiando a través de los ojos entreabiertos.

Él encendió la luz y dejó sobre la mesa un envoltorio de tamales. Luego se asomó donde yo me hacía el dormido, tratando de adivinar si estaba despierto. Al parecer lo engañé, porque no tardó en darse la vuelta. Se acercó al fogón y se preparó un jarro de leche con café, entonces se sentó a la mesa, de espaldas a mí, y se despachó dos tamales.

Me sentía aterrorizado. Temía que en cuanto cruzara palabra con él me interrogaría, porque ya debía haber llegado a sus oídos lo que la Magdalena anduvo contando todo el día. Yo no sabía qué responder. Ni siquiera tenía trazado un plan en el que confiara. Contaba con que Mario regresara pronto, trayéndome el cambio de mi billete y algunas noticias. Se me ocurría que luego podría escapar aprovechando la oscuridad de la noche. Caminar hasta la carretera, a cosa de un kilómetro de ahí, y tomar el prime

autobús que pasara. Por eso necesitaba billetes más pequeños o monedas. Sabía que los conductores acostumbraban quedarse con los cambios. No podía correr ese riesgo. Doscientos pesos era todo lo que tenía, bueno, algo menos, porque faltaba descontar las cervezas que Mario se tomara.

Pero mi plan tenía sus puntos flacos. El primero era que no me atrevía a salir solo y desarmado. La escopeta debería hacer el camino conmigo porque el Eliseo podría brotar de entre las sombras para encararme. Andar por ahí armado era algo que los lugareños no consideraban cosa fuera de lo común. Más de uno se paseaba con la escopeta al hombro por los campos, sin embargo, una vez a la orilla de la carretera, que era camino federal, la situación sería distinta. Podría toparme con alguna autoridad que me cuestionara, lo que terminaría en problemas legales para mí con toda seguridad. Además sería poco probable que lograra que algún autobús se detuviera para recogerme, porque pensaría que le hacía el alto para asaltarlo. Mi padre pasó buen rato aleccionándome en contra de acercarme a la carretera con todo y escopeta. Ni aunque la llevara en una funda. Por ningún motivo. Así me lo dijo.

Entonces lo que me quedaba era salir llevando la escopeta y deshacerme de ella cuando ya estuviera cerca de la carretera, pero dudaba que eso fuera tampoco una buena idea. ¿Qué tal que el Eliseo me viera pasar y me siguiera, con las intenciones de sorprenderme lejos del pueblo? Seguro que notaría cuando dejara mi arma por ahí. Entonces podría hacerse de ella y usarla para darme fin. ¡No! La escopeta se quedaría conmigo hasta haber llegado a lugar seguro. De eso estaba convencido.

Había una opción diferente. Ya era la noche del miércoles. ¿Qué tal que me saliera de la casa cuando nadie estuviera mirando y buscara refugio en el monte? Traía equipo suficiente para pasar un par de noches fuera. Solamente me faltaría llevar agua, aunque ésa podría obtenerla de la

barranca por las noches, cuando nadie estuviera mirando. Podría cazar para comer y permanecer oculto. Sobraban lugares en los que nadie lograría encontrarme si permanecía inmóvil. Me quedaría en la espesura hasta que mi padre llegara, entonces volvería con él. De ese modo al menos seríamos dos para defendernos y no uno solo.

Pero ese plan también tenía sus inconvenientes. Podría suceder que salieran a buscarme en grupo, suponiendo que me hubiera extraviado o que hubiera sufrido un accidente. No podría permanecer cerca del pueblo y evadir a quienes me buscaran, lo que me obligaría a alejarme demasiado para pasar desapercibido. Entonces me darían por perdido. En ese caso mi padre no iría a cazar a la barranca como lo acostumbraba y yo no tendría modo de encontrarlo antes de ser descubierto. Ninguno de mis planes prometía funcionar con limpieza, lo que me mantenía pensando mientras fingía dormir.

Los ruidos en la estancia me incitaron a atisbar, otra vez con el ojo entrecerrado. Era David, que salía de nuevo llevando el sombrero de presumir y las botas vaqueras además de una chamarra. Iba de vuelta con la Eugenia, resultaba obvio, y quizás para no volver en toda la noche. Cuánto mejor para mí. Así podría levantarme del petate y esperar en una posición más cómoda. Me sentía adolorido de tantas horas que llevaba pegado al suelo. Volví a mi puesto tras la ventana para vigilar a través de la rajadura de la madera.

La Magdalena no tardó en aparecer. Entró ligera y se notaba emocionada. La Candelaria había dado a luz a una niña bien gordita. Venía a avisar que pasaría la noche con ella. Tuvo que dejar el recado conmigo. Luego me arrancó otro beso y se alejó.

Ahora me ponía tenso cada vez que me la encontraba. Buscaba palabras para alejarla de mí, para hacerla entender que se equivocaba, que lo que pasó en la barranca no significaba nada, que no había sido más que un juego. Pero

no me dio tiempo para hacerlo. ¡Se veía tan segura de mí!, y tan contenta. Quién sabe cómo se lo fuera a tomar. Quizás se soltara a llorar, o podría darle por ponerse agresiva. Además, una vez que me estaba haciendo a la idea de que ya estaba metido en un lío gordo, me volvió a gustar que me besara. Si la situación ponía en riesgo mi vida lo menos que podía hacer era sacarle lo que tuviera de agradable. A lo mejor a la próxima aprovecharía para abrazarla bien apretado y pasarle un poco las manos por encima; total, si en ese sitio un simple beso era cosa más seria que llevarla a la cama, no cometería pecado al hacerme a los modos del lugar.

La imaginación se me desató. Las escenas románticas se habían apoderado de mi mente y lo estaba disfrutando. Me veía llegando a más con la Magdalena, escondidos tras alguno de los recodos de la barranca. Estaba seguro de que me dejaría hacerle cuanto quisiera, y a cada momento se me antojaba probar un poco más que en el anterior. Qué distinto ahora de lo que me sentí apenas un par de horas atrás, cuando me asusté de descubrir que me tratara con tanta familiaridad. Se me ocurrió que quizás así fueran siempre las relaciones entre un hombre y una mujer. Además, saber que la tenía a mi disposición me hacía sentir importante al punto que comenzaba a sentir celos de las intenciones del Eliseo. Eso de pagar con una vaca para conseguirla no tenía sentido, en especial cuando resultaba obvio que ella no lo quería.

El estruendo con el que se abrió la hoja de la puerta me hizo encañonar. Me había distraído de la vigilancia, por eso no vi a Mario cuando se acercaba dando traspiés, lo vi hasta que cruzó la entrada. En cuanto estuvo adentro se sentó a la mesa. No me había visto porque no me había movido del rincón desde el que montaba guardia. El susto que me pegó me tenía con palpitaciones.

Caminé hasta la puerta y la aseguré con la tranca. Nadie de la casa volvería pronto, al menos no antes del alba. Me

senté a la mesa para hablar con Mario.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo te fue?

No me respondió. Solamente reía. Se veía colorado y se notaba que estaba borracho. La cabeza se le movía en círculos mientras hacía por enfocar la mirada.

—Pues, ¿cuántas te tomaste?

No me respondió, solamente me miraba sonriendo. La cabeza no paraba de moverse.

—A ver. ¿Cuánto te sobró de mi billete?

—Nada —articuló por fin. Las palabras se le arrastraban.

—¿Cómo que nada? —reclamé—. ¡Si te di todo mi dinero! No te lo puedes haber bebido todo. ¡Si las cervezas son a ocho!

—Pero invité.

—¿A quién?

—Pos, al Eliseo. Y a otros que andaban ahí.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Pos, porque anda triste. Que dice que le robaste al amor de su vida. Que va a venir a matarte al rato. Así lo dijo.

—No te lo creo. No estuviste afuera ni dos horas. No le debe haber dado tiempo de ponerse borracho.

—Ya estaba. Lleva desde la tarde tomando. Ya no tenía dinero, por eso tuve que invitarlo. Es mi amigo.

—Pero dices que va a venir a matarme.

—Eso dijo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—Pos, nada. Eso es cosa entre ustedes.

—¡Pero te acabaste mi dinero! ¡Con eso pensaba irme de aquí! ¡Era para mi pasaje! Ahora, cuando venga a buscarme me va a encontrar, porque no tengo a dónde ir. ¡Y todo es por tu culpa! ¡Si me mata va a ser tu culpa!

Mario no perdía la sonrisa. Parecía no importarle lo que le decía. Se metió en la habitación de junto, desenrolló su petate, y se tendió. Minutos más tarde roncaba.

¡Tan contento que estuve hasta poco antes de su llegada!, cuando imaginaba escenas románticas con la

Magdalena. Pero ahora todo me aparecía de cabeza otra vez. Ahí estaba yo, en un lugar que me era ajeno, incomunicado del mundo al que pertenecía, sin más compañía que Mario, que dormía profundo su borrachera, esperando que un hombre al que apenas conocía viniera a matarme porque se sentía afrentado. ¡Y esta vez no dudaba que aparecería! Estaba envalentonado por el alcohol, que para colmo había pagado con mi propio dinero dejándome sin medios para huir de Tlayecac y salvar mi vida.

Todo estaba mal, muy mal. Lo que comenzó como un viaje de cacería ahora se había convertido en una pesadilla. Ya no era yo el cazador, ahora era la presa. Estaba asustado, verdaderamente asustado; encerrado en un lugar desde el que no se podía ver lo que ocurría afuera, entregado a la voluntad de quien me acechara, dispuesto para ser sorprendido tal como cazaban a las huiltas los de ese lugar: sentado y distraído, sin la menor oportunidad de defenderme.

¡No! De pronto lo decidí. Lo menos que merecía era recibir el mismo trato que yo les daba a mis presas. Si el Eliseo quería cazarme, tendría que hacerlo al vuelo. No lo esperaré sentado.

Comencé a empacar en el morral. Metí lo que juzgué necesario, incluidos tres de esos tamales que seguían empaquetados sobre la mesa. También una manta y la pequeña linterna eléctrica. Me puse la chamarra y el sombrero y destranqué la puerta sin soltar la escopeta. Asomé la cara y miré con detenimiento. Nada se movía. Caminé hasta la calle tratando de no hacer ruido.

Busqué refugio entre las sombras, lejos de los esporádicos focos y de los tenues rayos de la Luna casi llena. Salté de penumbra en penumbra hasta quedar cerca del tejabán. Ahora se me antojaba que debía ser yo quien sorprendiera al Eliseo, que seguía ahí, bebiendo cervezas con mi dinero. ¡Sí! En vez de esconderme lo atacaría. En lugar de ser su presa lo haría la mía. Me acerqué tanto que

ya podía diferenciar las palabras de cada uno. No había más de treinta metros entre el tejabán y la sombra que me guarecía. Levanté la escopeta y encañoné. Ahí lo tenía, asomándose justo tras el grano redondo y plateado en la punta del cañón de mi escopeta, tan quitado de la pena. No podía olvidar que le había dicho a Mario que me mataría. Tenía que tomarlo en serio, por eso mantuve la posición por algo así como un minuto, visualizando el tiro, asegurándome de acertar. Luego bajé el cañón.

Aun si hubiera estado dispuesto a tomar su vida en ese momento, la oportunidad no era la correcta. Solamente llevaba cartuchos con perdigones finos, del siete y medio, como los que se usan para cazar aves pequeñas. A treinta metros no le causarían gran daño a un animal grande porque habrían perdido mucha velocidad. Tampoco a una persona. Mi arma no resultaría mortal para el Eliseo más lejos que unos cuantos metros, quizás menos de diez, antes de que los proyectiles se hubieran desperdigado. Los treinta que nos separaban eran demasiado.

Tres horas permanecí al acecho. Casi era medianoche. Los que bebían cerveza bajo el tejabán eran cada vez menos. Los fui viendo salir a uno tras otro hasta que no quedaron más que el Eliseo y su primo, que tampoco duraron mucho tiempo ahí. En cuanto la dueña del lugar apagó el televisor tuvieron que irse.

Cada uno tomó rumbo distinto. El primo alejándose y el Eliseo hacia donde estaba yo. Hice por meterme más entre las sombras. Temía que me descubriera. Sus pasos vacilantes lo harían pasar muy cerca. Amartillé.

Los pies se le arrastraban al caminar y no lograba mantener la línea recta. Había bebido demasiado. Con la mano derecha aferraba la cinta de cuero que salía de la funda del machete, que ahora llevaba a rastras sobre la grava de la calle. Tenía puesto el sombrero de lado.

Adiviné que no estaría en condiciones de entablar pleito. Aún así sostuve amartillada la escopeta, sólo por si acaso, aunque lo cierto era que prefería que no me descubriera.

Iba tan perdido que ni siquiera volteó hacia donde me ocultaba. Pasó muy cerca, hablando solo con palabras que no pude entender. Luego lo vi alejarse.

Caí en cuenta de que no sabía suficiente sobre él. Era el momento de averiguar algunas cosas. Debía aprender cada una de sus rutinas, ser capaz de predecir cada uno de sus movimientos, comprender cómo pensaba. Ahora, él sería mi presa.

Dejé que se alejara. Había suficiente luz para distinguir su silueta. Le di cincuenta metros de ventaja, luego comencé a seguirlo, saltando de sombra en sombra como cuando llegué. Así hasta que lo vi cruzar por una puerta. ¡Bien! ¡Ya sabía dónde vivía! Busqué la protección de las malezas que crecían en la calle y quedé en espera, atento a lo que pudiera suceder.

Entró en la casa y encendió un foco. No se acordó de cerrar la puerta. Pude ver cómo agarraba una tortilla fría y la sumía en la olla de los frijoles. Se la comió con trabajos, escurriéndose la camisa con el caldo oscuro. El machete estaba sobre la mesa. Podía distinguirlo bien desde mi escondite. Esperaba que lo tomara y saliera para buscarme, quizás con la intención de sorprenderme durmiendo, por eso no me movía de ahí. No tenía intenciones de estar en donde pudiera encontrarme.

Desapareció de la habitación a través del hueco en la pared que conectaba con la de junto. No recordó cerrar la puerta de la entrada ni apagar el foco. Quedé vigilante. Ya nada se movía.

Pasó media hora y todo seguía igual. Se me antojaba acercarme para constatar lo que suponía, que se había quedado dormido, pero no me atrevía. Cuando llegó salieron dos perros a recibirlo. Seguramente denunciarían mi presencia con sus ladridos al descubrirme, entonces podría ser pillado, ya fuera por él o por algún otro de los moradores de la casa, que en la mañana siguiente les contarían a todos que me habían visto armado, rondando el lugar. Adivinarían que iba tras el Eliseo. Eso podría resultar demasiado peligroso. Bastante era con que hubiera sido el tema de conversación el día anterior porque la Magdalena no supo quedarse callada.

Decidí volver a la casa para encerrarme. El Eliseo no recobraría la conciencia antes de algunas horas. Debía aprovechar ese tiempo para descansar. La cacería seguiría al día siguiente.

En la casa Mario no se había movido. Roncaba en la misma posición que lo dejé, con la cabeza echada para atrás, apoyada sobre el sombrero que le servía de almohada. Puse la tranca y me senté a la mesa para pensar. No prendí la luz, prefería seguir en lo oscuro.

Comencé a repasar los detalles de mi situación. Lanzarme al acecho del Eliseo no fue cosa que hubiera pensado

mucho antes de hacer, tan sólo lo decidí empujado más por el miedo que por la razón. Luego lo tuve cerca. Fue cuando me di cuenta de que no sería capaz de dispararle a pesar de que me infundía un temor insano el sólo verlo. No podría jalar del gatillo si él no me atacaba primero, lo que resultaba demasiado peligroso. Su mirada era fría. Su rostro poco expresivo. Intuía que si me tiraba un tajo con el machete lo haría con toda saña. Darle ventaja era una estupidez, sin embargo, si no se la daba siempre me quedaría la duda de saber si en verdad pretendía ultimarme. Quizás solamente estuviera fanfarroneando cuando decía que me iba a matar.

Lo más inteligente en ese momento habría sido emprender la retirada, aprovechar que el Eliseo dormiría la borrachera por unas horas para poner terreno de por medio, caminar hasta la carretera y esperar el primer autobús de la mañana. Podría dejar la escopeta en la casa porque sabía que no correría gran peligro en el camino. Mi enemigo no estaba en condiciones de presentarse. ¡Si tan sólo Mario me hubiera devuelto algo de cambio! Al menos lo suficiente para pagar el pasaje de regreso a México, que no costaría ni cien pesos. Luego habría visto que alguien recogiera mis pertenencias. Eso no me preocupaba.

Pero de mi dinero ya no quedaba mucho, apenas la noche de tranquilidad que me compró emborrachando al Eliseo. Con la mañana los problemas regresarían. Me faltaba todavía sobrevivir dos días más. Cumplido ese plazo todo se arreglaría porque me marcharía de Tlayecac, quizás para jamás volver.

El retumbar de golpes en la puerta me despertó. Después de un rato largo de meditar por fin había logrado conciliar el sueño, pero ahora el escándalo me hacía levantarme de un salto y tomar la escopeta. Me maravilló descubrir lo pronto que me había hecho al hábito de echar mano de ella.

—¿Quién es? —traté de gritar, porque la voz me salió cortada.

—¡Es David!

Abrí. Mario finalmente dio signos de vida, aunque tenía mala cara. Estaba sentado sobre el petate, arrugando los ojos porque no toleraba la luz del foco.

—¿Qué pues, Chacho? ¿Ya estás listo?

No contesté. No sabía a qué atenerme. Esperaba que David me interrogara sobre lo de la Magdalena, pero no daba señas de saberlo. Me trataba igual que cualquier otro día. Ni siquiera me prestó mucha atención, fue directo al fogón y lo encendió para calentar leche con café y recalentar los tamales que seguían empaquetados sobre la mesa. Yo quedé extrañado. No lograba comprender cómo pensaban los de ahí.

—¿Qué tal que nos quedemos todo el día por allá? —solté. Se me ocurría que no quería andar por el pueblo. La distancia me serviría para refugiarme del Eliseo.

Ya estábamos desayunando. David me miró fijamente antes de responder.

—¿Y eso?

—Ya es jueves. Quiero cazar un conejo. Podríamos caminar las lomas, aunque haga calor, ¿o no?

Él se rascó la cabeza. Lo estaba pensando. Luego decidió.

—Pos, sólo que te quedes con el Mario. Yo tengo que regresar. Es Jueves Santo. Hoy viene el cura para dar misa y hay que ir, porque es la que nos toca aquí. Luego no regresa en un mes.

—¿Y Mario, no va a misa? —me defendí. No se me antojaba quedarme con él. Le había perdido la confianza la noche anterior, después de que me dijo que el Eliseo me iba a matar. Me ofendió que no se mostrara preocupado al decírmelo. Más bien parecía divertirse que yo estuviera en peligro.

—A él le toca atender a los animales. Esos no saben de días santos. Tienen que comer igual del diario.

En eso tenía razón. Lo pensé un poco, luego caí en cuenta de que lo mejor sería estar lejos, sin importar en compañía de quién. Lo mismo me daba irme solo con tal de no andar por ahí cuando el Eliseo se pusiera de pie.

—Bueno. Entonces vamos ahorita a la barranca para tirarle a las huilotas. Luego me dejas con Mario y te regresas.

—Ta' bueno. Hagan itacate de una vez con los tamales. No creo que la Magdalena les pueda llevar luego. Entre lo de la Candelaria y la misa no va a tener tiempo.

Me sentí aliviado. Estaría lejos mientras hubiera luz de día.

Casi estaba oscuro cuando regresamos. Después de que David me dejó con Mario me alejé de él. No quería tenerlo cerca. Busqué un sitio sombreado en una ladera desde donde podía ver hacia abajo con un muro de piedra cubriéndome la retaguardia. Tenía a la vista todos los accesos. No era un buen sitio para esperar el paso de las huilotas, lo que no me importó. Mientras me funcionara como alcázar estaría bien. Ya traía cinco palomas colgadas del morral, que logré derribar temprano mientras estuve en la orilla de la barranca.

A Mario le dije que iba a caminar. El pretexto de cazar un conejo me seguía funcionando. A él no le importó si le decía la verdad o no. No se había repuesto todavía de la borrachera. La cruda lo tenía pálido y cabeceaba de tanto en tanto. Yo lo disfrutaba. Bien merecido se lo tenía por haberse acabado mi dinero de manera tan estúpida. De la esperanza de desarrollar una relación de camaradas con él ya no me quedaba nada. Ahora prefería tenerlo lejos.

Pasé la tarde vigilante, peleando mi guerra silenciosa contra el Eliseo. No tenía con quién hablar de eso salvo conmigo mismo. Le seguía dando vueltas al asunto. Todavía me quedaban dos noches por sobrevivir.

Por eso en cuanto llegamos me metí hasta donde estaba mi petate y me senté, siempre con la escopeta cerca. Mario se tendió para dormirse de inmediato. Me pidió que lo despertara cuando hubiera comida en la mesa. Luego se desvaneció.

La Magdalena no tardó en aparecer. La cara se le iluminó en cuanto me vio. Se acercó a mí y me tendió la mano en señal de que me levantara. Ahora la volvía a ver hermosa, quizás más que nunca antes. Debe haber sido porque ella se veía feliz y yo ya sentía que me la merecía. Me tenía apostando mi vida con el Eliseo.

Me llevó hasta el mismo rincón que la tarde anterior y me abrazó.

—He pensado en ti todo el día —me confesó—. ¡Qué bueno que ya llegaste!

Me hacía sentir todo un macho. No podía remediarlo. Su comportamiento obraba prodigios sobre mi ego, que hasta antes de ese día siempre sufrió, sometido ante los embates de mis supuestos iguales. Pero parado ahí, escuchando las palabras de la Magdalena y sosteniendo una lucha continua por mi vida me sentía como un auténtico comando. Un héroe de película. Desde donde estaba, todos esos que tan grandes se me hacían cuando estaba en la escuela se veían pequeños. Muy pequeños. ¿Quién entre todos ellos habría jamás tenido un enemigo del calibre del Eliseo?

Pero lo que la Magdalena quería era que la besara otra vez, y yo llevaba desde ayer pensando que a la próxima iría un poco más lejos. Cuando me acercó la cara no solo pegué mis labios a los de ella, sino que aproveché para recorrerle el cuerpo con las manos. Despacio primero, pero luego con decisión. Ella no hacía por evitarlo. Parecía disfrutarlo tanto como yo. Estábamos solos de no ser por su hermano, que dormía profundamente. El momento se me antojaba perfecto.

La tos con la que Mario se despertó nos hizo separarnos de golpe. El volteó amodorrado. El momento se había terminado. Lo que seguía era preparar la cena. Salí para buscar la letrina mientras ella se ocupaba de encender el fogón. Entonces recordé que David no me había dicho nada sobre ese nuevo chisme que corría por el pueblo a pesar de que le competía directamente a su casa y que las oportunidades para hacerlo le sobraron durante la mañana. Podía ser una de dos, o no estaba enterado o no pretendía discutirlo conmigo porque el sí comprendía que se trataba de algo que no podría ser. Yo me inclinaba a creer lo segundo. Ese pueblo era demasiado chico. Nada pasaba desapercibido. Quizás en David tuviera a mi mejor aliado.

Comencé a sentirme bien. Si no hubiera sido porque el Eliseo permanecía presente en mis pensamientos, como una amenaza real y continua de la que no podía desentenderme, estaría viviendo algunos de los momentos más felices de mi vida. Después de todo, esas vacaciones me tenían convertido en un gladiador que había obtenido su primera mujer al mismo tiempo que sus primeras presas; me habían enseñado que otros no me consideraban tan pequeño, que yo también podía ser peligroso, que era bastante más grande de lo que hasta hacía poco suponía. Ahí no era ni el más pequeño ni el más indefenso. Me había ganado un enemigo porque lo hacía sentir amenazado con mi sola presencia. Un rival así valía la pena, aunque mi vida estuviera en riesgo.

David entró cuando ya cenábamos. Se sentó a la mesa con nosotros y nos acompañó, luego anunció que saldría otra vez. No estuvo más de veinte minutos. Cuando cruzó la puerta de salida Mario repitió el mismo silbido siseante que utilizó el día anterior, cuando el tema había sido su hermana. Miró a su padre perderse en lo oscuro con mirada fija. Luego exclamó divertido.

—¡Esto ya estuvo!

Se refería a que la Eugenia por fin le había dado entrada a las aproximaciones amorosas de David. Ésta sería le segunda noche al hilo que pasara con ella, presagio de que después seguirían muchas más.

Quedamos sentados a la mesa, todos en silencio. No se me antojaba volver a hablar con Mario, y lo que tenía para decirle a la Magdalena no era asunto que él debiera escuchar. Lo mejor sería aguardar hasta que se hubiera dormido, lo que no prometía ser pronto. Por fin se le había compuesto la expresión y se notaba de buen humor. Quizás dos horas de espera, si no era que más.

La Magdalena levantó los trastes. Mario salió sin revelar a dónde iba, posiblemente a la letrina.

—Tengo algo que decirte —aproveché para ponerla al tanto—. Pero no quiero que tu hermano lo escuche.

—Si quieres, nos vamos pa' la barranca. Al fin que hay Luna.

—Pero hasta que se haya dormido Mario, para que luego no ande echando habladas.

—Está bien. Voy a ver cómo sigue la Candelaria y regreso en un rato. A ver si pa' entonces ya se durmió.

Mario volvió. Quedamos otra vez en silencio. Luego salió ella. Seguí sin hablar. Quería aburrirlo con mi silencio para que se durmiera pronto. Él notó que yo no le buscaba la

cara. Se metió al cuarto de los trebejos y comenzó a golpear. Creo que estaba reparando uno de sus huaraches.

—¡Psht! ¡Psht! —llamé a la Magdalena, que ya estaba por empujar la puerta para entrar. Llevaba un rato esperándola afuera, escondido tras el árbol que durante el día sombreaba la casa.

Se detuvo y preguntó con voz queda:

—¿Eres tú?

—Sí. Me salí en cuanto se durmió Mario. Mejor ya no entres otra vez porque se puede despertar.

—Bueno. Entonces, ¿vamos a la barranca?

—Sí —contesté, al tiempo que me dejaba ver. Traía la escopeta en una mano y un sarape doblado echado sobre el hombro—. ¡Vámonos!

Enfilamos por el mismo sendero que la primera vez. La noche era tan clara que podíamos ver dónde pisábamos sin problemas. La luz me alcanzaba para distinguir claramente las facciones de la Magdalena. Bajamos en silencio. Luego nos alejamos un poco, casi hasta la poza en la que me bañé días atrás. Me sentía nervioso. No estaba seguro de hasta qué punto me atrevería a llegar con ella.

—¿Qué es eso que tienes que decirme? —rompió en cuanto estuvimos acomodados. Ahora el sarape hacía de asiento, todavía doblado en tres. Apenas lo suficiente para acomodarnos uno al lado del otro.

—¿Qué te ha contado Mario de lo que pasó anoche?

—¿De anoche? ¿Cómo que de anoche? Si llegó bien borracho. Ya me dijeron.

—Sí. Estuvo tomando con el Eliseo. ¿Qué te dijo de eso?

—¿Decirme? Nada. Si casi ni hemos hablado. En la mañana no lo vi.

—Bueno. Pero a mí sí llegó a platicarme. Me dijo que el Eliseo anda diciendo que me va a matar. ¿Tú lo crees?

Se quedó muda. Por la expresión de su cara adiviné que sí lo creía. Malas noticias para mí. Abrigaba la esperanza de

que me dijera que el Eliseo era más un hablador que un hombre de palabra, pero por lo visto no.

—Dicen que ya debe una vida —contestó con la voz muy apagada.

Podría haberlo adivinado. Esa mirada fría y despiadada de algún lado tenía que haberle venido. Sus ojos dejaban traslucir que era cruel. No me extrañaría que disfrutara matar. Pero lo mío era seguir investigando. Todo lo que aprendiera sobre él me resultaría de utilidad cuando el momento llegara.

—¿Cómo está eso?

—Sí. Dicen que en una salida a Puebla, que se fue de jornalero, se hizo de pleito y mató. Que por la espalda. Luego se regresó para acá. Cuando vinieron preguntando por él todos dijimos que no lo habíamos visto, aunque sabíamos que se había escondido en los cerros. De ahí no lo iban a poder bajar de cualquier modo. ¿Pa' qué delatarlo?

— ¿Y cómo mató?

—Con ese mismo machete que trae siempre al hombro. Nunca lo deja porque anda a las vivas de que regresen a buscarlo. Pero yo no creo. Ya hace dos años de eso y nadie volvió a preguntar por él. Sólo que tenga miedo de que lo encuentren de casualidad.

—Por eso es que ando con cuidado. Ya no salgo sin la escopeta. No me lo vaya a encontrar.

—Ése no mata de frente. Yo lo conozco. Siempre anda buscando entrarle con ventaja. Es por eso que no me gusta para nada. Y con eso de que anda queriendo casarse conmigo...

Sentí que la sangre se me helaba. Ya no porque el Eliseo anduviera tras de mí. A eso ya me estaba acostumbrando. Yo también andaba tras él. Lo que me puso así fue comprender que la Magdalena me estaba tomando demasiado en serio, como si en verdad me fuera a casar con ella. Y ahora se me ocurría que a lo mejor me estaba utilizando para zafarse del compromiso que su padre ya

había aceptado en su nombre. Nada de lo que sucedía estaba entre lo que yo consideraba propio de mi edad o de mi medio. ¡En verdad estaba atrapado en un mundo muy extraño!, donde mi obligación era sobrevivir sin importar lo que tuviera que hacer. De pronto tomar la vida del Eliseo se me antojaba cosa permitida. Quizás lo emboscaría. Solamente pensar en tomarle ventaja lograba mitigar un poco el pánico en el que estaba sumido.

Dejé de pensar. La Magdalena seguía junto a mí y el silencio se prolongaba de más. Volteé para besarla, luego volví a recorrerle el cuerpo con las manos. Terminamos tendidos uno junto al otro. Entonces caí en cuenta de que me dejaría llegar hasta donde se me antojara, y se me estaba antojando llegar a todo. Por fortuna la cordura volvió a mí. De pronto recordé que lo que ahí llamaban prueba de amor era un simple beso, que ya me lo había entregado. Pero a lo que yo podría llamar de ese mismo modo era precisamente lo que me proponía hacer. Tomarla. Mejor me detuve. Yo no le daría esa prueba de amor porque sabía que en un par de días habría de abandonarla para no volver a verla jamás. Ella terminaría siendo del Eliseo tras haber sido cambiada por una vaca. Eso era lo que le tocaba. Lo mío era volver a la escuela y permanecer libre de compromisos por muchos años todavía. Vivíamos en realidades demasiado distintas. No debía complicar más las cosas. Y para colmo ni siquiera llevaba protección. ¿Qué pasaría si la embarazaba?

—¿Por qué te detienes? —preguntó.

—Mejor vámonos.

—Pero, ¿por qué?

—No sé. Ya es hora de irnos.

—¿Qué? ¿Es por el Eliseo? ¿Porque le tienes miedo?

—¡No! ¡No le tengo miedo! No es por eso.

—Bueno. Como digas.

Subimos en silencio. Trataba de meterme en la cabeza del Eliseo, de comprender por qué me odiaba tanto, y la explicación me estaba viniendo fácilmente. Él estaba

encaprichado en casarse con la Magdalena. Hasta hacía unos cuantos días pensaba que se saldría con la suya a pesar de que ella no estaba de acuerdo. Ya tenía negociada la boda con David. Sólo era cuestión de tiempo, o al menos eso era lo que había supuesto hasta que aparecí yo. Él debía haber notado que la mujer que tanto deseaba se había volado por mí desde el primer día. Para alguien que hubiera estado mirándola a diario eso habría resultado obvio, simplemente porque comenzó a peinarse con listones. Luego nos encontró bajo el tejabán. Debe haber montado en cólera, aunque quizás lo habría dejado pasar, esperanzado en que yo desaparecería pronto del panorama. Pero luego le llegaron con el cuento de que ya me había dado prueba de amor. Eso era demasiado. ¿Qué otro remedio le quedaba sino sacarme del camino? Era matarme o renunciar a ella, cosa que no parecía estar dispuesto a hacer. Quizás yo hubiera reaccionado igual que él.

Ahora lo tenía claro. Todo ese asunto lo había provocado yo, aun sin darme cuenta. Lo que para mí apareció como un juego para él era asunto relevante. Estaba ofendido. Se sentía despojado. Peor todavía, lo estaba venciendo un mocoso que llegó de la ciudad. Un fuereño advenedizo. ¡Y él era hombre de armas tomar!

Yo estaba dispuesto a retirarme de inmediato, lo que no le valdría de mucho porque a los ojos de todos en Tlayecac ya había sido burlado por mí. Su hombría había sido puesta en entredicho. Por eso necesitaba cobrar su venganza. ¡Y yo que tan sólo estaba jugando, sin haberme detenido a considerar las consecuencias...!

Estaba decidido. A partir de ese momento mejor guardaría mi distancia. Ya no más acercamientos a la Magdalena. Comenzaría a tratarla con menos familiaridad. La alejaría de mí de una vez por todas, y entretanto me cuidaría las espaldas.

Esa noche la pasé en vela. La Magdalena se acostó en cuanto entramos. No hablamos más, ni en el camino ni cuando ya estábamos adentro. Yo me quedé sentado a la mesa con la luz pagada. Apenas un rayo tenue de luz se colaba entre las tablas de la ventana. Encendí una vela de sebo para alumbrarme. La luz amarillenta que despedía me alcanzaba sobrada para lo que tenía que hacer: pensar.

Percibí la mirada que me lanzó antes de cerrar los ojos para entregarse al sueño. Se notaba triste. Parecía presentir que algo no andaba bien, y no se equivocaba. Esa noche en la barranca me cambió. Ya no volvería a ser el mismo. De pronto miraba todo de una manera distinta.

Descubrí que ella era algo más que un pasatiempo. No me di cuenta antes porque me llegó demasiado fácil, sin haber tenido siquiera que esforzarme. Pero lo que para mí era una simple diversión, para ella era un episodio muy importante de su vida. Uno que habría de marcarla para siempre sin importar en qué acabara. La Magdalena labraba su futuro. Acercarse a mí era tomar un riesgo muy alto, aferrarse a un espejismo en busca de salir de una situación que no le gustaba, apostar todo a una esperanza.

No sé si se daba cuenta de que sus probabilidades de éxito eran demasiado pocas, aunque supongo que lo intuía. Quizás me buscó porque estaba desesperada. ¿Habría adivinado que yo no la tomaría en serio? Quizás sí, o posiblemente no. Eso ya no importaba. La decisión estaba tomada, y sin pedirle opinión. Fuera lo que fuera lo que pasó entre nosotros, estaba terminado.

Saber que le causaría sufrimiento me hacía sentir mal, pero no quedaba otro remedio. Ella se había ilusionado conmigo demasiado y demasiado pronto, supongo que porque su mundo y el mío poco tenían que ver. A pesar de que éramos de la misma edad ella ya vivía una vida de

adulto: llevaba una casa y estaba por casarse. Yo apenas comenzaba a hacerme grande. Mi realidad estaba llena de deberse escolares y búsqueda de diversiones, y todavía me esperaban varios años de estudio, al menos hasta haber asistido a la universidad. Cada día seríamos más distintos, distanciados por las circunstancias. ¡Si ya en estos momentos no teníamos mucho de qué hablar!

La dejaría para el Eliseo, o para quien fuera. Trataría de no lastimarla, aunque era poco probable que lo consiguiera. Podía sentir que ya estaba sufriendo nada más porque me arrepentí cuando ella se me ofreció. Pero estaba seguro de haber hecho lo correcto. Así podría irme de ese pueblo con la conciencia tranquila sin importar que al día siguiente se rumorara que hubiera pasado algo más.

Sí. Lo de la Magdalena ya estaba decidido y me sentía tranquilo de que fuera así, pero quedaba algo más por resolver: la sombra del Eliseo seguía rondándome. Todavía me faltaba sobrevivir un día y una noche más. Recordé la velada anterior, cuando lo aceché. Si se hubiera tratado de algún animal de caza, habría cobrado la presa sin lugar a dudas. Bien que lo tuve en la mira. Él ni se lo imaginó, y nunca lo sabría porque yo no se lo conté a nadie. Ya no sabía en quién confiar. El resultado fue que él seguía todavía por ahí. La amenaza permanecía latente porque no aproveché la oportunidad. Podría aparecerse en cualquier momento, y con intenciones poco amistosas. No podía sacarme de la cabeza que ya debía una vida. Imaginaba cómo había matado por la espalda, violenta y sanguinariamente. Yo podría ser el siguiente. Ya no me atrevía a sentarme si no estaba recargado contra una pared. Esperaba que surgiera de la nada para hacerme lo mismo. La culpa era toda mía. Quizás debí jugar con sus reglas y disparar cuando pasó tan cerca de mí. Pero no. Si algo me quedó claro mientras estaba en la barranca eso fue que yo no era como él. Yo no mataría a un hombre jamás, y menos por la espalda.

A pesar de no escatimar en precauciones ya no sentía miedo. No sé por qué, pero de pronto me percibía dueño de mis actos y señor de mi destino. Estaba convencido de que saldría airoso de la situación si llegábamos a encontrarnos, como si de pronto ya fuera veinte años más viejo y él me quedara pequeño. Se me ocurría que iría a buscarlo para hablarle. Lo haría entrar en razón y asunto arreglado. No estaba dispuesto a tomar una vida, no si podía evitarlo. No soportaría esa carga por el resto de mis días.

Cuando me levanté de la mesa la vela estaba por terminarse. Busqué mi petate y lo tendí. Trataría de dormir aunque fuera un rato corto, porque David llegaría por ahí en un par de horas cuando mucho. En los días recientes me habían faltado demasiadas horas de sueño y los efectos ya se dejaban sentir. Lo que pudiera descansar sería de ayuda. Después de haber puesto en orden mis ideas me sentí agotado. Me urgía reposar el cuerpo y la mente; salirme de esa realidad.

Ya para amanecer lo mismo que la mañana anterior se repitió. David que tocó a la puerta y yo que le dije que quería pasar todo el día en el campo. Habría sido lo mismo exactamente, de no ser porque ahora la Magdalena sí estaba. Nos sirvió leche con café, como cada vez, y se preparó otro jarro para ella. Todo igual, excepto que ahora me tiraba miradas cargadas de rencor. Parecía reprocharme con ellas que la hubiera despreciado. Yo le habría dado una explicación, pero no podía hacerlo mientras estuvieran su padre y su hermano presentes. Eso tenía que hablarse en privado. Quizás por la noche encontrara la oportunidad.

Temprano, a la barranca con David; luego, cruzar el camino para buscar a Mario, que estaba en el mismo sitio que el día anterior. También me desaparecí de él para encontrar refugio contra el muro gris de piedra que dominaba todo lo bajo. Estuve un rato sentado ahí, pero el sueño ya me vencía. Necesitaba encontrar un lugar seguro para tomar una siesta.

Escalé rodeando el muro por detrás hasta llegar al borde superior, unos cinco metros por encima de donde había estado. Ahí crecía un árbol y a su sombra algo de maleza. Me preparé un lecho de hojas secas y me tumbé. Podía verlo todo desde ahí: la loma de enfrente y hasta el camino, también la vereda que llegaba hasta la base del muro. Era buen sitio para vigilar, tanto como para dormir. ¿Quién me buscaría ahí?

Caí en un sueño profundo. El cansancio de varios días y el calor en aumento se combinaban en un coctel soporífero imposible de resistir. Y a eso se agregaba que me sentía tranquilo, en paz conmigo mismo porque finalmente me sentía en control de mis acciones; y protegido del Eliseo, que difícilmente me encontraría en ese lugar aun

suponiendo que se aventurara a buscarme, lo que me parecía muy improbable.

Dormí y soñé. Soñé que estaba de vuelta en casa, recostado sobre mi colchón suave que tanto había extrañado en los días recientes. Cosa curiosa que estuviera soñando que dormía, eso es muy difícil que suceda. Entonces me di cuenta de que estaba despierto pensando que estaba dormido. Abrí los ojos sobresaltado justo a tiempo para descubrir que alguien se aproximaba por la vereda. Era el Eliseo.

Miré el reloj. Habían pasado casi dos horas desde que cerré los ojos. No las sentí. Era un milagro que me hubiera despertado justo a tiempo para descubrir que mi enemigo venía por mí. Unos pasos detrás lo seguía Mario. ¡Ese maldito traidor! Seguro que fue él quien le dijo dónde buscarme. Por momentos imaginaba que lo que quería era ver sangre derramada, sin importarle de quién. ¡Con razón quería ser soldado!

Pero yo estaba en ventaja, vigilándolos acercarse desde un punto en lo alto y protegido por una pared que no podrían escalar. Ellos no sabían en dónde me encontraba. Apenas comenzaban a buscarme. Tenía que pensar rápido porque seguían acercándose. Por lo pronto me pegué al suelo y los observé a través de las ramas de un arbusto. No me descubrirían mientras no me moviera. Quizás se siguieran de largo. Eso podría suceder. Pero también que encontraran mi rastro. Había oído muchos cuentos sobre gente capaz de seguir a un animal herido o a una persona por horas aun sin poder verla. Podría suceder que alguno de ellos tuviera esas habilidades; después de todo, eran gente de campo. De ser así no tardarían en llegarme por la espalda. No. Esperar no era una buena idea. Lo mejor era tomar ventaja de mi posición de una buena vez.

Esperé hasta que estuvieron en la base del muro. Así era como me convenía sorprenderlos. Yo en lo alto y armado con mi escopeta, ellos en lo bajo y sin más armas que

machetes. De pronto se me ocurría que quizás los dos fueran mis enemigos. Podría ser que Mario pretendiera fungir como algo más que un simple espectador. O quizás no. Lo que no dudaba era que fue él quien le dijo al Eliseo dónde encontrarme, lo que para mí era prueba suficiente de traición.

El momento había llegado. Me puse de pie para mostrarme frente a ellos, que seguían examinando la tierra justo donde estuve parado la tarde anterior.

—¿Me buscan? —hablé fuerte desde lo alto.

Voltearon sorprendidos. Mario se echó para atrás, primero un poco pero luego algo más, cosa de unos quince metros, como si creyera que estaba a punto de dispararle y se protegiera. El Eliseo tan sólo me miraba. Noté sorpresa en sus ojos.

—¿Qué pues? —soltó por fin—. ¿Me vas a tirar?

Era mi momento. Jalé el martillo de la escopeta hasta atrás cuidándome de que lo notara.

—Eso depende —repuse. La voz amenazaba con cortárseme. Me estaba costando que las palabras me salieran firmes y claras. El corazón me latía desbocado. Estaba asustado, muy asustado, pero tenía que mantener el control; sólo así saldría airoso del enfrentamiento que para mi fortuna se me daba en posición de ventaja.

—¿Para qué me buscas?

Me miró otra vez con ojos fríos. ¡Qué bueno que estaba cinco metros más abajo que yo!, si no, quién sabe si no se hubiera abalanzado sobre mí a la primera.

—Pos, para que decidamos qué con la Magdalena. Ya sabes que la pedí primero. ¿Para qué me la quieres quitar?

¡Como si estuviéramos hablando de un objeto! Pero así eran las cosas por ahí. Trataba de entender su manera de pensar para encontrar una salida.

—No te la quiero quitar.

—Pero ya me la quitaste. Ya me fue a decir hace rato que mejor ya ni te amenace porque de cualquier modo se va a ir

contigo.

Me tomó por sorpresa. No daba con qué responder porque no terminaba de comprender. Esa mujer no podía quedarse ni quieta ni callada. Salió corriendo a encararlo en cuanto tuvo la oportunidad. Supongo que pensaba que la noche anterior me detuve por miedo al Eliseo. ¡Qué equivocada estaba! Y lo peor era que ahora me lo había echado a andar. Si se tomó la molestia de buscarme tan lejos tenía que ser porque estaba decidido a arreglar el asunto de una vez por todas, y qué mejor que donde no hubiera testigos: justo ahí, a medio monte.

—No se va a ir conmigo.

—¿Cómo que no? ¿Y luego? ¿Y lo que hicieron en la barranca? Ya todos en el pueblo lo saben.

—No pasó nada en la barranca.

—Pos, eso no es lo que se anda diciendo. Por eso vino también el Mario. Tienes que responder de lo que hiciste. Si no, te la ves con él. Pero si te la quieres llevar, entonces te la ves conmigo.

—Pero, no pasó nada en la barranca —insistí.

—Yo sólo sé lo que se anda diciendo. ¿Entonces? ¿Con cuál de los dos?

Volteé para mirar a Mario. Ahora se notaba preocupado, con el miedo pintado en la cara. Adiviné que él tampoco había esperado que el Eliseo lo metiera en el pleito. Creyó que nada más iba para divertirse. Pero, ahora que se había vuelto candidato a recibir un tiro, parecía querer correr. Saqué ventaja de eso. Me armé de valor y encañoné a Mario. No pensaba disparar, pero tenía que hacerles creer que sí.

—Pues al Mario primero, y luego a ti. Total...

Mario emprendió la carrera. Salió volando por la vereda con una velocidad que no le conocía. Había contado con eso. Me sentí aliviado de no tener que llegar a más. Mi fanfarronada funcionó a la perfección.

El Eliseo miró a Mario alejarse, luego volteó hacia mí. Era el momento de culminar mi actuación. Ya no quedaban testigos. Sólo él y yo.

—¿Entonces? —pregunté—. ¿Qué me dices?

—Pos, lo mismo. ¿Ya qué?

—Ahora tú escúchame. Sólo te digo dos cosas. Ya tú sabrás si las crees o no. Primero, que nada pasó anoche en la barranca. Pregúntale a la Magdalena y te lo dirá. Segundo, que no me la pienso llevar, ni casar con ella ni cosa parecida. Si ella no quiere casarse contigo, ése no es asunto mío. Ahora dime. ¿Todavía quieres que nos matemos? Porque así como están las cosas te voy a ganar. Eres tiro fácil donde estás. No veo cómo fallar.

Quedó mirándome. Parecía tratar de pensar. Entonces me di cuenta de que mi primera impresión era correcta: el Eliseo no era muy listo. ¡Ojalá que tampoco muy tonto!

—¿Dices que no te la quieres llevar?

—Así como te lo digo. Cualquier cosa que hayas oído por ahí no son más que argüendes de viejas.

Volvió a fijarme la mirada, que había pasado de fría y despiadada a confundida. Tardó para responder. Luego lo soltó:

—Pos... siendo así, mejor hacemos la paz.

Hice el camino de regreso andando cerca del Eliseo, siguiendo sus pasos prudentemente detrás de él, aunque sabía que ya no haría por atacarme. Apenas eran las cuatro pero se había nublado. El cielo estaba oscuro, encapotado de nubes moradas; quizás porque era Viernes Santo, que siempre se va la luz del día temprano por la tarde.

No hablamos mientras andábamos. Solamente movíamos los pies para adelantar, con ritmo, uno tras otro. Él llevaba la mirada apuntando al suelo, yo a su espalda. No fuera a ser que por el camino cambiara de opinión. Avanzábamos como si lo hubiera tomado prisionero.

En el pueblo hacían un *Via Crucis*. Todos caminaban las calles en procesión, dirigidos por la Eduviges, electa mayordoma para ese año. Así era la costumbre. Marcharían de estación en estación deteniéndose en cada una mientras se se leían los textos litúrgicos correspondientes. Entre parada y parada eran lanzados un par de cohetones que reventaban escandalosos en lo alto. Terminada la procesión, cada uno a su casa. Ya no saldría nadie a la calle hasta la mañana siguiente, que comenzaría con el baño que todos bajarían a la barranca para tomar, los hombres por un lado y las mujeres por otro.

Pasamos junto a la muchedumbre sin detenernos. El Eliseo enfiló hacia su casa, yo a la de David. Seguía con sueño. Apenas me vi bajo techo los párpados me comenzaron a pesar, quizás porque por fin me sentía tranquilo. Ya nadie me buscaba para matarme. Había hecho la paz con mi enemigo.

Salí para lavarme. Los tronidos estridentes con los que estallaban los cohetones no me dejaban conciliar el sueño. Tendría que esperar hasta que el *Via Crucis* terminara. Entretanto me senté bajo el árbol para mirar. Todos estaban ahí. Podía ver a David, muy cerca de la Eugenia. También a

la Magdalena, que de tanto en tanto volteaba para donde yo estaba a pesar de que eran más de cien metros. Al poco tiempo descubrí las vacas de Mario que llegaban por la calle seguidas por las cabras. Pero a él no. Recordé cómo corrió por la vereda y me dio risa. En verdad le pegué un buen susto, pero bien ganado se lo tenía, por traicionero.

El rebaño pasó a los que oraban en la calle, entonces noté que entre los lomos de las reses se alcanzaba a asomar un sombrero, subiendo y bajando de repente. Era el de Mario, que avanzaba oculto entre los cuerpos voluminosos de sus animales. Me dio más risa, pues, ¿qué pensaba hacer? ¿Dónde pretendía esconderse? Luego se me ocurrió que quizás no supiera en qué había terminado todo. Mi escopeta nunca disparó. Debía suponer que el Eliseo me ultimó a machetazos. Entré en la casa y me escondí en el cuarto de los trebejos, otra vez con la escopeta en la mano, que por fin me había atrevido a descargar. Esperé parado contra el muro de la entrada. No quería que me viera, al menos no todavía.

Mario tardó para entrar. Primero se asomó, luego fue a lavarse. Cuando regresó miró antes para adentro. Podía verlo reflejado en el tramo de espejo que colgaba de uno de los muros. Yo seguía esperando con la sonrisa pintada en la cara.

Por fin se aventuró dentro de la casa, volteando para todos lados. Esperé hasta que ganó confianza, entonces me aparecí con la escopeta descansando encima del hombro. Jamás volvería a encañonar a nadie con un arma, nunca más en lo que me quedara de vida. Si tuve que hacerlo antes fue porque las circunstancias me obligaron, pero nunca más. Las armas no son para matarse. Ahora lo tenía muy claro.

Lo tomé por sorpresa. Abrió los ojos bien grandes y quedó quieto. Yo sostenía la sonrisa. Ninguno de los dos nos movíamos. Así por un tiempo, que se estaba alargando. Luego se dio la vuelta y salió corriendo. Me acerqué a la

puerta para vigilar su carrera. No se detuvo cuando pasó junto a los del *Via Crucis*. Siguió corriendo como un loco, sujetando el sombrero con la mano derecha para no perderlo, luego dobló en una calle. Fue la última vez que lo vi. No volví a saber de él mientras estuve en Tlayecac.

Entré para recostarme. Los últimos cohetones estallaron en lo alto, después me dormí.

Era de noche cuando la actividad en la casa me despertó. La Magdalena preparaba la merienda. Alcé la cara para mirarla. Estaba de espaldas, ocupada en lo suyo. No se me antojaba interrumpirla porque todavía no tenía claro lo que debía hablar con ella. Del fogón salía el olor de los huevos que freía. Primero me extrañó, era la primera vez que los preparaba por la noche. Luego recordé que era día de vigilia. Quizás ésa fuera la costumbre en el lugar.

David llegó a los pocos minutos. Solamente pasó para avisar que esa noche tampoco estaría por ahí. Me hice el dormido en cuanto entró, no deseaba encararlo. Por suerte andaba de romance. No se le despegaba a la Eugenia por nada, lo que lo mantenía separado de mí. Volvió a salir para ya no regresar hasta el día siguiente, antes del amanecer, cuando me llevaría a la barranca a cazar huilotas.

En cuanto partió me senté en el petate para seguir mirándole la espalda a la Magdalena. Trataba de pensar. Ensayaba en la mente las palabras que la hicieran entender que entre ella y yo no podía haber nada, pero no las encontraba. No quería lastimarla a pesar de que ahora sentía cierto rencor por lo que hizo más temprano. Si no hubiera ido a reclamarle al Eliseo, él no habría salido a buscarme al monte. Ahora que miraba las cosas desde lejos me daba cuenta de que corrí con mucha suerte. El enfrentamiento que tuvimos pudo haber terminado mal. ¿Qué habría pasado si no me hubiera despertado cuando apenas se aproximaban por la vereda él y Mario? Seguramente me habrían sorprendido durmiendo. Entonces las cosas no podrían haber salido bien. Quizás hubiera muerto, acuchillado en mi sueño por la hoja afilada de un machete. Corrí con suerte, mucha suerte. Ahora me daba cuenta. Debe haber sido que mi ángel guardián me alertó.

Gracias a eso seguía vivo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Ya está la merienda.

La voz de la Magdalena me hizo saltar. Llevaba rato perdido en mis pensamientos. Me puse de pie y me senté a la mesa.

—¿Has visto a Mario? ¡Qué raro que no haya llegado! Siempre es el primero para comer. Parece que vive con hambre.

Ella trataba de hacerme plática como si buscara el modo de acercarse a mí después de lo que pasó la noche anterior. Yo le seguí el juego.

—No creo que regrese pronto. La última vez que lo vi iba corriendo. Creo que está asustado.

—¿Asustado? ¿De qué?

Era el momento justo para hacerle saber las consecuencias de su reclamación al Eliseo, porque seguro que no estaba enterada. Esperé un poco para responder en el intento de agregarle algún dramatismo a mis palabras.

—De mí —dije por fin. No le di más explicaciones.

Ella se quedó callada. Quizás pensativa, quizás preocupada. Luego tuvo que preguntar.

—¿De ti? ¿Por qué?

—Porque cree que lo voy a matar —respondí llanamente, como si lo que le estaba diciendo fuera cualquier cosa.

Ahora se quedó inmóvil, escudriñándome con la mirada, tratando de adivinar si le hablaba en serio. Era el momento de reforzar mis palabras. Me divertía verla confundida.

—Cree que lo voy a matar —insistí.

—Pero, ¿por qué?

—Porque cuando acompañó al Eliseo a buscarme, allá en el monte, levanté la escopeta y le apunté. Le dije que él se iría primero.

—Pero te vi regresar caminando junto al Eliseo. Eso quiere decir que no están peleados. Entonces, ¿por qué dices que el Mario primero?

—Dije que él cree que lo voy a matar primero. Lo cierto es que no pienso matar a nadie. Eso sería una locura. Pero él sí lo cree, por eso anda tan espantado de encontrarme.

—Mejor explícamelo bien, porque no te entiendo.

—Bueno. Después de que le fuiste a reclamar al Eliseo que anduviera diciendo que me iba a matar, y que le dijiste que de cualquier manera te ibas a ir conmigo, él salió a buscarme. Primero encontró a Mario, que le dijo por dónde andaba yo. Cuando dio conmigo ya venían juntos. El Eliseo amenazó con que me las tendría que ver con alguno de los dos, o con los dos, porque piensan que anoche pasó algo más entre tú y yo cuando bajamos a la barranca. Como Mario es miedoso y el Eliseo no, preferí decirle que primero con él. No aguantó. Salió corriendo como un loco en cuanto levanté la escopeta. No lo volví a ver hasta hace un rato que regresó, pero nada más nos encontramos y salió corriendo otra vez. Yo creo que no va a volver por aquí hasta que yo me haya ido.

—¿Y el Eliseo? ¿Qué le dijiste al Eliseo?

—La verdad. Que entre tú y yo no puede haber nada porque no podría funcionar jamás. Que si tú no lo querías a él, eso no era culpa mía. Pero que de todos modos conmigo no te ibas a ir.

—Pero, ¿por qué? Pensé que me querías.

—Ése es el problema. Que tú pensaste que te quería. Aunque yo nunca te lo he dicho. La que ha andado diciéndoles a todos en el pueblo que se va a casar conmigo eres tú. Y a mis espaldas. Lo único que has logrado con eso es causarme muchos problemas. Podrían haberme matado. Y yo ni siquiera me lo imaginaba. ¡Si tan sólo hubieras entendido que un simple beso no es un compromiso! Pero parece que la gente de aquí ve las cosas de otra manera. Por eso tantos problemas, y por eso mismo es que una relación entre tú y yo no podría funcionar. Vivimos en mundos muy distintos. Ahora lo tengo claro, y espero que tú también.

La mirada de la Magdalena se convirtió en algo que jamás le había visto antes. Furiosa de despecho, con los ojos oscuros bien abiertos, refrenándose de parpadear. Parecía lanzar rayos fulminantes. Su expresión tenía cierto parecido con la que descubrí en el Eliseo aquella noche cuando me clavaba los ojos en la espalda bajo el tejabán. Me dio miedo. Pensé que ahora sería ella quien tratara de asesinarme mientras dormía. La calma se me volvió a escapar. Por lo visto había errado con mis palabras. ¡Y yo que no quería lastimarla! Una sola cosa me quedaba clara: yo no entendía mucho de mujeres.

—¡Ojalá lo hubiera dejado matarte la otra noche! —soltó por fin.

—¿Qué? ¿La otra noche? ¿Cuándo?

—Esa noche que te paraste a la letrina. Mientras estabas encerrado el Eliseo te estaba esperando afuera. Si nada más se fue porque yo lo descubrí cuando salí para ver si estabas bien. Tuve que aventarles una piedra a los perros del vecino para que ladraran. Si hubieras salido así como ibas, te habría caído por la espalda. Debí haberlo dejado. Eres tan malo como él. ¡Yo que te di prueba de mi amor y tú que me desprecias!

Ya no la estaba escuchando. Otra vez tenía el estómago sumido. Era cierto que aquella noche salí llevando la escopeta, cuidándome de topar con el Eliseo, aunque en el fondo suponía que mi temor era injustificado. No creía que me lo fuera a encontrar. ¡Si tan sólo hubiera adivinado que en verdad me estaba emboscando! De poco me iba a valer llevar la escopeta en tales circunstancias porque no lo habría visto llegar en la oscuridad si me atacaba por la espalda. Luego pensé que los perros me ladraban a mí. ¡Cuánta inocencia la mía! En verdad le debía la vida a la Magdalena. Tenía que agradecerle por haberse interpuesto entre el Eliseo y yo. Pero también tenía algo que reprocharle. Si sabía que su pretendiente me buscaba para matarme, debió habérmelo dicho. Ella también me estaba

manipulando. Ahora me quedaba claro. No me dijo nada para no asustarme. Quizás fuera que ocultarme lo que sucedía era parte de su estrategia. Una pieza más del plan que orquestó en cuanto me vio por primera vez, y que ahora se le desmoronaba. Estaba furiosa porque había descubierto que no podría salirse con la suya. No sería yo su pasaporte para salir de Tlayecac.

Ya no hablamos más. Ella estaba indignada. Preparó un lío con algunas cosas y salió. Al pasar aventó la puerta, que se rajó otro poco de lo que ya estaba. Quedé solo. Ahora no sabía a qué atenerme. Imaginaba que volvería junto con su hermano y el Eliseo para tomar venganza. ¡Qué poco me había durado la calma! Volví a cargar la escopeta. Tenía una noche muy larga por delante. Esta vez no me atrevería a pegar los ojos porque el número de mis enemigos se había multiplicado. Ya no era uno, sino tres.

Al menos no pasaría hambre. Se enfriaba sobre la mesa merienda de sobra.

Solo, como quedé, lo primero que se me ocurrió fue asegurar puertas y ventanas. Pasé trancas y pasadores en todas. Luego me senté a la mesa con la escopeta y varios cartuchos a la mano. Estaba desolado. Trataba de comprender por qué el destino me jugaba esa mala pasada. De nada valió mi desplante de valor de la tarde, cuando hube de hacer acopio de ánimo para enfrentar al Eliseo. Lo cierto era que estaba temblando de miedo cuando discutí con él. Por eso después me sentí tan bien. El estado de calma en el que entré era el premio justo dado el tamaño de mi esfuerzo, cuando menos eso fue lo que me pareció entonces. Tan contento estaba que todavía me di el lujo de volver a asustar a Mario. En esos momentos me sentía un triunfador, con mis temores conquistados y disfrutando del solaz de sentirme por fin seguro.

Pero poco fue lo que me duró el gusto. Ahora estaba más asustado que antes, imaginando que los tres maquinaban juntos el modo de vencerme. Sentí ganas de llorar. Me di cuenta de que nunca estuve en control de la situación. Cuando la Magdalena me confesó que aquella noche, cuando salí a la letrina, el Eliseo había estado esperando a que saliera para echarse sobre mí, fue como si un rayo me hubiera golpeado. En ese mismo instante perdí todo lo que suponía ganado. Ahora lo lamentaba. Estaba encerrado, esperanzado de que si volvían no pudieran vencer las exiguas protecciones que clausuraban puerta y ventanas. Me percibía abandonado, acechado por fieras hambrientas que estaba seguro que llegarían para devorarme sin misericordia. Una vez más había quedado reducido a la condición de presa.

¿A dónde habría ido la Magdalena, que pareció que empacaba su ropa antes de salir? ¿En dónde estaría escondido Mario? ¿Se habría ido lejos, temeroso de que

saliera a buscarlo? ¿O habría buscado refugio con el Eliseo? Y, de ser así, ¿de qué estarían hablando? Podría suceder que entre la Magdalena y él hicieran al Eliseo cambiar de opinión. No se veía muy listo. Convencerlo no debería costarles mucho trabajo. Por otra parte, estaba que era Viernes Santo por la noche, cuando todos se encerraban en sus casas por tradición. ¿Quién les daría refugio? Ésta era una de las pocas ocasiones en el año en las que ni siquiera se vendía cerveza bajo el tejabán. No había a dónde ir.

Por más vueltas que le daba no conseguía forjar una explicación que me dejara satisfecho. Decidí que era imposible anticipar sus movimientos. Lo único que me quedaba era preparar mi defensa, reforzar mi posición de modo que si entraban no me sorprendieran en desventaja.

Entré en el cuarto de los trebejos que era el que menos a la vista quedaba desde la puerta de entrada. Ahí me apostaría, escudado tras la abollada carretilla que colgaba de uno de los muros, que la bajé y acomodé. Ocultarme tras ella me ganaría algunos segundos en caso de invasión. Luego acerqué una desgranadora de maíz destartada que me serviría para descansar la escopeta. Por último un guacal de varas para aprovecharlo como asiento.

Apagué las luces y me acomodé en posición de disparo. Aguantaría tantas horas como fuera necesario. No sería tomado por sorpresa. Esta vez sí me sentía dispuesto a jalar del gatillo. En la mente me daba el valor necesario para hacerlo mientras rezaba para que nadie intentara entrar.

Al cabo de una hora ya me había calmado. No había sucedido nada todavía. Del exterior no llegaba ruido alguno de no ser por el canto de los grillos y el ladrido de algún perro en la lejanía. Imaginaba al Eliseo oculto en la oscuridad, esperando que saliera para usar la letrina, tal como aquella otra noche. Pero no. Esta vez no sucedería lo mismo. No saldría de la casa hasta sentirme seguro otra vez, lo que no podría ser antes del amanecer.

El tiempo comenzó a correr más despacio cada vez. Por más que miraba el reloj, no avanzaba. Me di cuenta de que la noche sería demasiado larga, no tendría más distracción que tratar de descubrir cualquier cambio en el exterior, atisbando de muy lejos a través de las grietas de los tablones de la puerta. Caí en una suerte de trance. Ya no me movía, sólo sostenía la mirada en esa rajadura de la madera, que la percibía emborronada de que no estaba enfocando. Dejé de pensar, sólo sintiendo mi respiración. Comencé a contar cada exhalación. Uno... dos... tres...

Eran casi las seis. El sueño estaba por vencerme. Llevaba ya buen rato cabeceando. Ni los cambios de postura ni pellizcarme las mejillas me daba resultado. La cabeza me pesaba más a cada minuto. Volví a pensar lo mismo que la otra vez, cuando decidí dormirme porque ya no aguantaba más. En aquella ocasión me dije que si me habían de matar durante el sueño me conformaría con que lo hicieran de un solo golpe, de modo que no me diera cuenta. Ahora había vuelto al mismo punto. Estaba extenuado, debatiéndome contra lo pesadez que había oscurecido mi mente, luchando una pelea que sabía que no tardaría en perder. Era cuestión de tiempo para que los ojos se me cerraran. Aun así, me resistía.

El sonido súbito de la bocina de un auto tocando insistente en un patrón que me sonaba familiar me hizo pararme de un salto. A través de la grieta de la puerta ahora se colaba un rayo de luz. ¡Los faros de un coche! Y esa tonada que se repetía por tercera vez. ¡Mi padre, que venía por mí!

Corrí hacia la puerta, pero me caí. La pierna derecha no respondía, entumida de no haber cambiado de posición por muchas horas. Sentí que me hormigueaba y se resistía a obedecer mis órdenes. ¡Y la tonada de la bocina del auto, que se repetía una vez más!

Como pude me enderecé. Alcancé el interruptor y encendí la luz. Así sabría que ya lo había escuchado. Luego cojeé hasta donde estaban mis cosas en una bolsa de lona. Me hice de morral, escopeta y equipaje y abrí la puerta. Ahí estaba él. Mi vehículo de salvación. ¡Por fin era Sábado de Gloria! La fecha convenida para mi regreso. Por suerte mi padre había decidido aprovechar el viaje para ir a la barranca a tirarle a las huilotas. Por eso llegaba tan temprano.

Cubrí los quince metros hasta el auto todavía cojeando. Abrí la puerta y me trepé.

—¡Vámonos! —grité desesperado.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí estoy bien! ¡Por favor, vámonos de una vez!

Mi padre dudó para poner el auto en marcha. Me miraba tratando de comprender lo que no podría adivinar jamás.

—¡Vámonos ya! —insistí con tono desesperado—. Por el camino te explico.

Por fin arrancó.

—¡Pero lejos de aquí! ¡No para la barranca! ¡Date la vuelta!

Volvió a obedecerme, aunque en su cara podía leer que no estaba convencido de lo que hacía.

Miré hacia atrás. Tlayecac se iba haciendo cada vez más pequeño. Entonces me calmé.

—Vamos a otro lado a tirar. Para Atotonilco, si quieres, a donde también te he acompañado.

—Está bien, pero primero dime, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan alterado? ¿Cuál es el problema?

—Que me andan buscando para matarme —confesé con la voz un tanto apagada.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?

Tardé para responder. No estaba seguro de querer contarle todo. No adivinaba cómo reaccionaría. Quizás volviera furioso a Tlayecac, exigiendo explicaciones de todos. Mi padre tenía el carácter fuerte, a veces demasiado. Podía imaginarlo descargando su escopeta a diestra y siniestra, desesperado al descubrir que la confianza que depositó en David hubiera sido traicionada. Eso no tenía sentido.

Por otra parte, si no le contaba toda la verdad sería difícil que me creyera. Inspiré profundamente y comencé el relato que habría de ocupar la siguiente media hora. Todos desfilaron en el recuento, uno tras otro, con lujo de detalle, aunque el Eliseo ocupaba el sitio de honor. Ya habíamos

llegado a ese lugar cerca de Atotonilco al que nos dirigíamos y la historia todavía seguía. Cuando terminé mi padre había pasado de desconcertado a divertido. Hasta soltaba risas cuando le daba algunos detalles. Para él lo que había vivido no era sino una aventura, y la manera en la que la había resuelto constituía toda una hazaña. Yo estaba confundido. ¿Cómo que una hazaña? A mí me parecía que era la lista de errores de juicio y equivocaciones más estúpidos en los que pudiera haber incurrido. Me sentía avergonzado de haberme colocado en tan riesgosa situación. ¡Si todavía me buscaban para matarme! Al menos eso era lo que yo creía. Sin embargo mi padre estaba divertido.

De pronto había comenzado a ponerme apodos heroicos. Uno distinto para cada instancia de la historia, que repetía con palabras propias. Me di cuenta que se sentía orgulloso de mí aunque jamás me lo confesaría. Así es él. Comencé a sentirme bien. Por fin estaba de regreso en mi mundo. Me sentía seguro a pesar de que seguíamos en medio de los campos, rodeados por similar paisaje que el de la barranca, aprestándonos a salir en pos de huilotas.

Tendrían que pasar muchos meses para que comprendiera por qué mi padre celebraba tanto mi historia. En los años que siguieron no perdió jamás ocasión para contarla a sus amigos. Les decía que yo había puesto al pueblo de cabeza. Me hacía ver como mujeriego y macho. Todo un charro de película. Casi un superhombre. A mí no me hacía gracia. Me resistía a seguirle el juego cuando sacaba el asunto a colación. Para mí había sido algo muy distinto. Un choque con una realidad diferente aunque poblada de personas iguales a todas. Lo que aprendí de esa semana resultó ser mucho. Una lección que habría de marcarme por el resto de mi vida. Nunca más me aventuraría a ciegas en terrenos desconocidos y menos para afectar los sentimientos o los supuestos derechos de otros. Hasta antes de ese viaje jamás había considerado los

puntos de vista de los demás. Pero después de esa fecha lo primero que valoré cada vez antes de aventurarme en cualquier situación fueron precisamente los puntos de vista ajenos. Si lo hubiera hecho así esa Semana Santa, me habría ahorrado muchos problemas. Debí haber comprendido en cuanto llegué que yo no era más que un simple visitante. Que no tenía derecho a establecer relaciones distintas que la amistad. Que estaba obligado a respetar sus modos y a permanecer ajeno a sus relaciones, al menos hasta haberlos conocido mejor a todos y comprendido cómo se relacionaban entre ellos.

La lección me costó cara porque tuve que pagarla con mi miedo. Me enseñó que los enemigos reales sí existen, y lo hizo confrontándome con uno que me aparecía temible. Tuve suerte, eso lo comprendía bien. La enseñanza me resultaría útil cuando volviera a mi mundo. Entre la gente que me rodeaba podía encontrar también un Eliseo, un Mario y una Magdalena. La historia que viví en Tlayecac pudo haber sucedido por igual adentro de mi escuela, quizás sin machetes o escopetas, pero en condiciones tan similares que habría bastado con cambiar los nombres a los actores para que no se pudiera distinguir la trama de la que viví en esa Semana Santa.

Tardé también en comprender por qué mi padre reía cada vez que recordaba cómo salí corriendo de casa de David. Debo haber llevado el pánico pintado en la cara. No era para menos. Sin embargo, él reía. Reía porque estaba orgulloso de mí. Porque por primera vez me miró como a un hombre y no como a un niño. Porque había superado la prueba y permanecido en una sola pieza. Porque podía adivinar que estuve muy cerca de perder la vida, pero que me las arreglé para conservarla. Que rocé el peligro y salí bien librado. Por eso celebraba. En cierto modo compartía mi éxito. Participaba del triunfo recién obtenido, que se reducía a una sola cosa: haber sobrevivido.

Durante mucho tiempo preferí no pensar más en ese viaje. Siempre creí que me había comportado como un tonto. Fue el miedo el que me movió cada vez, por eso me empeñaba en tirar la experiencia al olvido. Suponía que al haber sentido temor todo resultado perdía valor, porque para triunfar tuve que huir.

Años después descubrí que el miedo siempre está presente. Nos acompaña en cada momento de la vida y todos lo sentimos sin excepción. Sólo hay que dominarlo, en ello radican el valor y la entereza. Pero eso me ha llevado buen tiempo comprenderlo.

El lunes temprano volví a la escuela. Era el primer día de clases después de las vacaciones. Por la mañana me miré en el espejo detenidamente, revisando con cuidado lo que mi reflejo me revelaba. Los primeros vellos comenzaban a brotar en mi cara, muy ralos e incipientes, pero al fin vellos. Mi cuerpo se estaba transformando en el de un adulto. El cambio me llegaba un tanto retrasado en comparación con la mayoría de mis condiscípulos, pero me llegaba. Busqué el rastrillo que llevaba casi un año en el botiquín, aguardando paciente por el momento de salir del empaque, y me los rasuré. Apenas con unas cuantas pasadas, porque en verdad todavía eran pocos.

La ropa que me puse me recordó que había perdido peso. Ahora me venía floja, y los pantalones algo cortos, como si hubiera crecido muy rápido. Me sentía extraño hasta de pisar en el suelo. Mis pies se apoyaban más firmes que antes, o al menos eso fue lo que me pareció.

Entré en la escuela como cualquier otro día, casi a punto de que sonara el timbre. Los pasillos ya rebozaban actividad y el volumen de las voces era alto. Eran muchos los que tenían algo para contar. Yo también traía una buena historia, aunque no esperaba encontrar a nadie dispuesto a escucharla. ¡Tanto mejor! No estaba seguro de querer abrirles mi alma a los demás. La experiencia todavía me podía. No había logrado sacarme de la cabeza los recuerdos porque seguían demasiado vívidos.

Primero me crucé con Mauricio. Se veía bronceado y con la barba crecida. No esperaba que me saludara, sin embargo lo hizo. En cuanto me vio acercarme se fijó en mí, luego me trató como a cualquier otro, que era más de lo que jamás habría esperado. ¡Ojalá lo hubiera hecho de ese modo antes!, cuando me sentía relegado y poca cosa, porque ahora me tenía sin cuidado. No podía evitar

comparar a cuantos se me cruzaban con el Eliseo. Junto a él parecían apenas unos niños. ¡Si supieran la clase de enemigo con el que me enfrenté! Pero no habría de decírselos, y aun si me decidiera a hacerlo, lo más probable sería que no me lo creyeran jamás. Mejor conservarlo en secreto por siempre.

Más adelante, conversando en un grupo, apareció Ximena. ¡Vaya que me gustaba! Ya tendría tiempo de contemplarle la espalda en el salón de clases, que era a lo más que me atrevía. Y aspiraría su perfume en interminables bocanadas mientras soñaba con conseguirla. Pero algo no estaba igual que siempre. Me miró al pasar y esta vez no se me sumió el estómago cuando me sostuvo la vista. En vez, le devolví la mirada, y agregué una sonrisa. Entonces me saludó.

Cualquier otro día no me habría salido la voz para contestarle, sin embargo ahora algo estaba funcionando como jamás lo sospeché, porque la saludé con tono firme y seguí mi camino. ¡Algo había cambiado! Parecía que algún extraño encantamiento obrara su magia sobre mí. De pronto ya no era el más tímido de todos, que recorría los pasillos pegado a las paredes. ¡Si estaba caminando justo por el centro del corredor! Y seguía sintiendo que mis plantas apoyaban firmes. Entonces sonreí. Sonreí conmigo mismo de descubrirme actuando con seguridad, y al hacerlo comencé a recibir algunas sonrisas de vuelta. ¡Vaya! En verdad que algo había cambiado, y lo había hecho para bien.

Anoche estuve platicando con Paco, quizás mi mejor amigo desde que entré en la universidad. Ahora estamos en nuestro último año. Comenzamos conversando sobre mujeres mientras bebíamos algunas cervezas. Me decía que seguía enamorado de la primera novia que tuvo, aunque la relación duró poco. Entonces recordé a la Magdalena, la primera mujer a la que jamás besé. Mirándola ya desde lo lejano la historia cobraba nuevos matices. Nunca logré adivinar si en verdad se enamoró de mí o sólo pretendía usarme para abandonar el pueblo, aunque eso ya no tuviera importancia. Lo que en verdad contaba era que a ella no la podría olvidar jamás. Poco después de regresar conseguí la atención de Ximena, lo que resultó ser más sencillo de lo que jamás supuse. Bastó con que me sobrepusiera al miedo de ser rechazado para que ella accediera a salir conmigo. Después siguieron varias más, tal como se acostumbraba, en relaciones cortas y superficiales que pocas veces duraron más de un par de meses, y en las que un beso no era una prueba de amor incontestable; ni siquiera el terminar en la cama lo era. Así funcionaba mi mundo. Todos conscientes de que era muy pronto para establecer relaciones trascendentes aunque nadie lo dijera jamás en voz alta.

Hablar de la Magdalena y Tlayecac me llevó al siguiente tema: la cacería. Seguía saliendo a tirar con mi padre en ocasiones. No tantas como podrían ser, porque mis fines de semana estaban cargados de fiestas y compromisos amorosos, sin embargo lo acompañaba cada vez que podía. No habíamos vuelto a poner pie en ese pueblo diminuto del que salí huyendo aquel Sábado de Gloria. ¿Para qué, si no había necesidad? ¡Habiendo tantos otros lugares a dónde ir!

Paco no sabe cosa alguna de armas o huilotas, pero yo le contaba mis historias con tal vehemencia que terminó por antojarse de la experiencia. Para mí era cosa común echar

la escopeta en la cajuela del auto y manejar un par de horas antes del amanecer hasta llegar a algún lugar apropiado. Normalmente estaba de regreso a tiempo para comer. La aventura cabía en una simple mañana, no era nada del otro mundo; al menos no para mí, porque para él sí.

Recordé entonces mis primeras salidas. ¡Me sentí tan grande aquellas veces! Se me hizo fácil convidarlo a acompañarme en una más, quizás por efecto de las cervezas. Ahora soy el propietario de dos escopetas. A la pequeña *Stevens* de modelo corto se le ha agregado una *AYA*, cuata y de doble platina, de calibre 16, que mi padre me regaló en cuanto di el estirón. La *Stevens* quedó relegada en el fondo de mi closet. Puedo prestársela. Esta vez yo seré el maestro.

Poco después, mientras preparábamos el equipo para la mañana de hoy, se me ocurrió algo más: ya es tiempo de regresar a Tlayecac. Fue ahí donde aprendí que el miedo existe para ser vencido y es precisamente el miedo lo que me ha mantenido apartado de ese lugar. Los años ya han pasado. Estoy obligado a resolver ese temor. ¡Volver es una obligación! Así lo decidí anoche.

A las cinco de la mañana nos pusimos en camino. Alcanzamos a dormir cuatro horas pasadas, apenas lo indispensable para que la cacería no se convierta en una experiencia desagradable. Cuando no he dormido lo suficiente el recular de la escopeta me estremece el cerebro y me da dolor de cabeza. Luego, ya de regreso, me cuesta trabajo mantenerme despierto mientras conduzco. Pero nada de eso ocurre si logré dormir al menos cuatro horas la noche anterior. Por eso me he sentido bien durante la mañana.

Hace algunos minutos que estamos sentados a la sombra rala de un casahuate, conversando sobre las experiencias de la mañana. Pasadas las nueve caminamos entre el zacate de la hondonada en busca de esas codornices que siempre están por ahí. Paco se quedó congelado cuando salieron. Lo tomaron por sorpresa, como suelen hacerlo. A mí no. He aprendido mucho en los años recientes. Después de disparar aproveché para embromarlo por su reacción. Así se acostumbra. Todavía recuerdo los comentarios mordaces que me propinó Mario aquella primera vez.

Sentarse para conversar cuando el Sol ya se deja sentir y el calor en aumento hace que nada se mueva es parte de la rutina de cada salida, una de las instancias más agradables de la cacería. El momento de relajarse y disfrutar de la vista del paisaje y el sabor de los campos secos. Debería sentirme tranquilo, sin embargo no he podido dejar de vigilar en lo lejano, oteando las veredas, previendo que alguien se acerque a donde estamos. Podría aparecerse el Eliseo. Uno nunca sabe.

Antes del amanecer, cuando cruzamos por el pueblo, detuve el auto frente a la casa de David. Seguía dudando si buscarlo o no. Mirar el lugar que luce abandonado me ayudó a decidirme. Ya no hay vacas echadas en el frente

esperando a que despunte el alba para que Mario las lleve a pastar. En donde deberían estar han crecido algunas malezas, prueba de que la propiedad permanece sola; no parece que nadie la habite más. Decidí seguir hasta haber estacionado tan cerca de la barranca como se puede. Desde donde estamos sentados se alcanzan a ver los reflejos que los rayos del Sol le arrancan a los cristales de las portezuelas del coche.

Tengo la mirada puesta en la vereda que corre junto a la barranca, justo en el punto más alto; después se pierde detrás de la pendiente. Estoy atento porque apenas apareció una figura que avanza hacia nosotros. Es un hombre de camisa blanca y sombrero de palma que monta sobre un burro. El animal camina con paso calmo, como si no le corriera prisa.

Paco ya lo descubrió también. Ahora los dos lo miramos por igual.

—¿No será ese tal Eliseo? —me pregunta.

—No. El hombre que viene parece viejo.

Seguimos vigilantes. De pronto lo reconozco. Es David, encaramado en el lomo del mismo burro que monté en ancas aquella vez, cuando la Magdalena me invitó a acompañarla por la leña. ¡Otro recuerdo difícil de borrar! El animal también se ve más viejo. Se nota entrepelado con canas. ¡Y camina tan calmo! Los recuerdos me regresan en tropel. Sigo mirando atento. Están por llegar.

—¡Siempre sí eres tú, Chacho! —me saluda David sin bajarse del burro. Puedo verle la dentadura completa porque sonrío tan grande que me la enseña toda.

—¡Sí, David! Soy yo. Pasé a buscarte, pero tu casa está vacía.

—Pos sí. Ahora me quedo ahí donde está la tienda. Desde que me quedé solo...

—¿Qué? ¿Viniste a buscarme?

—Pos sí. Desde temprano oí que tiraban. Los truenos los lleva la barranca hasta el pueblo, y como nomás ustedes

vienen a tirar por aquí, yo dije, esos deben ser mis tiradores. ¿Por qué ya no han venido? ¿Y tu papá?

—Ya no salimos mucho —le miento. No quiero ofenderlo.

—Pos, ta' bueno. Hubieran venido el año pasado. Llegó harta huilota. Este año no.

—¿Y el burro? ¿Qué con el burro? —aprovecho para provocarlo

—La ciática, que ya no me deja andar. Apenas así puedo moverme.

—¿Y el Mario?

—¡Ah! El Mario. Entró al ejército. Ya va para tres años. Sólo dos veces ha venido de visita. Lo tienen encuartelado en el norte.

—Ya veo. Siempre sí se alistó.

—Pos sí. Pero, tú dime, ¿qué me dices de la Magdalena?

—¿De la Magdalena? ¿Qué habría yo de decirte de ella?

—Pos, ¿cómo que qué?

—Sí. No entiendo.

—Pos si apenas al mes de que te fuiste ella también se fue para México. Dijo que te iba a buscar porque no se quería casar con el Eliseo. Así dijo esa vez, y luego ya no supimos más de ella.

—Yo no supe nada de eso. Nunca llegó a buscarme.

—¡Pos sí! Lo mismo le dije yo. Que si no llevaba una dirección para buscarte mejor ni se fuera, porque allá está muy grande. No es como aquí, que a cualquiera que le preguntes te dice cómo llegar.

—Pues no. Pero, ¿por qué habría de buscarme?

—¿No te digo? Que porque no se quería casar con el Eliseo. Luego ese pobre se fue pa'l otro lado de la frontera. Tampoco de él hemos vuelto a saber.